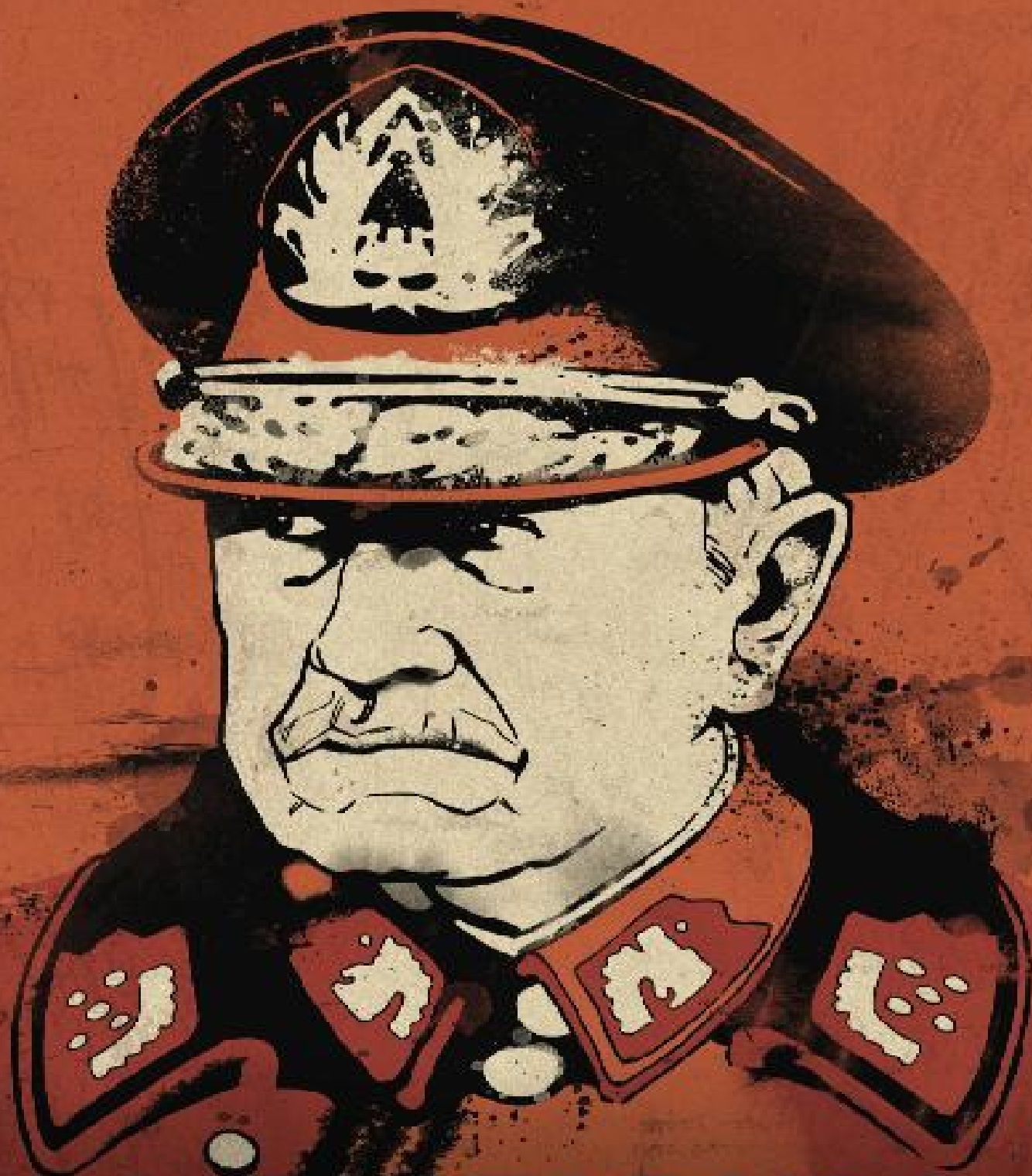


JORGE BARADIT



LA DICTADURA  
HISTORIA SECRETA DE CHILE

## Índice

[Cubierta](#)

[Prólogo](#)

[Antes](#)

[Durante](#)

[Después](#)

[Epílogo](#)

[Bibliografía](#)

[Créditos](#)

Scary monsters and super creeps  
Keeps me running  
Running scared

DAVID BOWIE

# PRÓLOGO

La dictadura no es en sentido estricto una historia *secreta* de Chile. Es más bien un fantasma incómodo, una gran herida a lo largo del país. Un conjunto de fragmentos y versiones contradictorias leídas en la penumbra. A nivel general, no tenemos tan claro cómo ocurrió todo, salvo tres o cuatro frases panfletarias de un lado y del otro. Tampoco sabemos con nitidez quiénes fueron los responsables y qué tanto del discurso hasta ahora consensuado es cierto.

¿Qué pasó realmente antes del 11 de septiembre y quiénes fueron las mentes detrás de los *Hawker Hunter*? ¿Cómo se llegó desde la idea de un golpe de fuerza, inspirado en una moral nacionalista, hasta la locura de dinamitar cadáveres para hacer desaparecer a los adversarios políticos? ¿Cómo el Ejército, pagado por todos los chilenos, se volvió en contra de su propio pueblo y lo mantuvo cautivo durante dieciséis años a punta de fusil, horror y sangre de sus compatriotas?

¿Cómo es posible que algunos ciudadanos hayan delatado a vecinos, e incluso a amigos, sabiendo que la denuncia podía acarrearles la muerte? ¿Qué pasa por la mente de una cantidad no menor de chilenos que hasta hoy consideran que no solo estuvo bien matar a miles de compatriotas, sino que además faltaron más por eliminar? ¿Qué ocurrió durante la dictadura que desató una furia psicópata, una crueldad inhumana y mecanismos de persecución, asesinato y ensañamiento a niveles nunca antes vistos en nuestra historia, arrojados sin control sobre hombres, mujeres, incluso embarazadas, ancianos y niños? ¿Fue la dictadura una maldad necesaria para *estabilizar* el país después del *desorden* vivido durante el gobierno de Allende? ¿O fue un golpe planeado de antemano para simplemente hacerse del poder, sin ningún contrapeso, frente a la primera amenaza histórica real a las elites? ¿Cómo es posible que después del horror vivido por un porcentaje enorme del país, haya un sector que todavía espere que la otra parte olvide, cierre los ojos de su memoria y siga adelante «mirando SOLO hacia el futuro»? O aún peor, que comiencen a negar que toda esta vorágine ocurrió.

Esta hecatombe que fracturó nuestra historia fue mucho más que solo una toma ilegítima del poder por parte de los militares. Fue una verdadera lucha de clases donde la elite de nuestro país sembró el terror acusando a Allende

de querer instalar una dictadura proletaria, suprimir las libertades, cambiar la economía del país, forzar la instalación de una ideología única y buscarlo a través de la lucha armada. Cuando al final, quienes sí hicieron todo aquello fueron los que tomaron el poder por la fuerza el 11 de septiembre de 1973.

Pinochet encabezó la vía armada al neoliberalismo, eliminó las libertades civiles y llevó adelante una dictadura que instaló una ideología del terror durante dieciséis años.

Cuando un evento favorece a un grupo en desmedro de otro, cuando las partes representan formas tan distintas de ver el mundo, se producen relatos contrapuestos que incluso pueden llegar a acusarse mutuamente de tergiversar los hechos.

Mi crónica está basada en la experiencia de aquellos que tuvieron miedo y fueron vencidos; es la historia de mi familia y quizá, también, de la tuya. Es un relato cierto, como cualquier otro, porque a fin de cuentas la historia no es una, sino la suma de varias. Aquí no hay champañazos en la tarde del 11, ni éxito económico ni beneficios. Hay sangre, fuego y lágrimas.

Espero que este libro sea un aporte tanto para aquellos más cercanos a mi historia, como para los que no vivieron esa derrota; quizás a través de esta lectura puedan acercarse a comprender lo que vivimos los que estábamos del otro lado; quizás así puedan empatizar con una mayoría que soñó con un Chile más igualitario y terminó viviendo una pesadilla lacerante; quizá, después de años, entiendan por qué es tan importante hablar de esta historia una y otra vez, como un niño dañado que en el psicólogo necesita recordar, relatar, aclarar cada detalle. Porque solo después de entenderlo todo, hasta la última esquina, sin esconder nada, podremos comenzar a superar una pesadilla de la que aún no despertamos, con dolores, heridas abiertas, cadáveres y tumbas pendientes.

Muchos en este país aún somos como un Hamlet llorando por el asesinato de nuestro padre cuarenta y cinco años después, con la sombra del usurpador aún en el trono. Este libro es el relato de una tragedia. No me fue fácil escribirlo, ha sido muy doloroso. Espero que sea un aporte para que valoremos en su justo peso el valle de sombras por el que pasamos muchos en nuestro país, porque estoy convencido de que no hay otra forma de construir futuro sino teniendo un ojo bien puesto en el pasado; de lo

contrario, estaremos condenando a nuestros hijos y nietos a cometer los mismos errores, una y otra vez.

ANTES



Es 1969, el país completo está en vilo. Eran tiempos sorprendentes. Mi abuelo, el Tata, nació cuando no había aviones ni teléfonos y apenas circulaban algunos automóviles. Creció aislado del resto de un mundo que brillaba más allá de su pueblo neblinoso. De pronto, ahí estaba, manipulando aparatos llenos de perillas y switches, moviendo su televisor Motorola, llamando por telecomunicación a mi mamá para avisarle que tenía todo listo para ver la llegada del hombre a la Luna: un cohete había atravesado el espacio exterior en tres días de viaje.

Nadie como la gente de esa generación vio cambios tan drásticos en la historia de la humanidad. Pasar desde las carretas, las calles de tierra y morir de un simple resfrío, como en los últimos miles de años; a la cirugía robótica ambulatoria, los viajes espaciales y las telecomunicaciones globales. El futuro había llegado. Ellos habían visto que todo mejoraba, que la tecnología salvaba cada vez a más gente y se construía un mundo mejor. Todo parecía ir en una acelerada curva ascendente de bienestar y quizá sí se lograría llegar a algún tipo de mundo perfecto; solo había que acelerar las cosas un poco más en un país que todavía parecía vivir en el tiempo de los fundos y el feudalismo.

Había que atreverse, como todos los que ya estaban en el arte, en la música, la ciencia y la política de los sesenta. En aquellos años nadie pensaba en recuperar viejas modas, en la nostalgia, en lo *vintage*, porque había demasiado por hacer hacia adelante. En 1969 el mundo era una línea en progreso hacia las estrellas. Nadie imaginaba el sótano en el que nos encontraríamos solo cuatro años más tarde.

Mi mamá llegó a la casa de mi Tata conmigo en brazos. Acababa de cumplir un mes. A pesar de eso, se supone que me mantuve despierto hasta la madrugada en el regazo de ella, mirando ese túnel rectangular de estática luminosa donde allá en el fondo se veía el futuro, donde unos hombres en trajes aparatosos caminaban en algo que parecía el más allá, fantasmas flotando en otro mundo. Arriba, en la pared, a la izquierda del televisor, había un cuadro de marco negro lacado, sobrio como los chilenos de clase media que se avergonzaban del exceso, el dorado y los colores brillantes; chilenos que vivían en casas monacales, todas parecidas. Dentro del marco resaltaba

una fotografía de Salvador Allende.

El inicio de la dictadura, el 11 de septiembre de 1973, fue una tragedia para muchos chilenos, qué duda cabe. Las razones que llevaron al país a ese punto aún se discuten. Los eventos están cruzados por mitos y malos entendidos, ni siquiera la historia oficial ha terminado de ser escrita y, la que heredamos quienes la vivimos, es una manipulación grosera de los acontecimientos. Muchas veces de ambos bandos. Aún hoy cuesta encontrar un relato accesible de los motivos que llevaron a nuestro país a semejante debacle.

Quizá el primer mito a derribar es el que dice que los militares actuaron el '73 movidos por la inestabilidad política que la Unidad Popular había provocado. La verdad es que los planes para impedir un gobierno popular existían desde antes de que Allende ganara las elecciones y, por esto, la inseguridad fue en gran medida producida por los mismos que después corrieron a salvarnos a sangre y fuego de ella.

Esto tampoco fue una lucha entre Pinochet y el Ejército contra guerrilleros marxistas chilenos. Ni siquiera fue la lucha solapada entre Estados Unidos y la Unión Soviética —como se daba en Vietnam—, conocida como Guerra fría. Esto se trataba de la acción concertada de Estados Unidos y la elite chilena para mantener el control político. Los primeros, interesados en mantener limpio de izquierdistas lo que consideraban *su* patio trasero, y los segundos, empeñados en mantener un modelo de privilegio del que habían gozado desde prácticamente la Colonia. A la URSS no le interesaba el proyecto democrático chileno y nunca lo apoyó.

La elite y EE.UU. utilizaron todas las herramientas a su alcance: la coacción, el engaño, los sobornos, la propaganda masiva y un barril sin fondo de dinero para llevar su causa adelante. Aplicaron el terrorismo, el asesinato selectivo, el sabotaje industrial, el acaparamiento de alimentos, la prensa incendiaria, el bloqueo económico, la corrupción y *aquello* asqueroso que te imaginas, que también formó parte de su estrategia. Fueron ayudados por una clase media influenciada y miedosa, por gremios de transportes, colegios profesionales, comerciantes y por todos los que se acoplaron a la pequeña —pero increíblemente poderosa— elite chilena. La idea era explotar con dinamita el territorio con tal de hundir un proyecto que atentaba contra su dominio histórico y contra lo que ellos consideraban «la manera correcta de dirigir el

país».

No obstante, también contribuyeron al quiebre institucional un sector de la Unidad Popular —sobre todo el Partido Socialista— y grupos de la extrema izquierda que nunca pertenecieron al gobierno y que rechazaban el proyecto de Allende (como el MIR o el VOP). Estos movimientos consideraban que ese quiebre era no solo inevitable sino que además deseable para definir quién mandaría en Chile: si la clase alta o la clase popular. Para ello, incendiaron la prensa con discursos amenazantes, llamaron a desobedecer al gobierno y radicalizar las acciones. Sabotearon el deseo de Allende de ceñirse al programa y buscaron la destrucción del estado de derecho a través de acciones ilegales y violentas. Empujaron un enfrentamiento para el que nunca estuvieron preparados. Y al centro de todo, Salvador Allende, con su viejo sueño de unir a la izquierda, intentando gobernar una coalición esquizofrénica que, por un lado, tenía al muy leal Partido Comunista, que apoyaba las reformas dentro de la legalidad ajustándose al programa de gobierno, y, por el otro, a su propio partido, que lo saboteara constantemente. La intención de reformar el Estado para sacar a las clases populares de la miseria y el abandono de siglos a través de un método no violento no contaba, tampoco, con el apoyo de la Unión Soviética ni de Cuba, que consideraban que estos experimentos burgueses constitucionales solo desviaban la atención y las fuerzas de las clases trabajadoras de la verdadera revolución: la armada.

Documentos desclasificados por los organismos de inteligencia de Estados Unidos confirman que ese país intervino ya en las elecciones chilenas de 1958 y 1964 para evitar la elección de Allende y su proyecto de socialismo en democracia. Durante los años sesenta los norteamericanos financiaron al Partido Demócrata Cristiano, a otros grupos políticos, a radios y diarios para hacer propaganda anti izquierda. Al menos hubo unos dos millones y medio de dólares en financiamiento para la campaña de Eduardo Frei Montalva y otros tres millones para la campaña en contra de Allende. Pero el país estaba en un camino inevitable hacia los cambios, una nación donde la miseria, la desigualdad y el abandono de las clases populares requerían acciones urgentes. Además, los grupos populares habían cometido el «error» de instruirse y volverse conscientes de sus derechos; fue una generación politizada, más culta, capaz de agruparse, discutir y seguir planes de acción de manera disciplinada.

El país votó en masa por Frei Montalva en 1964, pero quería reformas aún

más profundas. La nación necesitaba una revolución y las encuestas, la prensa y la calle, le hacían sentir a la elite chilena y a Estados Unidos que la posibilidad de elegir a un presidente socialista había dejado de ser una quimera. Cuando la calle habla y se junta medio millón de personas en la Alameda, es porque algo pasa. Cuando se junta medio millón de personas en una manifestación, es porque hay razones reales detrás, necesidades y sueños urgentes.

Los organismos norteamericanos encendieron sus alarmas. En Chile, la elite empresarial comenzó a acercar sus conversaciones y temores a la rama más conservadora de nuestras FF.AA., la Armada. Como lo consigna Mónica González en su libro *La Conjura*, ya en 1967 comenzaron las conversaciones en la cofradía «Hermandad de la costa» frente a la posibilidad de un gobierno socialista. La agencia de inteligencia norteamericana empezó a sondear a los militares chilenos a mediados de los sesenta para evaluar si estarían dispuestos a encabezar un eventual golpe de Estado y acentuaron el pago a medios de comunicación, a políticos chilenos y a partidos para contrarrestar el crecimiento de la izquierda. La periodista Patricia Verdugo cuenta cómo, en el mismo 1967, el gobierno de Estados Unidos encargó a sociólogos norteamericanos un estudio sobre oficiales de alto rango chileno. Una de las preguntas era literalmente: «¿Bajo qué circunstancias, si hubiera alguna, cree usted que los militares podrían tomar el control del gobierno?». Y esto a tres años de asumir Allende, seis años antes del golpe.

En esos años los dos grandes bloques se peleaban el mundo. En América Latina la Unión Soviética apostaba por los movimientos sociales y los grupos armados; Estados Unidos, en tanto, por las elites económicas y los ejércitos. Alrededor de los años sesenta EE.UU. invitó a oficiales de todo el continente a su «Escuela de las Américas». En esos cursos se les entrenó en contrainsurgencia, técnicas de interrogatorio y tortura, pero básicamente recibieron un fuerte adoctrinamiento anti izquierda, para cuando llegara el momento. Y ese momento llegó luego de un par de décadas. Durante los años setenta, América Latina estaba casi por completo gobernada por dictaduras militares, en cuyos gobiernos participaban los oficiales instruidos en esa «escuela» y, sin ir más lejos, uno de los nuestros fue Manuel Contreras Valdebenito: futuro director de la DINA, la horripilante policía secreta chilena.

En ese lugar se distorsionó y se pervirtió el sentido de las Fuerzas Armadas. De ser los defensores de la gente y las fronteras de un país, se convirtieron en una policía que volcó sus cañones y ametralladoras hacia sus propios compatriotas para eliminar al «enemigo interno», la izquierda. Después de este entrenamiento, cada ejército derivó en una fuerza política criminal que destruyó democracias e impuso regímenes totalitarios agresivos y paralizantes.

En 1965, mi hermana Marcela había cumplido recién un año. Mi mamá la tuvo a los diecisiete y siempre me cuenta que era tan chiquitita que habría cabido en una caja de zapatos. Mi viejita era fan del Pollo Fuentes, una especie de Justin Bieber local. Chile se había quedado un poco pegado en los cincuenta y todavía era tema el rock & roll, las faldas plato, la Nueva Ola y el mundial del '62. El impacto que produjo en América Latina la Revolución cubana en 1959 es difícil de comprender hoy. Mientras en Chile los cambios sociales tomaban décadas y las injusticias demoraban generaciones en ser superadas, en Cuba una banda de barbones jóvenes y onderos tomaba el país y hacía cambios a la velocidad de la luz. Educación gratuita, salud para todos, fin a la explotación y seguridad social, se habían alcanzado gracias a las armas.

Esa idea planeó rápido sobre América. Y el país no vio venir la ola que se gestaba en grupos de jóvenes que exigían cambios y los querían ya. El MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) nació en Concepción y ese 1965 declaró su objetivo de derrotar a la sociedad capitalista a través de un levantamiento popular armado. Ya no querían esperar más ni envejecer como los viejos patriarcas de la izquierda que se morían sin ver resultados. Rechazaban la búsqueda pacífica de reformas democráticas que los partidos de izquierda habían enarbolado; «como si alguna vez en la historia las clases dominantes hubieran entregado voluntariamente el poder», decían en su declaración de principios. No se puede negar que tenían razón en esa evaluación, profética como dirían algunos. Si bien siempre fueron un movimiento minoritario, su voz se hacía escuchar y su llamado a la insurrección electrificaba aún más el aire enrarecido de la segunda mitad de los sesenta. Por todas partes surgían grupos de izquierda que exigían reivindicaciones sociales urgentes; los jóvenes leían a filósofos e ideólogos.

Los discursos llamaban a cambiar el mundo desde las flores, la música y las armas; las calles se llenaban de obreros, profesionales, agricultores, albañiles; banderas y lienzos exigían derechos para aquellos por los que el país no había hecho nada. Todo lo anterior se acumulaba como el calor dentro de una olla a presión, porque hasta entonces el poder histórico que tuvo la clase alta chilena nunca fue utilizado para conquistar principios como la igualdad, sino para bloquear una y otra vez las reformas necesarias, incluso usando la fuerza militar. La clase alta chilena se transformó en un muro en vez de una vía, fue incapaz de solucionar las enfermedades y dolores de la sociedad y los síntomas fueron aumentando, la presión se fue acumulando y las demandas por reformas y justicia social llevaron a la crisis del gobierno de Frei Montalva, que resultó insuficiente y derivó en la elección del gobierno de Allende. Si bien es cierto que en 1970 Salvador Allende Gossens no tenía una mayoría absoluta, se olvida que el programa que ofrecía Tomic, de la Democracia Cristiana, no era tan diferente al de la UP. Los tiempos pedían cambios más profundos.

Entretanto, jóvenes oficiales se adoctrinaban más y más en un anti izquierdismo radical. Se formaba una masa crítica importante en todas las ramas de las Fuerzas Armadas. Todo hacía prever un enfrentamiento en algún momento. Algunos lo deseaban, otros buscaban evitarlo a toda costa. Estados Unidos miraba con preocupación este pequeño país del fin del mundo. Grandes mineras norteamericanas eran dueñas allí de los yacimientos de cobre más ricos del planeta. Así, a medida que la sociedad chilena se iba «izquierdizando» en su búsqueda de justicia social y los partidos conservadores perdían terreno, Washington fue inyectando más y más dinero a los partidos de derecha y de centro. De esta forma, EE.UU. comenzó a contactarse con esos empresarios y militares que ya se organizaban dentro de Chile. Un gobierno de izquierda no era aceptable en su patio trasero.

En 1969, la efervescencia social acumulada alcanzó niveles pocas veces vistos. La gente opinaba en las calles de manera abierta y coherente sobre política. Todos querían participar, para avanzar o frenar lo que fuera, pero nadie era indiferente. El momento había sorprendido a las organizaciones populares informadas adecuadamente, movilizadas como nunca, comprometidas a tope. Todo se había sincronizado y quizás el sueño de llevar

al candidato de los más pobres a La Moneda por fin se concretaría, justo cuando el mundo parecía preparado. Generaciones completas habían peleado por ese momento y la nueva camada de jóvenes tenía tatuada en la piel la frase de mayo del '68: «Seamos realistas, pidamos lo imposible».

No estaba tan claro quién iba a dirigir este proceso, quién sería el candidato. La verdad es que Salvador Allende era considerado un cadáver político. Luego de tres fracasos electorales, hasta él bromeaba con que su lápida diría: «Aquí yace el futuro presidente de Chile». Sin embargo, tras una deliberación no muy fácil en donde compitió contra el candidato del PC, Pablo Neruda —sí, Pablo Neruda podría haber estado en la Moneda el 11 de septiembre del '73—, el Chicho emergió de nuevo como el abanderado de los más débiles. En 1970, la gente vio por primera vez rayados en las paredes que decían «Unidad Popular» y la clásica X del «Vote por Allende». Afiches y calendarios decían «Allende presidente». Mi Tata y mi papá iban a votar por él, pero mis abuelas, católicas devotas, lo miraban con desconfianza. Recuerdo a mi abuela materna acercarse a mi oído para decirme: «Allende... era masón», como quien comparte un secreto terrible sobre alguien cercano.

Jorge Alessandri fue electo candidato de la derecha para enfrentar ese momento crucial. Candidato débil, anciano y poco entusiasmado con la responsabilidad que le habían echado a los hombros, no fue el oponente que Allende merecía. De modo que se recurrió a lo de siempre: la vieja campaña del terror. La UP quemaría iglesias, enviaría a los niños a Cuba para adoctrinamientos, le quitaría las casas a la gente del barrio alto para dárselas a los obreros; también nos ocuparía el ejército soviético y tendríamos que vestirnos todos iguales como en China, entre otras perlas. Se pagaron millonarias campañas y quizás una de las más recordadas fue la de pintar más de dos mil paredes con la frase SU PAREDÓN, insinuando que Allende fusilaría a los opositores una vez llegado a La Moneda.

Así, Washington transpiraba e inyectaba dólares a la propaganda como enajenado contra el peligro de otra revolución cubana en Chile.

Allende rechazaba la vía armada, llamaba a construir socialismo democrático, y al Kremlin se le retorció el estómago con esto.

El mundo comenzaba a mirar de reojo esta «tercera vía».

¿Qué es eso que está pasando allá abajo, en Chile? Se preguntaban los europeos con entusiasmo.

Pero en nuestro país las encuestas daban por ganador con una mayoría absoluta a Alessandri. La derecha se daba el lujo de ni siquiera hacer

concentraciones, entre otras cosas para no exhibir la decrepitud de su candidato; así de seguros estaban. «El país está cansado de la izquierda», decían, «el país quiere tranquilidad y trabajo», repetían; «en Chile siempre ganamos nosotros», pensaban.

El 4 de septiembre de 1970, el día de la votación, fue tranquilo. A mi mamá le tocó votar en el Liceo 2 de Niñas de Valparaíso, en avenida Brasil. El mismo liceo del que tuvo que salir dos años antes de terminar porque había quedado embarazada. Mi papá, con veinticuatro años, votó en el Liceo Eduardo de la Barra, donde había cursado el propio Allende la etapa final de sus estudios secundarios; época en que conoció a un zapatero anarquista de nombre Juan Demarchi. Sus conversaciones jugando ajedrez con Demarchi habrían orientado parte de las obsesiones políticas del Chicho.

Todos volvieron a sus casas nerviosos a esperar los resultados. «Seguro Allende pierde de nuevo», pensaba la mayoría. Mi mamá me confesó que votó a Tomic. Mi abuela le tenía mala a los comunistas. Mi tío Lalo me contó que estuvo comiéndose las uñas durante horas pegado a la radio. Chile contenía la respiración.

¿Sería posible el milagro?

¿Sería posible que en este fundo que llamábamos Chile por fin no gobernara el patrón y la utopía con que soñaban los abuelos mineros, los asesinados en la escuela Santa María, los masacrados en el Salvador, los que marcharon a pie desde Lota, se hiciera realidad después de cien años de morder el polvo de la pampa, de caer bajo los fusiles en Puerto Montt, de ser quemados en Punta Arenas?

La noche del 4 de septiembre se podía cortar con un cuchillo. El país se equilibraba en un pie. Hasta que llegó la madrugada y lo que era un rumor comenzó a crecer. Sí, parece que vamos ganando, parece que Allende ganó, no puede ser; no, debe ser mentira. Las risas nerviosas llenaron las casas de los más sencillos. ¿Ganamos? ¿Por primera vez en la historia, ganamos?

Las radios comenzaron a llenar el aire con la noticia. Era cierto, contra todo lo esperado, era cierto: Salvador Allende era finalmente el ganador de las elecciones. La gente más sencilla salió a las calles, a los pasajes a gritar y bailar. Mi amigo, Roberto Abara, me contó que se había abrazado con un amigo y que lloraron por largos minutos antes de salir a celebrar el mundo



nuevo que se abría para todos. La década maravillosa lo había hecho de nuevo; nada era imposible, ni llegar a la Luna ni elegir un presidente socialista en uno de los países más conservadores de América Latina. No era un logro banal. Era mucho más que la elección de otro presidente. La clase popular chilena vivía en la miseria más absoluta, sin acceso al poder e históricamente reprimida con la más brutal de las violencias. Durante un largo período ni siquiera había tenido el derecho a voto para al menos elegir representantes que se preocuparan de sus carencias. Fue invisible y sus muertes no importaron. Mineros, campesinos, obreros, albañiles, profesores; tus abuelos, tus bisabuelos, veían con estupor que un representante de ellos, los postergados, los parias del país, entrara a La Moneda para ser nombrado presidente, su presidente, el compañero presidente.

La escritora Isabel Allende dijo una vez que había sido como un orgasmo de felicidad indescriptible. El padre de mi amigo Alberto me dijo que por primera vez había sentido que le importaba al país, que su existencia tenía valor, que era parte de una nación donde antes solo «le permitían vivir».

Los partidarios de Allende no solo lo seguían: lo amaban. Porque Allende había demostrado durante todo su camino político un compromiso de honor con los más pobres. Era un hombre honorable de otro tiempo, mantenía una especie de romance con el pueblo de Chile.

Así las cosas, no se trataba solo de un cambio de presidente. El programa de la UP buscaba cambiar la estructura del Estado para construir un país distinto. Un proyecto que perseguía remodelar el poder, para que nunca más estuviera en manos de unos pocos en desmedro de la mayoría. Su aplicación requería de una mezcla de velocidad, decisión y apoyo popular en medidas nunca antes vistas. Era un programa extremadamente ambicioso.

La madrugada del 5 de septiembre, Allende salió a saludar a la muchedumbre que estalló de alegría. Pero estaba preocupado, tenía el temor de que las provocaciones empañaran su triunfo. Insistió varias veces en su discurso en que la multitud regresara a sus hogares en calma.

«Les digo que se vayan a sus casas con la alegría sana de la limpia victoria alcanzada. Esta noche, cuando acaricien a sus hijos, cuando busquen el descanso, piensen en el mañana duro que tendremos por delante, cuando tengamos que poner más pasión, más cariño, para hacer cada vez más grande a Chile y cada vez más justa la vida en nuestra patria.»

Lo impensable había ocurrido.

La gente de derecha estaba atónita en un rango que iba desde el enojo hasta el terror. Algunas familias hicieron sus maletas y salieron del país, presas de su propia propaganda. Luego regresaron cuando comprobaron que no había portaviones soviéticos en Valparaíso, ni guerrilleros cubanos en el Congreso. Las llamadas se sucedieron durante toda esa noche eterna del 5 de septiembre de 1970; desde los partidos políticos hacia las embajadas; desde los regimientos a las casas de connotados empresarios. La red de poder chilena sacó chispas a los cables telefónicos esa madrugada. El equipo de campaña de Alessandri, por ejemplo, recibió esa misma noche el llamado de un alto jefe de investigaciones para ofrecer ayuda ante cualquier acción que impidiera que Allende asumiera el mando. El miedo estaba desatado.

A todo esto, el candidato de la UP no había ganado por mayoría absoluta y, por ende, debía esperar a que el Congreso lo ratificara como era de costumbre. No era una situación extraña: dos elecciones antes el candidato de la derecha, el mismo Alessandri Rodríguez, había ganado con el 32 por ciento de los votos, ¡4 puntos menos que Allende!, y había sido ratificado sin escándalo.

A partir del 5 de septiembre y hasta el 24 de octubre, fecha en que el Congreso tomaría la decisión, el país se sumergió en una atmósfera enrarecida llena de tensión. Comenzaron los gritos, las amenazas, la derecha no quería aceptar que había perdido el control de su país frente a un socialista. Allá, lejos, en Estados Unidos, Nixon golpeaba paredes, pateaba puertas gritando *That son of a bitch!*, refiriéndose a Allende. Kissinger, por su parte, declaró con desparpajo: «No veo por qué debiéramos quedarnos tranquilos mientras un país se vuelve *comunista* por la irresponsabilidad de sus votantes». Y después remató, con total desprecio: «Lo que hay en juego es demasiado importante para los chilenos como para dejar que lo decidan ellos mismos».

Cuando te digan que a Allende lo derrocaron por su desempeño, es importante recalcar que a la derecha internacional no le importaba si Allende lo hacía bien o mal; si sus reformas funcionaban o no. No. Quería evitar que llegara al poder. Le daba lo mismo todo. Lo tenían decidido de antemano.

El 15 de septiembre de 1970, Nixon se reunió con un oscuro personaje que

viajó especialmente para la ocasión desde Chile, Agustín Edwards, el dueño de *El Mercurio*. Después de esa conversación con uno de los conspiradores más grandes de nuestra historia, Nixon se reunió con Kissinger y Richard Helms, director de la CIA y les exigió: «No hay que dejar ninguna piedra sin mover para obstruir la elección de Allende».

Al día siguiente, la CIA activó el plan FUBELT que constaba de dos etapas:

Track I: Evitar que Allende asumiera. (Si esto no se lograra, se activaría la segunda etapa.)

Track II: Desestabilizar Chile y promover un golpe.

Todo esto, insisto, ANTES siquiera de que Allende pusiera un pie en La Moneda.

El Track I partió por asignar millones de dólares en propaganda (incluido el financiamiento a partidos políticos de centro y derecha), la activación de grupos terroristas de extrema derecha y, también, conversaciones con diversos actores del mundo empresarial y político para evitar que Allende entrara en La Moneda. La idea era coaccionar o incluso sobornar a miembros DC del parlamento para que votaran por no ratificar a Allende y así elegir a Alessandri. Pero Frei se negó rotundamente.

Durante ese período se informaron y dismantelaron decenas de atentados. Un mayor en retiro del Ejército y un agente de la CIA fueron denunciados por integrantes de la propia embajada de Estados Unidos al presidente Frei por planificar el asesinato de Allende. El mayor José Cabrera, también en retiro, fue detenido en una parcela de La Florida con un arsenal. Un grupo de extrema derecha, con apoyo de la CIA, intentó secuestrar al comandante en jefe del Ejército, René Schneider, pero terminó asesinándolo en uno de los hechos de sangre más graves de toda nuestra historia.

La calle ardía. Se hizo una enorme presión política sobre el Congreso para que rompiera la tradición y no ratificara a Allende. Cuando alguien descubrió que la elección quedaba nula si uno de los candidatos fallecía, llenaron de cartas a Alessandri para que «se suicidara por la patria», como cuenta en sus memorias el propio Federico Willoughby, alessandrista en ese entonces. La demencia había alcanzado niveles tan altos que Allende, entre el 4 de septiembre y el 24 de octubre, durmió cada noche en una casa diferente.

Háblenme de violencia, terrorismo y desorden público.

Cuando el Congreso chileno declaró presidente de la república a Salvador Allende Gossens, con los votos de la Democracia Cristiana que en ese momento tenía un programa tan de izquierda como el de la UP, el grito de Nixon se escuchó desde Washington. Golpeando la mesa de reuniones declaró: «¡Haré chillar la economía chilena!». Pero ahí estaba el Chicho, vestido de terno y no de smoking como decía la tradición, prometiendo y no jurando, sin Biblia de por medio, pecho de paloma el compañero presidente. Me imagino al papá de mi amigo Guillermo Martínez viendo toda la ceremonia de pie, llorando y cantando el himno nacional, como me contó en voz baja una vez. Por primera vez en la historia de Chile, un representante de los trabajadores entraba a La Moneda; salía por el balcón y saludaba a una multitud que reía, lloraba y bailaba porque se abrían las anchas alamedas para vidas históricamente sumidas en la oscuridad. Porque nuestro país, en esos años, era uno extremadamente pobre y carente. Era la esperanza insólita, única no solo en Chile, sino en el mundo entero que miraba hacia nuestro país sorprendido. Finalmente, éramos campeones mundiales de algo.

Fracasado el Track I, entonces, al día siguiente se activó la segunda parte del plan FUBELT, el Track II. «Nuestra principal preocupación en Chile es la posibilidad de que [Allende] se consolide y que su imagen ante el mundo sea su éxito», dijo Nixon. Los sondeos establecieron que las Fuerzas Armadas no estaban disponibles para un golpe militar en ese momento. La decisión era desestabilizar al país para forzar una intervención de los uniformados. Estados Unidos y sus aliados le negaron a Chile cualquier posibilidad de acceder a préstamos internacionales (la sangre de cualquier país en desarrollo); implementaron bloqueos comerciales, prohibieron a sus socios hacer ciertos negocios con nuestro país y financiaron a gremios chilenos, como el de camioneros, para que sostuvieran largos paros para promover el desabastecimiento, la principal arma contra la población. Por otra parte, siguieron financiando a medios de comunicación como radios y prensa escrita para ramificar la desconfianza, el miedo y las noticias falsas. Inyectaron dinero y armas a grupos terroristas de extrema derecha para conseguir las condiciones de quiebre de la legalidad y generar un clima que justificara la intervención violenta de las Fuerzas Armadas. Todo esto lo

certifican los documentos desclasificados de la CIA. El informe Church, elaborado por el Congreso norteamericano entre 1975 y 1976, es claro al respecto: «La intervención encubierta de Estados Unidos en Chile en la década de 1963 a 1973 fue extensa y continua (...). La CIA montó una masiva (...) campaña del terror que descansaba principalmente en imágenes de tanques soviéticos y pelotones de fusilamientos cubanos y estaba dirigida especialmente a las mujeres (...). El 15 de septiembre (de 1970) el presidente Nixon notificó a Richard Helms, Director de la CIA, que un régimen allendista en Chile no sería aceptable para los EE.UU. e instruyó a la CIA para que jugara un rol directo en la organización del golpe de Estado militar en Chile para impedir el acceso de Allende a la presidencia». Así funcionó en Chile lo que el historiador brasileño Luiz Moniz Bandeira llamó «una fórmula para el caos». Un plan que años más tarde, el 17 de abril de 2003, fue reconocido por el propio secretario de Estado de Estados Unidos, Colin Powell, al confesar que «no es una parte de la historia de Estados Unidos de la cual nos sintamos orgullosos».

Desde la misma UP hubo grupos que ciertamente contribuyeron al desorden. Mientras el Partido Comunista se mantenía leal al presidente Allende y su programa democrático, Carlos Altamirano y el Partido Socialista de la época veían al gobierno solo como un peldaño para su propio objetivo; presionaron para aplicar medidas más allá de la legalidad y promovieron una desestabilización que, según sus fantasías revolucionarias, llevaría a un enfrentamiento social del que surgiría un nuevo orden político popular.

Pero eran una manga de cabezas calientes que querían incendiar todo y, la verdad, no tenían ni una caja de fósforos. Una y otra vez desautorizaban al presidente y promovían la acción de grupos que levantaban una vía armada para la que no había agua en la piscina. El Chicho había hecho toda su vida política dentro de la institucionalidad; nunca había participado en ninguna vía violenta y creía en la democracia. Si bien apoyó movimientos armados de otros países, tenía la certeza de que ese camino no estaba en el ADN chileno. Tan lejos estaba Allende de este concepto que el VOP (Vanguardia Organizada del Pueblo), lo juzgó y lo condenó a muerte por «reformista» y traidor con el pueblo. El Che Guevara había hecho la distinción años antes al dedicarle su libro con la frase: «Para Allende, que por otros caminos trata de

obtener lo mismo».

La UP buscó crear un área social de la economía a través de la nacionalización de empresas consideradas clave para el país; dismantelar los monopolios y los grandes grupos económicos que manipulaban la política y acumulaban poder desmesurado, pudiendo así controlar los precios. Es decir, pretendía evitar que las grandes fortunas —una diminuta elite— manejaran el país en desmedro de las mayorías y sus necesidades, como venía ocurriendo desde la Colonia. La UP buscaba fomentar la pequeña y mediana empresa privada y, además, crear un área donde privados y el Estado trabajaran juntos como socios.

Otro de los objetivos era la nacionalización de los bancos. Que respondieran a las necesidades del país —y no al interés de unos pocos— y, en esa misma línea, buscó reducir la violencia del crédito. La mayor parte de la banca fue nacionalizada a través de la simple compra de la mayoría de sus acciones: asunto que, por supuesto, desató la ira irracional entre el empresariado.

El tercer gran objetivo de la UP era asentar la Reforma Agraria, la cual buscaba la estatización solo de grandes predios ociosos: comprar o expropiar un porcentaje de las tierras de grandes latifundistas que certificadamente no estuvieran siendo trabajadas por sus dueños. La idea era entregarlas a pequeños agricultores y, con eso, aumentar la producción agrícola y generar justicia social en los campos.

Una de las primeras acciones de la UP al asumir el gobierno fue aumentar los sueldos de la gente más necesitada y a la vez congelar los precios de los productos. Como se aumentó con esto la capacidad de compra de la gente más humilde, las empresas debían producir más productos, contratar a más gente y generar un círculo virtuoso en la economía. Y ya en la primavera de 1971, esta política dio sus frutos: el desempleo fue el más bajo de los últimos diez años y el estándar de vida de la gente más pobre subió en forma espectacular.

El siguiente paso debía ser el aumento de la producción de los dos grandes ingresos de Chile: el cobre y los productos agropecuarios. Por desgracia, en 1970 el precio del cobre alcanzó los valores más bajos de la historia y el mundo agropecuario disminuyó su producción por temor a la Reforma

Agraria. Eventualmente casi se paralizó, porque grupos más radicales de izquierda, fuera del Gobierno, actuaron más allá de la ley expropiando terrenos de manera indiscriminada.

El presidente se debatió todo el período entre estos dos polos al interior de su gobierno: los apegados al programa y a la ley, y los más agresivos, debiendo ceder ante la posición radical del PS en muchas ocasiones para no romper la frágil coalición. Muchos de los errores nacieron ahí. A pesar de esto, el primer año tuvo números increíbles. La calidad de vida de los trabajadores subió a niveles nunca antes vistos. Había una mezcla de política y cariño poco usual. Marcia Tambutti Allende, nieta del Chicho, me contó una anécdota: apenas comenzó el gobierno, el presidente llamó a Osvaldo Puccio Giesen, su secretario privado, para pedirle que organizara las cosas para que en un mes todos los niños chilenos tuvieran, al menos, un par de zapatos. La pobreza de nuestro país era tal que los niños descalzos en la calle eran un paisaje habitual. Cuando Puccio intentó formular una explicación, Allende lo interrumpió con voz dura: «¡Esta es una situación intolerable, hombre, por la cresta. Tiene un mes!».

Había cuestiones urgentes que se cruzaban con la dignidad humana y los programas sociales crecieron a niveles inéditos. El romance de Salvador Allende con el pueblo de Chile atravesó décadas: el presidente requería responder a las promesas ahora que entraban juntos a la historia. Su lucha contra la desnutrición infantil fue adelantada a su tiempo: se entregó medio litro de leche a cada niño todos los días, desayuno en los colegios y almuerzo si los padres no podían proporcionárselos. Estas medidas, vale decir, continúan hasta hoy.

Nunca antes y nunca después, se construyeron tantas viviendas sociales en tan poco tiempo; al punto que en 1972 la producción bajó por falta de materiales producto de la demanda. La calidad de las construcciones superaba con mucho a las actuales en metros construidos y materialidad. Se le encargó a un equipo encabezado por Gui Bonsieppe que diseñara muebles modernos, especiales para estas casas, tomando en cuenta las medidas ergonómicas del pueblo chileno y de este modo mejorar su calidad de vida. Hubo todo un equipo de ingenieros y diseñadores preocupados exclusivamente de crear productos de calidad y a bajo costo, desde tocadiscos, televisores y calculadoras, hasta automóviles o quirófanos móviles para zonas apartadas. Punto aparte fue el desarrollo de un gobierno cibernético. La UP fue pionera en el mundo en instalar una forma de administración utilizando computadoras

conectadas a una red de telecomunicaciones, el proyecto SYNCO.

La explosión artística y cultural vivida en esos años fue inigualable. La producción musical elevó la música de raíz folklórica a niveles sinfónicos. Las artes visuales y gráficas, el teatro, la experimentación, se unieron a la ebullición social y creativa que llamaba la atención del mundo. Nos visitaban personalidades del arte desde todos los puntos del planeta, o bien enviaban sus obras en solidaridad al gobierno del que todos hablaban.

La editorial Quimantú, comprada por el Estado, concretó uno de los sueños de Salvador Allende al poner los libros al alcance de todos. Pola Iriarte y Mónica Villarroel cuentan en su estudio *Quimantú 1971-1973. Un suceso editorial*, que «mientras los tirajes promedio de la época en Chile eran de dos mil ejemplares, Quimantú llegó a publicar cien mil ejemplares de algunos títulos». Obras de Federico García Lorca, Dostoievsky, Edgar Allan Poe, Neruda, Herman Melville, antologías de terror o ciencia ficción, se vendían en los kioscos al mismo precio que la más barata cajetilla de cigarrillos. Se agotaban y se reimprimían constantemente. Chile llegó a tener los índices de lectura más altos de Latinoamérica. El escritor y Premio Nacional de Literatura 2006, José Miguel Varas, consideraba a la editorial Quimantú el logro más notable de la Unidad Popular y contó que en sus menos de dos años de vida llegó a vender ocho millones de libros de diferentes autores y temáticas.

Durante la Unidad Popular se concretó la nacionalización de la gran minería del cobre, en poder de empresas norteamericanas que pagaban una porquería de impuestos por una explotación descontrolada de nuestras riquezas naturales. Allende fue quien inventó el término «el sueldo de Chile» para referirse al mineral. Una vez concretada la expropiación, la Anaconda Mining Company y la Kennecot, principales dueños, hicieron un lobby descarado con Nixon buscando represalias y el derrocamiento del gobierno. Pero tan clave fue para el país, que incluso Pinochet no dio pie atrás y prefirió pagarle multimillonarias indemnizaciones a estas empresas antes que devolverles la propiedad.

Pero la UP partió mal.



El programa de cambios era ambicioso y necesitaba más que el 36 por ciento del Congreso para aprobar las leyes y llevarlas adelante. Debía tener éxito económico para triunfar en las elecciones parlamentarias de 1973 y tener la mayoría en el Congreso para concretar las reformas. Al comienzo funcionó, los trabajadores tenían más dinero y acceso a bienes como nunca antes. Pero también hubo grandes errores en la conducción y un ambiente económico nefasto. La baja del precio del cobre y el alza del petróleo, más el bloqueo norteamericano y los errores del gobierno, golpearon fuertemente a los índices.

Un primer gran error fue imprimir más dinero para financiar los programas sociales: la inflación comenzó a dispararse. Los cargos en la administración del Estado eran de corte político, diseñados para que ningún PC quedara bajo el dominio de un PS y viceversa; lo que llevaba a permanentes bloqueos partidarios y lentitud en las reacciones. Era un modelo diseñado para ir lento, en un gobierno que precisamente debía actuar rápido para legitimarse.

El segundo error fue la expropiación acelerada de empresas monopólicas que quedaran bajo el control del gobierno. El Partido Socialista se salió del programa exigiendo que se intervinieran más y más empresas; algunas medianas, fuera de lo acordado, desatando la alerta del gremio y el rechazo de la Democracia Cristiana. Muchas de estas tomas irregulares fueron violentas y terminaron con lesionados y daños significativos. Su principal efecto fue generar desconfianza con el programa de gobierno y darle razones a los sectores más conservadores de la DC para distanciarse al partido de cualquier acuerdo.

Lo mismo ocurrió con la Reforma Agraria. El programa hablaba de estatizar «solo los grandes predios que estuvieran ociosos», pero los socialistas y los grupos más radicales presionaron para que se expropiaran propiedades más pequeñas y en plena producción por sus dueños. Buscaban radicalizar la acción campesina. Esto produjo que el centro político (la DC) y la clase media se alejaran de la UP, atemorizados por un gobierno que parecía salirse del marco de sus promesas. De pronto surgió el temor a ser devorados por un monstruo socialista caricaturizado por la propaganda y sus propias irregularidades. La Democracia Cristiana, que había actuado en alianza con la UP para elegir presidente a Allende, que apoyó la nacionalización del cobre y que tenía en su propio programa una Reforma Agraria similar y algunas formas de expropiación, se alejó definitivamente. Quizá fue el gran error político de la Unidad Popular: convertir a un aliado en un enemigo

encarnizado que terminó formando un bloque de mayoría con la derecha. Agravó la situación el atentado terrorista que asesinó al ex ministro del Interior, Edmundo Pérez Zujovic, perpetrado por el comando radical de izquierda VOP, un movimiento fuera de la UP. El ajusticiamiento fue por su responsabilidad en una matanza de pobladores en Puerto Montt durante el gobierno de Frei.

¿Por qué Allende no pudo retener a la DC a su lado?

Entre otras cosas porque la DC exigía mantenerse en lo que ellos entendían era la legalidad, y el PS consideraba que aliarse a ellos y no avanzar «más allá de esa legalidad» era una traición a la revolución. A Allende no le quedó más alternativa que mantener la integridad de su coalición y ver cómo la DC se alejaba para formar un bloque mayoritario con el Partido Nacional (con el 66 por ciento del respaldo), dejando a los trabajadores aislados y al gobierno sin margen de negociación. Al final, la DC tampoco tuvo intención de dialogar, impuso condiciones inalcanzables y se sumó a los que apretaron el acelerador a fondo para provocar el derrumbe de todo, ilusionados con que serían considerados en el gobierno que supuestamente entregarían los militares después del golpe.

Pero pagaron muy caro su apoyo a la alternativa antidemocrática, pues rápidamente el gobierno militar que ayudaron a instalar los olvidó y, luego, también los persiguió. El historiador Luis Corvalán Márquez hace un análisis maravilloso de esto en su libro *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre*.

Carlos Altamirano, hasta los últimos años, ha declarado que el programa de la Unidad Popular estaba destinado al fracaso porque su único camino era el enfrentamiento y nunca tomó la decisión de armar al pueblo o volcar a las Fuerzas Armadas a su favor.

Y la verdad es que infiltrar a los uniformados en 1972 era una tontera fuera de plazo. Estados Unidos los tenía infiltrados desde hacía décadas —e inclinados a la derecha—, preparándolos para tomarse no solo Chile, sino toda América Latina. Además, Salvador Allende nunca creyó en armar a los trabajadores: su confianza estaba puesta en la democracia y hasta en su

último mensaje llamó a la gente a no hacerse matar, a no acudir a La Moneda, a no enfrentarse.

¿Armar al pueblo? ¿Qué tenían el PS o el MIR en 1972? Unos pocos militantes con alguna preparación, unas cuantas ametralladoras, lanzacohetes, unos fusiles y algunas armas cortas. La derecha tenía un ejército profesional completo, tanques, helicópteros, aviones de combate y acorazados para su propia vía armada al neoliberalismo. Altamirano intentó tardíamente infiltrar a la Armada, apelar a suboficiales y supuestas unidades progobierno que solo existían en su mente; mientras daba ardientes discursos sin nada en los bolsillos, en el *bluff* más peligroso de nuestra historia reciente. Invocaba columnas de obreros armados con palas y picotas, mujeres levantando azadones, albañiles marchando a proteger La Moneda de tanques y jets de combate. Palos contra misiles. Discursos con los ojos en blanco describiendo murales heroicos donde se veía liderando masas de trabajadores en una lírica rancia de la peor calaña. Pura palabrería pobre si la comparamos con la fina conspiración que se llevaba a cabo en la vereda opuesta.

Ya en 1971, Agustín Edwards y José Toribio Merino, entre otros uniformados y empresarios, se habían reunido en Viña del Mar en torno a un falso seminario en el hotel O'Higgins, como cuenta Mónica González en su libro *La Conjura*, para derechamente planificar el derrocamiento de Allende ¡a pocos días de asumir el mando! Allí, junto al pestilente estero Marga-Marga de esos años, comenzaron a construir el camino que concluiría con La Moneda en llamas y el presidente muerto en medio de un baño de sangre.

Mi mamá me contó que al comienzo todo era luminoso. Le habían aumentado el sueldo a todo el mundo, la atención médica era gratis y había música por todas partes. Veía a cabros universitarios colaborando en las construcciones y la TV mostraba otros grupos en el campo ayudando en las cosechas. Los trabajadores hablaban de corrido sobre política cuando los entrevistaban en las noticias. Ella estaba feliz porque, por fin, había alegría para los más tristes. Pero en la otra vereda no había felicidad. Frente a los resultados positivos de 1971, la estrategia de la derecha fue producir crisis económica, inestabilidad política y desabastecimiento durante 1972 para sacar mayoría en las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, obtener dos tercios de los votos para acusar constitucionalmente al gobierno y lograr su destitución. De

modo que arreciaron con toda la propaganda para inyectar terror y quitarle a Allende el único poder real que tenía: el apoyo popular.

El plan de la UP, en tanto, iba en sentido opuesto: ganar las elecciones de marzo de 1973 y tener los votos para seguir avanzando en las reformas. Pero en 1972, efectivamente, la economía comenzó a trastabillar. Producto de malas decisiones vino el aumento de una inflación que ya venía desbocada desde los tiempos de Frei. A esto se sumó el bloqueo norteamericano a nuestro comercio exterior. Cargamentos completos de cobre fueron requisados por los norteamericanos desde puertos de todo el mundo; se redujeron las importaciones y el mismo EE.UU. impidió la compra de piezas de repuesto para algunas maquinarias lo que produjo, por supuesto, un efecto devastador en ciertas áreas de la producción. De 270 millones de dólares que debía recibir nuestro país ese año, Estados Unidos bloqueó 238: llegaron solo 32. ¿Te imaginas lo que pasaría con tu familia, tus cuentas, la escuela y la comida si tu sueldo de, por ejemplo, 500 mil pesos, quedara reducido a 67 mil de un mes a otro? Agregarle a eso la crisis del petróleo y la drástica baja en el precio del cobre que se vivió en el período 71-72 deja un cuadro desolador.

A fines de 1972 se alzó la huelga de los camioneros que paralizó al país, obstaculizando la distribución de alimentos, artículos de primera necesidad y materiales de uso industrial. Con los años nos hemos enterado, por archivos desclasificados de la propia CIA, que hubo financiamiento norteamericano para sostener las necesidades de los dueños en paro. Asimismo, financiaron diarios, revistas, radios y campañas del terror para infundir el miedo y las noticias falsas en la población.

Peter Kornbluh, analista en el *National Security Archive* (Washington DC) y colaborador de CIPER, reveló que entre los agentes pagados por la CIA en Chile había, al menos, un líder de la Democracia Cristiana, dos directivos del diario *El Mercurio* y un alto oficial del Ejército. La Misma CIA que, junto a la Armada y los privados chilenos, financiaron o pertrecharon las actividades de los grupos paramilitares y terroristas de la extrema derecha (que a diario se enfrentaban con grupos de extrema izquierda en las calles) abría, de este modo, una trinchera de combate que se iría ensanchando con los meses: una grieta en la que irían cayendo trabajadores, funcionarios, familias y el país

completo, a medida de que las dos visiones de lo que debía ser Chile se alejaban hablando idiomas completamente diferentes. Dos voces que habían existido desde siempre. El pecado de una fue desafiar a la más poderosa. Y la idea detrás del golpe no fue reconciliarlas sino eliminar por la fuerza a una de ellas para siempre.

La presión sobre la economía era enorme. La inflación subía, el desabastecimiento crecía y la falta de créditos e ingresos comenzaba a estrangular al país. Desde Washington, Nixon sonreía.

Allende tomó de este modo la decisión de pedir ayuda a la URSS. Siempre quiso mantenerse alejado de su órbita de influencia, y al Kremlin tampoco le interesaba el proyecto chileno. Una comitiva viajó, pero luego de paseos y reuniones, volvió prácticamente con las manos vacías. Allende le habría dicho a Brezhnev: «Me has condenado a muerte».

Pero ocurrió lo increíble.

Llegó marzo de 1973. Las elecciones parlamentarias eran el objetivo de los dos contrincantes. Todo en medio del olor a keroseno en las calles, la agudización de las diferencias, las amenazas y el desabastecimiento. La derecha calculaba un triunfo aplastante, una disminución dramática del apoyo a Allende producto del castigo económico y la propaganda desatada a la que se expuso a la población. Lo que vendría sería fácil. Tendrían los votos para destituir al gobierno y sacar a *esos comunistas* del gobierno. Sin embargo, esa noche del domingo 4 de marzo la derecha vio con estupor que el 36 por ciento que había obtenido Allende en las presidenciales no solo no había bajado... sino que, por el contrario, había subido a un sorprendente 44 por ciento.

Pero esta buena noticia para la Unidad Popular en realidad produjo dos efectos funestos. La derecha entendió que no había posibilidad de destituir a Allende por la vía institucional y que la única salida era forzar el hundimiento del país para provocar un golpe militar. El Partido Socialista, en cambio, vio en ese 44 por ciento de apoyo un voto de confianza de la gente para seguir adelante con sus políticas radicales alejadas del programa de gobierno, y llamó a agudizar las tomas de terreno, las expropiaciones y a «avanzar sin transar» felices hacia el abismo.

El gobierno, por otro lado, entendió que sin la mayoría en el parlamento no

podría aprobar las leyes para continuar las reformas y se vendría la parálisis.

La DC se alineó definitivamente con la derecha, que comenzó la planificación concreta del golpe y, de ese modo, en marzo de 1973, se selló el destino del país. El resto del año sería una agónica espera para lo inevitable.

Los esfuerzos del gobierno debían entonces centrarse en evitar ese golpe militar que todos veían venir. Las reuniones se sucedían, largos debates en la casa de Miria Contreras, la Payita, en el Cañaveral; gritos y momentos de profundo silencio, mucho humo de cigarrillo, whisky, profunda tensión. Salvador Allende vivió momentos de presión inhumana sobre sus hombros durante aquellos meses.

El Partido Socialista insistía en que la manera de enfrentar este peligro era simplemente armar al pueblo. Según Allende y el Partido Comunista, la estrategia debía ser llegar a acuerdos con la DC para evitar que se aliaran con la derecha y en su contra. Pero el Partido Socialista amenazó con retirarse de la Unidad Popular si se dialogaba con «los burgueses reaccionarios demócratacristianos» y dejó a Allende paralizado, sin capacidad de negociar nada. No iba a armar a nadie y tampoco podría aliarse con la DC, menos moderar el programa y estabilizarse para continuar con las reformas. Allende, por respeto a la Constitución y a la institucionalidad, tampoco tomó la decisión de llamar a retiro a los militares golpistas, pudiendo haberlo hecho. Los caminos comenzaban a cruzarse y amarrarse en el horizonte como cuerdas en las manos y pies del compañero presidente, y el paisaje, por supuesto, era de espanto. La canción ganadora del Festival de Viña de 1973, a cargo de Julio Zegers, hoy puede leerse como una profecía.

Hoy  
que la pradera  
va cambiando de color  
...  
Son  
cuatro jinetes  
que la salen a esperar,  
cuatro caminos  
que la llevan hacia el mar  
...  
Hoy  
el farolero ya se fue  
la lavandera, no lo sé

y el marinero  
un día de enero partirá.  
Y  
cual pasajero de algún tren  
estoy viviendo en el andén  
mientras la máquina  
me lleva a mi también.

Los cuatro jinetes llevaban meses reuniéndose en la oscuridad, preparando el momento.

Entrado 1973, al no tener mayoría parlamentaria, la derecha comenzó su campaña definitiva: insistir por todos los medios en que el gobierno actuaba fuera de la ley, que había perdido legitimidad y que debía renunciar. La estrategia sería acusar constitucionalmente a cada ministro, impugnar cada acción, bloquear cualquier acuerdo, cerrar todas las puertas. «Negar la sal y el agua» hasta reventarlo.

Los gremios producían paros, huelgas y manifestaciones. El comercio inició el acaparamiento de productos provocando la aparición del mercado negro. El gobierno reaccionó racionando ciertos productos. Se iniciaron las colas, la ficha de la JAP y la postal marcada a fuego en la mente de algunos. Los trabajadores, los más sencillos, los partidarios de la UP salían a manifestar su apoyo al gobierno y los enfrentamientos callejeros con fuerzas paramilitares de derecha, como Patria y Libertad o el comando Rolando Matus, comenzaron a hacerse habituales. La derecha había tomado su decisión: iba a apretar el acelerador para llevar el camión al barranco, el desplome final de todo, porque ya no le importaba nada, solo destruir al gobierno de izquierda y recuperar el poder a cualquier costo.

La propaganda estaba desatada. Constantemente el Partido Nacional y la Democracia Cristiana le exigían al gobierno que detuviera la preparación de focos y regimientos de guerrilleros que jamás existieron. Rogaban que se detuviera el acceso en avión de miles de soldados cubanos que nadie vio jamás y de los que no se entregó ninguna evidencia, pero que aterraban a algunas personas. Mi abuela le tenía miedo a cubanos inexistentes y a tanques rusos que parece que ya venían cruzando por la cordillera, decía.

Hacia mayo de 1973, mi mamá me llevó a una manifestación en la plaza

Sotomayor de Valparaíso. Apuntó hacia el balcón y me dijo: «Mira, ahí está el Chicho». Lo siguiente que recuerdo es pánico, a mi mamá corriendo por una plaza conmigo en brazos; había humo y personas gritando que venía gente de Patria y Libertad. Recuerdo su cara, la mujer más linda del mundo tenía el rostro desencajado; vi miedo y me invadió un hielo desconocido en todo el cuerpo. Todos estaban asustados. Pero en medio del desorden, muchos seguían arrimándose a la única certeza: sonaba la voz de Allende diciendo, desde aquel ya lejano 4 de septiembre: «A la lealtad de ustedes responderé con la lealtad de un gobernante del pueblo, con la lealtad del compañero presidente».

El barco zozobraba, hacía agua, comenzaba el temor, pero muchos se agarraban a la idea de que el presidente no se iba a entregar. Algunos pensaban que el golpe sería como otros de la historia de nuestro país, un simple cambio de manos del poder, sin mayor escándalo. Nadie imaginaba el horror que se venía, la oscuridad, la mazmorra, la electricidad y el gas sarín, las fosas comunes y las ametralladoras agujereando las casas de madera; que iban a pasar casi dos décadas antes de volver a votar para decidir algo, mucho menos que cientos de esas personas cercanas que saludabas día a día iban a desaparecer para siempre, o que otros saldrían al mundo para no volver jamás. Nadie sospechaba que el país que todos conocían iba a desaparecer, que estaba a punto de quebrarse a la mitad y entrar en una noche terrorífica que aún hoy desconocemos en su totalidad.

Tampoco es cierto que nadie lo vio venir. En junio de 1973 todos sabían que se venía un golpe militar. No se sabía cuándo, pero no se hablaba de otra cosa. El gobierno dudaba de la Armada, la rama más conservadora y católica de las cuatro, y confiaba en el Ejército al mando del general Prats, respetuoso de la Constitución y la presidencia. Quizá también por eso Allende no quiso crear cuadros armados gubernamentales —como sí lo hizo Alessandri Palma a principios de siglo— porque confiaba en la institucionalidad y en el mando del Ejército para detener cualquier alzamiento ilegal.

Pero el problema no vendría desde los comandantes en jefe: la conspiración la manejaban los mandos inmediatamente debajo. Quienes comandaban las Fuerzas Armadas a principios de 1973 eran nombres que nos suenan desconocidos: César Ruiz (FACH), Raúl Montero (Armada), José



Sepúlveda (Carabineros). Los conspiradores vendrían desde abajo y llevaban más de un año coordinándose.

En 1972, según cuenta Mónica González en *La Conjura*, Sergio Arellano Stark, furioso anticomunista que había vivido en la España de Franco, fue destinado a Valparaíso en un evento clave que definiría la historia. Allí, en el regimiento Maipo de Playa Ancha, entró en contacto con Arturo Yovane, el oficial golpista en Carabineros. Ambos, subiendo y bajando escalas porteñas, se unieron a las conversaciones en el grupo de Merino: por la Armada quedaba constituida el alma de la conspiración. El golpe se pensó y se discutió en secreto entre los cerros de Valparaíso, frente al océano, en casas de almirantes y oficinas de regimientos.

En diciembre de 1972, Arellano Stark fue nombrado general y trasladado a Santiago, donde participó en los consejos de generales, fue entrando en contacto con los oficiales golpistas y articuló a su alrededor reuniones secretas a espaldas de su comandante en jefe, el general Prats, a quien también matarían luego del golpe en un horrendo asesinato que dejó su cuerpo y el de su esposa destrozados en las calles de Buenos Aires.

Después de las elecciones de marzo, cuando los golpistas se dieron cuenta de que el país aún estaba en un enorme porcentaje con Allende, se decidieron por la vía armada total. En mayo se reunieron en secreto en el hotel San Martín de Viña del Mar y concluyeron un documento de cinco páginas que resumía los principios del gobierno militar que tomaría el poder. Nada importaban las marchas multitudinarias a favor del presidente, el apoyo en las urnas, las canciones, los murales o los discursos. El pueblo chileno nada decidiría, su destino se estaba escribiendo entre cuatro paredes por quienes tenían las armas, los cuchillos y los uniformes pagados por las propias personas que morirían unos meses después.

Hacia fines de junio, la tensión se cortaba en el aire. Un oficial de Ejército perdió los nervios y frente a la alternativa de ser arrestado, decidió encabezar un alzamiento militar sin ningún destino. El 29 de junio, el teniente coronel Roberto Souper dirigió lo que conoceríamos como el «tanquetazo». Dieciséis carros armados, entre tanques y otros, salieron del regimiento Blindado N°2 en dirección a La Moneda sin un objetivo claro. Respetaron las luces rojas del tráfico y la leyenda dice que uno de los tanques incluso pasó a una bomba de bencina y pagó por el combustible. Ametrallaron el palacio de gobierno y el edificio del Ministerio de Defensa, entre los gritos de la gente que se arrojaba al suelo en las oficinas, mientras los cristales caían despedazados a

su alrededor. Prats decidió enfrentarlos con valor inusitado. Se paró frente al primer tanque solo con un sub fusil en las manos y le gritó al soldado que se entregara. El capellán le extendió la absolución, a la distancia, convencido de que sería asesinado. Pero el comandante del tanque solo le apuntó con la ametralladora, titubeó y decidió entregarse. Prats avanzó hacia los tanques uno a uno haciendo el mismo peligroso ejercicio, hasta que solo el último se negó, retrocedió con el tanque apuntando la ametralladora, pero por detrás se subió sigilosamente otro efectivo que le puso la pistola en la cabeza: el teniente Garay miró de reojo y levantó las manos, el amago de golpe había sido neutralizado. Cuando Prats entró a La Moneda, un militar se acercó eufórico a abrazarlo y celebrar el fin de la asonada contra Allende.

Era el general Pinochet.

Nadie en el golpismo sabía qué pensaba este oficial que había colaborado en aplacar el intento de golpe. Cuando en julio de 1973 la organización golpista se movió a la casa de un civil en Lo Curro y apareció Leigh, Augusto Pinochet también fue invitado pero eludió asistir. Entonces se encendieron todas las alarmas. ¿Qué pensaba Pinochet? Nadie lo sabía. Y era fundamental saber qué pensaba este recién llegado, porque nadie quería iniciar un golpe que terminara con la Armada enfrentándose al Ejército en una cruenta guerra civil como en 1891. Esto debía ser en bloque y el Ejército debía integrarlo.

En 1973 mi familia vivía en Miraflores alto, en una población de casitas pequeñas cerca de una torre de agua. Yo tenía cuatro años y pensaba que el cuidador de la torre vivía adentro de esa torre, vestido permanentemente de hombre rana nadando en el fondo del estanque, con sillones impermeables y una mesa de plástico con su lámpara encendida dando brillos extraños de ampolleta mojada.

No había piezas para todos en nuestra casa; mi hermana dormía en una cama frente a la de mis papás. La situación económica era mala. Mi papá trabajaba de chofer para la Universidad Católica de Valparaíso y mi mamá vendía objetos que conseguía en diferentes lugares. Recuerdo un letrero de cartón puesto en la ventana que decía «Se vende jabón de lavar». También recuerdo unos extraños juegos que consistían en tirarse al suelo y quedarse inmóvil, en silencio, como una momia, sonriendo. Con los años supe que lo hacíamos para escondernos de quien cobraba el arriendo, que llegaba en una

motoneta y tenía la mala costumbre de asomarse por las ventanas. A veces acompañaba a mi mamá al local de la JAP, que quedaba cruzando avenida Frei, a buscar harina o aceite. Mi papá llegaba tarde, los dos eran muy cariñosos con nosotros. Me daba terror cuando comenzaba la música de *Sombras Tenebrosas* en la televisión y me escondía detrás del sillón para verla. Una vez me tragué una bolita de esas para jugar y terminé en el policlínico que había subiendo la calle. El jardín infantil al que me llevaban se llamaba Kínder Los Peques, quedaba a algunas cuadras.

El 27 de julio mi papá entró rápido a la casa y encendió el televisor Motorola, un modelo que tenía una tapa de cholguán agujereado atrás. Algo había pasado. Las noticias decían que había sido asesinado el edecán de Allende, el comandante Arturo Araya. Mi papá estaba muy inquieto. La escena de Salvador Allende subido sobre el edecán haciéndole masaje cardíaco con las manos ensangrentadas paraba los pelos. Las noticias decían que el Servicio de Inteligencia Naval había detenido al hechor, un integrante de la UP que habría actuado con los GAP y un guerrillero cubano. La verdad es que los marinos habían sacado a un tipo cualquiera de una comisaría, preso por ebriedad, y lo habían torturado salvajemente para sacarle una confesión inventada que manchara al gobierno. Al día siguiente la campaña contra la UP fue feroz. Pero, en medio de esto, Investigaciones de Chile detuvo a los verdaderos asesinos: 32 militantes del comando Rolando Matus, Patria y Libertad, y partidos de derecha. Todos pasaron a la Fiscalía Naval, confesos, pero fueron dejados en libertad frente al estupor de la policía civil.

¿A quién beneficiaba la muerte de Araya? Curiosamente, el edecán era el único escollo para que José Toribio Merino fuera nombrado comandante en jefe de la Armada y encabezara, en forma, el golpe que se preparaba y del que él era el indiscutido líder.

Producto del estado de las cosas, la DC promovió una ley de control de armas que técnicamente le dio carta blanca a las FF.AA. para que cuadrillas de militares rodearan y registraran violentamente fábricas, sindicatos, sedes sociales o viviendas en búsqueda de armas. Luego se reconoció como una maniobra para descubrir e incautar los supuestos arsenales de izquierda, como preparativo para el golpe.

Estas maniobras, aceptadas por el gobierno, llevaron a grupos más radicales a preguntarse si el mismo gobierno representaba en verdad a la clase obrera. Se instaló la desconfianza, la paranoia, la sensación de que algo se preparaba en algún lugar que no se veía. La economía se iba al carajo. Todos

trataban de vivir sobre un barril de pólvora. Se iniciaron conversaciones interminables sobre las columnas de obreros que defenderían La Moneda, y sobre estrategias para armar con palas y chuzos al pueblo. Se oía la música de Quilapayún, de Inti Illimani. Víctor Jara cantaba en las universidades. Las bombas lacrimógenas se sucedían por doquier. Decenas de industrias eran tomadas, y el país parecía paralizado. Los nervios estaban destrozados. Unos temían lo peor, otros buscaban lo peor. Las diferencias se volvieron irreconciliables.

Comenzó agosto de 1973. El cardenal Raúl Silva Henríquez lograba reunir a Allende y Aylwin en su casa para obligarlos a dialogar, a encontrar una solución. Pero la DC ya había tomado la decisión de llevar al país hacia un golpe militar. Las exigencias que Patricio Aylwin le hizo a Allende eran irrealizables y exageradas, diseñadas para ser rechazadas. Todo quedó en nada. Cuando salieron, el cardenal Silva Henríquez se desplomó sobre un sillón. Las cartas estaban echadas. Vio con tristeza la pared frente a su casa con un rayado llamando a los pobres a avanzar con alegría hacia el futuro. La verdad es que el país completo estaba dentro de un camión sin frenos, directo a un acantilado del que no se conocía la profundidad.

Le habían apretado el cuello a la economía y al abastecimiento; luego iniciaron los atentados, el sabotaje y el descontrol social. Por otro lado, los grupos de extrema izquierda se enfrentaron con violencia pensando estúpidamente que forzaban una lucha de clases que los llevaría al poder. La verdad es que el único grupo realmente armado del gobierno era el GAP, el conjunto de guardaespaldas de Allende, una veintena de jóvenes militantes de la UP y del MIR que se habían entrenado en países socialistas.

Agosto fue el mes elegido para reventarlo todo.

Mes sangriento donde los recursos y las armas corrieron desde las FF.AA. hacia los grupos extremistas de derecha. Hubo atentados dinamiteros, muertos, voladuras de oleoductos y gaseoductos. Hacia el fin del gobierno, Patria y Libertad más el Comando Rolando Matus habrían realizado más de setecientos atentados terroristas, con alrededor de cien muertos. En televisión, los canales de derecha lanzaban proclamas incendiarias. La gente tenía miedo. El gobierno estaba paralizado. Los líderes de clase alta exigían libertades políticas que jamás habían perdido, respeto a la Constitución que

nunca se había perdido, ajustarse a la legalidad, mientras ejecutaban planes de sabotaje económico, prestaban apoyo a grupos terroristas de derecha y complotaban con los militares para un violento ataque armado final. La UP estaba obligada a seguir la legalidad so pena de ser acusada constitucionalmente. Pero eso no la frenaría.

El golpismo al interior del Ejército se respiraba denso. Prats recibió un gesto de rechazo de parte de sus oficiales y decidió renunciar, pero para salvaguardar al gobierno que había jurado defender, eligió con cuidado a su sucesor. Pensó en un oficial respetuoso de la Constitución y las leyes, en un subordinado sumiso, que no cavilara mucho y obedeciera hartito. Alguien de confianza que hubiera demostrado lealtad al presidente Allende y preocupación por su integridad. Alguien de su confianza. Así es como Carlos Prats, el 23 de agosto de 1973, decidió que el próximo comandante en jefe del Ejército fuera Augusto Pinochet Ugarte.

La primera acción del nuevo comandante consistió en pedirle la renuncia a todos los generales. Todos sospechaban que quería limpiar el Ejército de golpistas. Pinochet gritó descontrolado contra las esposas de los oficiales que pidieron la renuncia de Prats. En una comida, se le vio mirando por la ventana y, cuando alguien se le acercó, le murmuró con su acento característico: «No puedo creer lo que le están haciendo al señor presidente».

También en agosto, el comandante de la FACH y el de la Armada extendieron sus renuncias, abriéndole camino a los oficiales golpistas: Leigh asumió en la FACH y Merino esperó su nombramiento. Se dibujaba lo que posteriormente conoceremos como «la junta». El lado militar de la conspiración comenzaba a caminar en silencio.

Por el lado de los civiles la tijera también comenzó a cerrarse. A fines de agosto la derecha y la DC dieron la estocada final: sin tener atribuciones para ello, declararon inconstitucional al gobierno de Salvador Allende —cuestión que solo podía hacer el Tribunal Constitucional— insinuando luego que «alguien» debía hacer algo al respecto. Paralelamente, mujeres de clase alta iban a la Escuela Militar a arrojarle maíz a los soldados de guardia, a las «gallinas».

Todo estaba servido. El camión tomaba forma de ataúd y el borde se acercaba. Mi mamá recuerda que tenía mucho miedo, todos los días. Que ya

no quedaba comida en los almacenes, que había que levantarse a las seis de la mañana para tres horas después conseguir tarros de alguna conserva, que el pan ya se hacía con harina negra y que le tenía terror a los tipos de casco blanco con la araña negra, Patria y Libertad, cuando marchaban por las calles. Veía al país entre el humo de las lacrimógenas, el mercado negro, las calles sin automóviles y la sensación de que ¡por la cresta venga ese golpe de una puta vez!

A la huelga de camioneros se sumó la del transporte público. Ya no quedaban reservas de trigo. Llovían las denuncias de acaparamiento para provocar desabastecimiento artificial. Se descubrían bodegas de grandes almacenes llenas de provisiones. En fábricas e industrias ya nadie trabajaba, solo había espacio para grupos que atacaban o se organizaban para defender al gobierno. El MIR apagaba el fuego con bencina llamando a los suboficiales a levantarse contra la oficialidad de las FF.AA. La CUT llamaba a los trabajadores a activar comités de vigilancia y turnos permanentes de defensa ante la inminencia de un golpe. Debían juntar revólveres, lumas, cascos y cualquier arma disponible. No sabían que la FACH había trasladado jets de combate *Hawker Hunter* a Talcahuano. El nivel de ingenuidad era de una ternura trágica.

El 30 de agosto, Allende declaró en un discurso público: «¡Solo acribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo!». Sus partidarios sentían que aquello por lo que habían luchado cien años, llegar al poder para producir cambios sociales en un país espantosamente desigual, se les escapaba por los dedos, entre calles desiertas sin microbuses, a través de ondas de radioemisoras que, de lado y lado, llamaban a estar preparados. El cura Raúl Hasbún, desde su tribuna en Canal 13, lanzaba una arenga anti allendista tan vehemente que se desmayaba en cámara. El país estaba al borde de perder la cordura.

Un día desperté y ya era septiembre de 1973, estaba resfriado y no había ido al jardín. En otra casa, bastante más lejos de la mía, en calle Guardia Vieja, Providencia, Santiago, Allende se reunía con sus asesores y les comunicaba su deseo de llamar a un plebiscito que definiera si la gente quería que continuara gobernando. Declaró a sus asesores más fieles que la situación era crítica, límite, que la única posibilidad era que después del plebiscito

gobernarán junto a la DC e instalarán un gabinete militar. Los socialistas se pusieron de pie y discursaron sobre la revolución y no claudicar, pero Allende perdió el control y les gritó en la cara: «¡Si no lo hacemos habrá miles de muertos!».

Al país solo le quedaba la áspera actividad política, ya no había actividad productiva. Era una ciudad vacía; marchas y manifestaciones épicas como preciosas bengalas explotaban y se desvanecían sin constituir una amenaza para nadie. De hecho, el 4 de septiembre, el día del aniversario de la elección de Allende, la Alameda se llenó en una gigantesca manifestación de apoyo, apoteósica, maravillosa e inútil. La decisión acerca de cómo terminaría el primer experimento socialista democrático de Occidente no la estaba tomando la gente; su asesinato se había tramado durante tres años entre cuatro paredes, se había criado, alimentado y preparado a escondidas. Nada importaba la decisión popular, las elecciones o el gobierno. La obra había sido representada magistralmente y solo faltaba el gran final. Frente a la crisis, Allende comunicaría su decisión de llamar a un plebiscito el día 11 de septiembre de 1973. Las alarmas se encendieron y los golpistas de pronto supieron cuándo actuar. Esa fecha, que no significaba nada por esos días, quedaría marcada con un hierro caliente sobre la piel de nuestra memoria. El gran final incendiario de la obra que habían escrito desde el momento mismo en que Allende resultó electo, ya tenía fecha de estreno.

El golpe iba en camino. Los partidos golpistas pensaban que los militares harían el trabajo sucio y que ellos recibirían el poder en bandeja. No sabían que los de uniforme venían con todo un proyecto propio, refundacional y muy violento.

La calle Esmeralda era un tobogán de cemento que se descolgaba como una lengua desde la cima de esa loma pelada que era el cerro Esperanza hace unos años. El ojo resbalaba por la pendiente cuando volvías de comprar el pan y caía a la bahía de Viña del Mar, allá abajo donde duerme el océano Pacífico. Mi abuela materna, la Mami, siempre se levantaba temprano y, camino a la cocina, le daba una mirada de reojo al mar que le pintaba las ventanas de adelante, como si fuera lo más normal del mundo tener esa masa de agua quieta monstruosa, como otro planeta líquido durmiendo junto a tu casa. Ese día 11 de septiembre tomó la manilla de la cocina, pero se devolvió,

miró de nuevo y frunció el ceño. Había unas sombras flotando sobre el paño azul grisáceo. El día estaba oscuro y neblinoso. Abrió la puerta de la calle y no entendió nada. A lo largo de la costa había una flota de barcos de guerra, una línea segmentada en paralelo a la costa con todos sus cañones apuntando hacia la ciudad. Caminó lo más rápido que pudo hacia su pieza y manipuló la perilla de su radio IRT de baquelita donde escuchaba los partidos del Wanderers. La estática que chorreaba desde el parlante parecía lluvia, o algo friéndose, voces friéndose, bajo la lluvia, ¿marchas militares? Qué pasaba. Voces quebradas. De pronto, la voz de Allende.

«Les habla el presidente de la República desde el palacio de La Moneda. Informaciones confirmadas señalan que un sector de la marinería habría aislado Valparaíso y que la ciudad estaría ocupada, lo cual significa un levantamiento en contra del gobierno, del gobierno legítimamente constituido...».

Eran las 7.55 de la mañana del 11 de septiembre de 1973.

Durante la madrugada se había desatado una tormenta de camiones militares corriendo por esas calles porteñas que parecen un sistema circulatorio, escupiendo infantes de marina en todas direcciones; los gritos, las puertas echadas abajo, las amenazas y los padres de familia sacados a la rastra. Una operación militar contra la población civil. La ciudad despertaba con estupor. ¿Cuándo se había visto algo así? ¿No eran los mismos marinos que todo porteño había aprendido desde niño a celebrar y aplaudir cada desfile del 21 de mayo? ¡¿Qué estaba pasando?!

En Miraflores alto mi mamá despertó con un ruido de camiones pasando por la calle el Roble. Había luces apuntando a las casas y gritos, vidrios quebrados y el llanto de una mujer pidiendo que no se llevaran a su marido. ¡¿Qué estaba pasando?! Mi papá se levantó pensando que estaban asaltando a alguien, mi mamá salió detrás y mi hermana de nueve años asustada preguntaba si esos estampidos que se escuchaban afuera eran balazos. Un jeep atravesó por el pasaje, lanzando una ráfaga de ametralladora que sonó como una motocicleta. «¡Al suelo!», gritó mi papá y fue a gatas a buscarme a mi cama. Terminamos juntos debajo de la mesa en el centro de nuestro living. Mi mamá me cuenta que estaba aterrada y solo atinaba a ponerme debajo de su cuerpo y mi papá trataba de hacer lo mismo con todos. «¡Choche, se están llevando al papá del Mauricio!», gritó mi mamá entre sollozos. «¡¿Qué está pasando?!».



Cuatro días antes, Merino habló con Leigh sentados en sillones chesterfield de cuero de camello. Lo miró con detenimiento mientras le dijo que el golpe sería el martes 11. Leigh, con cara de póker, guardó un segundo más de silencio antes de preguntar por qué.

—Tiene que ser lo antes posible, pero no un fin de semana ni un lunes, porque los militares tienen que estar en sus cuarteles. El martes 11 es perfecto. A las 6.30 en Valparaíso y a las 8.30 en el resto del país. Tienes que avisarle a Pinochet. Si no se sube, hay que ver la forma de anularlo.

El fin de semana del 8 y 9 de septiembre comenzó una carrera para subir a Pinochet a la conspiración. Bajo él estaba lleno de oficiales comprometidos con el golpe que podrían reemplazarlo, pero Sergio Arellano Stark quería ser leal a su comandante en jefe, e insistió en que había que convencerlo.

En el gobierno la distancia con la realidad tomaba ribetes tragicómicos, a veces delirantes. Prats tranquilizó a Allende diciéndole que Pinochet sería leal al gobierno. Que debía retirar a los generales golpistas antes del 14 de septiembre o lo lamentaría. El presidente se reunió con sus asesores para insistir en la tesis de un golpe inminente, pero Erich Schnake, del PS, sonrió y le dijo que exageraba, que si había un golpe habría oficiales que harían un contragolpe ayudados por los trabajadores y que, junto con esos militares, se podría armar un gobierno que instalara incluso con mayor facilidad el programa de la UP. Allende no lo podía creer. La gente de la Izquierda Cristiana apoyaba la idea. Allende los mandó a la cresta y la reunión fracasó.

Ese mismo sábado 8 Leigh visitó temprano a Pinochet en su casa, pero el general no se separó de su esposa, Lucía Hiriart, y fue imposible hablarle del golpe. Leigh se fue muy molesto y le encargó a Arellano la misión de convencerlo durante ese mismo día o hacerlo a un lado. Nathaniel Davis, embajador de EE.UU. en Chile, viajó y fue recibido en la Casa Blanca por Kissinger, quien dijo «¡Bien, el golpe en Chile ya está en marcha!». Allende almorzó con Prats y le pidió que llamara a un plebiscito. Prats le dijo que nadaba en un mar de ilusiones, porque un plebiscito demoraría treinta días en organizarse, y el golpe se venía esa misma semana. El presidente le preguntó si acaso no creía en la lealtad de Pinochet; Prats le dijo que ponía las manos al fuego por él, pero que el golpe vendría igual, que debía pedir permiso para salir del país.

—¡Jamás! —dijo Allende, bajando la mirada.

Arellano fue a la casa de Pinochet a convencerlo de participar en el golpe, pero no lo encontró. Lo fue a buscar a un matrimonio donde estaba invitado, pero no había asistido. Lo buscó por todo Santiago, pero Pinochet lo driblaba como un campeón, huyendo con los dedos tapándose los oídos. Hasta que ya de noche lo acorraló en su casa, se plantó frente a él y le contó todo, sin anestesia. Pinochet guardó silencio, preocupado, con el ceño fruncido. Arellano le dijo que lo pondría en contacto con Leigh, pero se negó, muy tenso. Él mismo lo llamaría esa noche.

Los golpistas esperaron la llamada, pero nunca llegó y se encendieron todas las alarmas. Los conspiradores estaban desesperados. La noche del 8 al 9 de septiembre fue eterna para ellos. Pinochet podía estar perfectamente entregándole toda la información a Allende en esos momentos. Arellano sudó frío toda la madrugada. Como muchos protagonistas han dicho, nadie sabía lo que pensaba Augusto Pinochet a solo tres días del 11 de septiembre.

Al día siguiente, Carlos Altamirano, el secretario general del PS, lanzó su discurso más incendiario y violento en una concentración en el teatro Caupolicán. Dijo que había llegado el momento de actuar y que nadie lo iba a detener en su intento por sublevar a suboficiales de las FF.AA. Leigh y su cuerpo de generales escucharon el discurso y decidieron ir en persona a hablar con Pinochet. Ya no les importaba nada, e irrumpieron en el cumpleaños de Jacqueline, la hija de Pinochet.

—Ya llegó el límite —le dijo Leigh, entrando al despacho donde podían hablar en privado—. La Fuerza Aérea y la Armada van a actuar con o sin ti.

—Pero —interrumpe Pinochet—... tú sabes que esto nos puede costar la vida.

En ese momento golpearon la puerta. Entró el almirante Huidobro con un oficial de acompañante. Venía de Valparaíso con un papel del almirante Merino escondido en su zapato. La escena es de película.

Gustavo y Augusto:

Bajo mi palabra de honor, el día D será el 11 a las 06:00. Si Uds. no pueden cumplir esa fase con el total de las fuerzas que mandan en Santiago, explíquenlo al reverso. El almirante Huidobro está autorizado para tratar y discutir cualquier tema con ustedes.

Les saluda con esperanza y comprensión.

Merino.

—¡Pero yo no tengo planes, no puedo traer tropas...! —habría dicho Pinochet, según Merino. Y mientras Leigh firmaba el papel sin dudar, Pinochet hacía tiempo buscando un timbre personal entre sus cosas, nervioso

y molesto.

En una entrevista con Mónica González, años después, Leigh fue lapidario: —Yo, lo único que sé es que cuando el 9 de septiembre fui a hablar con Pinochet, este estaba totalmente en pampa.

Ninguno de los golpistas sabía que ese mismo día en la mañana, Pinochet se había reunido con Allende y le había expresado, entre otras cosas, el pleno respeto del ejército a la autoridad presidencial.

Recién el lunes 10 de septiembre, Pinochet se reunió con Arellano Stark en el Ministerio de Defensa. Ahí, el verdadero operador del Ejército en el golpe, le entregó toda la información y lo incorporó en definitiva solo un día antes.

Pinochet cuenta en su libro *El día decisivo*, que a las 13.00 de ese mismo día 10, se reunió con los generales que participarían de las operaciones al día siguiente. Dice que los arengó, desenvainó una réplica de la espada de O'Higgins y les hizo jurar uno por uno frente al sable del libertador. Ninguno de esos generales recuerda la arenga y menos el juramento. Aseguran, de hecho, que nunca ocurrió.

Ese día lunes 10 estuvo marcado por la tensión en las FF.AA.

Debían actuar sin despertar sospechas. Todo ordenado, cronometrado y en silencio.

A las 4.00 de la tarde Arellano se instaló en el sexto piso del Ministerio de Defensa a planificar la coordinación de las diferentes acciones militares del día siguiente. Una de las primeras acciones era determinar qué hacer con los detenidos pertenecientes a partidos de gobierno y simpatizantes.

Arturo Fontaine Aldunate, subdirector de *El Mercurio*, fue informado de los planes. Con los ojos como platos citó a René Silva Espejo, su director, a juntarse el 11 a la siete de la mañana en la imprenta Lord Cochrane, Providencia llegando a Eliodoro Yáñez, para preparar el número especial sobre el golpe.

A las 5.00 de la tarde el general Palacios recibió la instrucción de comandar el regimiento Blindado N°2, rodear La Moneda con tanques y asaltarla a la orden. La coordinación del ejército, en el sexto piso del Ministerio de Defensa, frente a La Moneda, decidió que para diferenciar a las tropas golpistas de las desinformadas usarían un pañuelo naranja al cuello, y afinó la lista de las personas que al día siguiente debían ser detenidas y enjuiciadas. A esa hora en La Moneda, Allende trabajó sin saber lo que ocurría en sus narices. El general Yovane, de Carabineros, había enviado a su familia a Colombia. Pensó que si el golpe fallaba, él no sobreviviría.

A las 8.00 de la noche la mayoría de los soldados del país, incluidos conscriptos, se encontraban acuartelados, nerviosos, esperando órdenes que comenzaban a intuir. Muchos de esos uniformados no tenían más de diecinueve años, estaban lejos de sus familias y estaban siendo preparados para atacar y matar a otros chilenos.

A las 8.30, en Concepción, los pilotos de los Hawker Hunter, encabezados por Mario López Tobar, repasaban los planes para la mañana del 11; debían primero destruir las antenas de las radios de la UP y luego esperar órdenes. No todos sabían lo que estaba planeado para ellos.

A esa misma hora, Hortensia Bussi hizo que Allende se probara unas chaquetas que había traído de México antes de pasar a la mesa: «Ojalá me dejen usarlas», dijo el presidente.

Esa mañana cientos de chilenos estaban con sus familias o sus amigos, eran jóvenes o viejos que no sabían que les quedaban pocas horas de vida. Otros no sabían que en unos días saldrían del país para no volver en diez, veinte o treinta años. Algunos morirían en el extranjero sin regresar jamás.

A las 9.00 de la noche todo estaba coordinado. Las tropas acuarteladas, los comandantes con sus órdenes, las armas cargadas. Comenzaba la nerviosa espera.

Eran las 10.00 de la noche, casualmente los integrantes de Inti Illimani y Quilapayún estaban de gira y dormían en Europa. Víctor Jara no tendría esa suerte. A esa hora, preparaba la actuación que daría al día siguiente en la Universidad Técnica del Estado. No sabía que sería detenido y asesinado.

Chile se replegó en sus casas, el ambiente estaba tenso. Todos sabían que se venía un golpe militar, nadie se imaginaba que la dictadura que le seguiría duraría diecisiete años. Esa noche era la última con vida de Salvador Allende y de muchos de sus colaboradores, autoridades y gente común que lo apoyaba. Las esperanzas, equivocadas o no, de muchos chilenos de tener una patria más justa y equitativa, se hundirían en un mar de sangre. Sobre Chile resonaría la cita de Malatesta: «Ojalá no paguemos con sangre este susto que le hemos hecho pasar a la burguesía».

A las 6.40 de la madrugada, Allende se levantó alertado por sus colaboradores acerca de movimientos extraños en Valparaíso. Joignant, director de Investigaciones, confirmó: la Armada sacó tropas a la calle. Por

fin, estaba ocurriendo. Letelier desesperado intentó comunicarse con Montero, Pinochet, Leigh, pero nadie contestaba. Logró contactarse con el vicealmirante Patricio Carvajal, quien le mintió, dijo no saber nada.

Eran las 7.20 de la mañana, las calles de Santiago estaban vacías a esa hora. Cada cierto rato una micro aceleraba cansadamente a lo lejos llevando a trabajadores soñolientos a sus trabajos. Alguien observaba por la ventana de su departamento la ciudad que despertaba. Aún no amanecía, miró el calendario, 11 de septiembre. Al frente, el cerro San Cristóbal, abajo, Providencia con Salvador. Bostezó, se rascó la cabeza. Pasó un Fiat 125 blanco a 90 km/h. Frunció el ceño. Pasaron tres más en hilera, detrás otro más a la misma velocidad. Él no lo sabía, pero en su interior iba el presidente de la República con un arma en la mano, dirigiéndose hacia su última batalla rodeado del GAP, su grupo de amigos personales compuesto de jóvenes en la veintena de edad.

Casi a la misma hora despegaban desde Concepción los jets de combate Hawker Hunter con la misión de botar antenas de las radios afines a la UP y permanecer sobre Santiago a la espera de instrucciones que desconocían.

Mi mamá lloraba abrazada a mí en el suelo de la casa. El golpe comenzó en Valparaíso, el terremoto demoraría en comenzar a remover Santiago.

Salvador Allende entró a La Moneda por sus pasillos y escalas distribuyendo a la gente en ventanas y puntos estratégicos. Eran veintitantos GAP más dieciocho detectives de la Policía de Investigaciones de Chile, la única fuerza armada que permaneció leal a la Constitución y la presidencia ese 11 de septiembre. Los gritos y las carreras por el piso de madera, las puertas abriéndose, las órdenes de los más experimentados. A veces, después de tanto tiempo esperando el enfrentamiento, terminas deseándolo y la excitación se siente bien. Balas en cartucheras, en los bolsillos. Escuchaban estampidos a la distancia, pensaban que eran bombas, pero eran las explosiones de los cohetes sura de los Hawker Hunter destrozando las antenas de radio Corporación en La Florida. Todos estaban en sus posiciones apuntando con ametralladoras y pistolas hacia afuera. Eran civiles defendiendo una idea. La Moneda se erizó de pistolitas saliendo por sus agujeros. Afuera, tanques y bazucas, cañones y jets de combate.

Allende estaba preocupado por los comandantes en jefe, aún creía que era

un levantamiento solo de la Marina.

—Pobre Pinochet —le escucharon decir—. Lo deben haber tomado preso.

Mi papá se vistió rápido. Los camiones se habían retirado. «¿Dónde vas?», preguntó mi mamá. «Tengo que ir a presentarme al sindicato de la pega», le respondió mientras se ponía los zapatos. Mi mamá comenzó a gritarle que si acaso estaba loco, que lo iban a matar, que acaso no había escuchado los gritos de la Tamara y las hijas del Omar cuando se lo llevaban. «¡Soy un hombre, no un ratón!», gritó mi papá, pero el llanto de mi mamá hizo que intuyéramos algo y con mi hermana nos agarramos a sus piernas. Lloramos a gritos. Nos abrazamos los cuatro. Mi hermana recuerda la mano de mi papá apretándole la espalda hasta dejarle una marca, los cuatro juntos, amarrados llorando. Entonces mi papá decidió por su familia y se quedó. Nos fuimos a la cocina, el lugar más protegido de la casa; mi mamá puso la tetera y encendieron la radio. Eran las 8.40 de la mañana y sonaba el himno nacional. Mientras mi mamá tostaba el pan, mi papá subió el volumen: una voz dura comenzaba a golpear desde el parlante.

«Teniendo presente, primero: la gravísima crisis social y moral por la que atraviesa el país. Segundo: la incapacidad del gobierno para controlar el caos. Tercero: el constante incremento de grupos paramilitares entrenados por los partidos de la Unidad Popular, que llevarán al pueblo de Chile a una inevitable guerra civil. Las FF.AA. y Carabineros deciden, primero: el presidente de la república debe proceder a la inmediata entrega de su alto cargo a las FF.AA. y de Carabineros de Chile. Segundo: las FF.AA. y Carabineros están unidos para iniciar la responsable misión de luchar por la liberación de la patria del yugo marxista...».

En La Moneda, Allende no lo podía creer. ¡¿Todos unidos?! ¡¿Estaba solo frente a todas las Fuerzas Armadas?! ¿El bueno de Pinochet que el día anterior le juraba lealtad también lo había traicionado?

Llamó entonces a su partido, pero todo era confusión en el PS, los teléfonos no contestaban, las órdenes no llegaban, las instrucciones se cruzaban, los planes fracasaban. El golpe aún no partía del todo y los aparatos militares del PS no funcionaban. Daban la orden de quemar documentación y replegarse sin haber comenzado aún los enfrentamientos. Había mucha voluntad y coraje, pero pocas armas y no había liderazgos claros.

Allende llamó al encargado de masas de la CUT para preguntarle qué harían, cómo se coordinaría una posible defensa, pero lo encontró durmiendo, no tenía idea de lo que pasaba.

A las 9.00, Altamirano estaba reunido con el aparato militar del PS evaluando el pobre poder de reacción del grupo en INDUMET. La organización de la resistencia era un fracaso gigante.

En esos mismos momentos, la CUT emitió su única declaración de esa mañana llamando a los trabajadores a ocupar las fábricas y los fundos, a organizar la resistencia. Pero no decía cómo, dónde, ni cuándo.

Allende se daba cuenta de que no habría ayuda organizada, resistencia popular ni nada parecido. Coco Paredes, de Investigaciones de Chile, le ofreció un plan: salir disparando hacia los vehículos que lo llevarían a INDUMET y, luego, a alguna población donde organizarían algún foco de resistencia; pero Allende se negó: él era el presidente y su lugar estaba en La Moneda. Luego, se dio cuenta de que los carabineros apostados en el palacio habían estado huyendo, escondidos, a lo largo de la mañana. No se lamentó, apenas quizás apretó los puños y ordenó cerrar los portones del palacio. Levantó su AK-47 y tomó la decisión de resistir con quienes estaban ahí. El combate comenzaría en cualquier momento. Miraron de reojo por las ventanas, todo estaba silencio. Tenían miedo, obvio; pero ahí se quedarían.

La espera era insoportable. Todas las puertas se fueron cerrando, no solo las del palacio, sino también las del diálogo, las del apoyo popular, las de la resistencia. Anillos concéntricos los iban rodeando hasta dejarlos solos dentro de esa caja de ladrillos con muros de un metro de ancho, construida en 1805 en el centro de la patria.

La calle estaba en silencio. De pronto, a lo lejos, comenzaron a escucharse las orugas de los tanques que se acercaban, gritos a la distancia dando órdenes invisibles tras los edificios. Allende se puso un casco militar. El doctor, el republicano, el civil que buscó una vía democrática en contra de los líderes políticos que vociferaban la vía armada, paradójicamente iba a ser quien tomara un arma y la defendiera a tiros.

Debían haber habido fusileros pro gobierno en el edificio del seguro obrero, pero no llegó ninguno. En cambio, los francotiradores del Ejército se ubicaron ordenadamente en los techos del Ministerio de Defensa.

Debían haber habido ametralladoras apostadas en el diario *La Nación*, pero ninguno de los asignados apareció. Los soldados del Buin se instalaron en los montículos de tierra de las obras del metro.

Las bazucas y los fusiles nunca aparecieron en los edificios de los ministerios. Las tanquetas bloquearon las calles aledañas. El país se tiñó lentamente de verde oliva.

A esa hora, Miguel Enríquez, del MIR, se daba cuenta de que no había conseguido tropas ni armamento suficiente y decidió replegarse. El PS había logrado reunir ciento cincuenta militantes GEO. El plan era asaltar alguna unidad militar, conseguir armas, atrincherarse en San Miguel y, desde ahí, dirigirse a La Moneda y unirse a los otros grupos que *seguramente* se estaban formando y aplastar a los golpistas. Nada de eso ocurrió. Cien obreros en la industria SUMAR se ofrecieron voluntarios para recibir armas y organizar la resistencia, pero nadie llegó a apertrearlos. Todo fracasó.

Un poco antes de las 10.00, los tanques del general Palacios ingresaron con sus ruidosos motores al escenario echando humo negro por los escapes y abrieron un tiroteo como saludo que se replicó desde algunos edificios aislados. Un par de GAP con una ametralladora pesada disparó desde el edificio de Obras Públicas hacia los acorazados. Los tanques giraron sus torretas y barrieron a balazos de grueso calibre en todas direcciones las paredes de las construcciones. Aún hoy se pueden ver los agujeros en algunas fachadas. El tableteo, los escombros, los gritos de civiles, salieron desde las ventanas. Los cristales estallaron y cayeron a la calle indicando que la batalla de La Moneda había comenzado. Los soldados se gritaban instrucciones, se parapetaban en kioscos, rincones, corrían hacia las zanjas cavadas por las obras del metro. El enemigo estaba hacia arriba. Todos los funcionarios que habían llegado a su puesto de trabajo estaban en el suelo protegiéndose de las balas que ingresaron a sus oficinas y rebotaron en los techos. Allende ordenó alejarse de las ventanas. La Moneda y sus ocupantes se cerraron como un armadillo. Los *Hawker Hunter* despegaron desde el sur de Santiago. Todos los personajes estaban preparados, el escenario era el centro de la capital, el centro del país. El presidente se encontraba en su trinchera entendiendo que solo restaba la resistencia por la dignidad y la historia, dentro de su bunker.

Lo imagino entero, dando órdenes a garabato limpio, bromeando. Lo veo consciente de estar viviendo un momento histórico y preparándose para estar a la altura. El corazón acelerado, los pelos de punta, temor natural, pero «carne de estatua», como le gustaba decir. Lo veo de pronto pensativo, repasando más de cuarenta años en política. Quizá recordando las conversaciones con el zapatero anarquista Juan Demarchi durante su adolescencia en Valparaíso, diálogos que lo pondrían en el camino de las ideas de izquierda para siempre. Su largo trayecto, el sueño de un pueblo abandonado por sus autoridades que él decidió tomar y llevar en andas a lo largo de todo el siglo XX para intentar una y otra vez subirlo a lo más alto.



Las concentraciones en pueblos alejados donde campesinos le tomaban las manos y le pedían que no los olvidara, que no los abandonara. Quizá recordando el ahora tan lejano 4 de septiembre de 1970 cuando, en definitiva, ese pueblo pobre tocó el cielo y pensó que el día del fin de su sufrimiento había llegado, cuando Salvador, el compañero presidente, entró en La Moneda por primera vez. Y ahora estaba ahí, con un fusil en la mano defendiendo un montón de escombros. Afuera, las máquinas de guerra, toneladas de hierro, explosivos y rabia. Entonces dejó el fusil, respiró hondo, tomó el teléfono que lo comunicaba con radio Magallanes y, tras una pausa, comenzó a hablarle al país:

Compatriotas.

Esta será, seguramente, la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de Radio Portales y Radio Corporación.

Mis palabras no tienen amargura, sino decepción, y serán ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron... soldados de Chile, comandantes en jefe titulares, y el almirante Merino, que se ha autodesignado [comandante en jefe de la Armada], más el señor Mendoza, general rastrero... que sólo ayer manifestara su fidelidad y lealtad al Gobierno, también se ha denominado Director General de Carabineros.

Ante estos hechos sólo me cabe decir a los trabajadores: ¡Yo no voy a renunciar! Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos, no podrá ser segada definitivamente.

Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen... ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos.

Trabajadores de mi patria: quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que solo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra en que respetaría la Constitución y la ley, y así lo hizo. En este momento definitivo, el último en que yo pueda dirigirme a ustedes, quiero que aprovechen la lección. El capital foráneo, el imperialismo, unidos a la reacción, creó el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición, la que les enseñara [el general] Schneider y reafirmara el comandante Araya, víctimas del mismo sector social que hoy estará en sus casas esperando con mano ajena reconquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios.

Me dirijo, sobre todo, a la modesta mujer de nuestra tierra, a la campesina que creyó en nosotros, a la obrera que trabajó más, a la madre que supo de nuestra preocupación por los niños. Me dirijo a los profesionales de la patria, a los profesionales patriotas, a los que hace días estuvieron trabajando contra la sedición auspiciada por los colegios profesionales, colegios de clase para defender también las ventajas que una sociedad capitalista le da a unos pocos.

Me dirijo a la juventud, a aquellos que cantaron y entregaron su alegría y su espíritu de lucha. Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos, porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente; en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando las líneas férreas, destruyendo los oleoductos y los gaseoductos, frente al silencio de quienes tenían la obligación de proceder. Estaban comprometidos. La historia los juzgará.

Seguramente, Radio Magallanes será acallada y el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes. No importa. La seguirán oyendo. Siempre estaré junto a ustedes. Por lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal a la lealtad de los trabajadores y el pueblo.

El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse.

Trabajadores de mi patria, tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor.

¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores!

Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano, tengo la certeza de que, por lo menos, será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.

Eran las 10.15 de la mañana. El país nunca más escuchó la voz de Salvador Allende en vivo.

El combate comenzaría en cualquier momento. El inspector de Investigaciones, Juan Seoane, convocó a sus dieciséis detectives y les comunicó que no abandonaría al presidente, pero que los dejaría en libertad de acción; todos le respondieron, al unísono, que se quedarían con él a morir en el palacio. Todos sabían que la contienda era desigual. La mayoría era gente muy joven, muchos tenían familia fuera de esos muros. Allende les ofreció de nuevo salir, pero nadie se movió.

A las 10.30 se rompió el hielo cuando un tanque recibió la orden de disparar y lanzó ráfagas de ametralladora de gran calibre sobre el primer piso de La Moneda. Todos se echaron al suelo, los cristales estallaron, las paredes interiores recibieron los proyectiles, explotó el estuco, se astillaron los muebles; los gobelinos y los cuadros saltaron destrozados. Los sitiados se arrastraron hacia las ventanas y comenzaron a disparar hacia afuera entre el polvo de cal y el olor a aceite de las armas. Por la radio de los golpistas comenzó a imponerse la voz chillona de Pinochet por encima de las voces más tranquilas de los almirantes y generales de la Fuerza Aérea. Poco a poco iba tomando el control de la situación, poco a poco empezó a convertirse en el caudillo gritón y grosero que conocimos después. «¡Rendición incondicional, rendición incondicional!», gritó por la radiofrecuencia mientras un enjambre de balas chocaba en todas direcciones en el centro de Santiago envolviendo a La Moneda como una nube de moscas.

Se solicitó por teléfono desde La Moneda que dejaran salir a las seis mujeres que aún permanecían en el interior, dos hijas del presidente entre ellas. Beatriz Allende nunca se perdonaría haber abandonado a su padre y, años más tarde, se suicidaría en Cuba. Los oficiales aceptaron, pero Pinochet

gritó que se dejaran las maniobras dilatorias y se rindieran, para echarlos del país. Leigh estaba ansioso por bombardear, pero a los aviones se les acabó el combustible y debieron retirarse y reabastecerse. Leigh estaba indignado, había quedado en ridículo frente a las otras fuerzas. Se decidió un ataque frontal por tierra con tanques que se movían por la calle Teatinos, la Alameda y la plaza de la Constitución, ametrallando con balas que perforaban los portones y dejaban enormes agujeros en los muros centenarios del palacio de gobierno. El detective Luis Henríquez corrió por los pasillos hacia una ubicación que le permitiera disparar hacia las tropas y vio a Allende acostado frente a una de las ventanas ametrallando una posición golpista, el demócrata que luchó toda su vida por una vía pacífica hacia el socialismo debía defender su cargo a punta de tiros.

Los tanques dispararon cañonazos contra los muros y las ventanas. Cada explosión sacudió las paredes, cayó polvo, se hundieron las lámparas, los muebles saltaron de sus posiciones. Más de cincuenta obuses impactaron causando incendios, forados en la estructura. Dolían los oídos y el humo de los incendios comenzó a subir al segundo piso. Allende, el GAP y los detectives corrieron por los pasillos para copar las ventanas, disparar y dar la impresión de ser más personas de las que había en realidad. Hoy es una imagen con la que la mayoría de nosotros ha aprendido a vivir, pero en ese momento los chilenos observaban con incredulidad y terror el palacio de gobierno atacado por tanques, ametralladoras y fusiles. Era un combate que no estaba ocurriendo en los llanos o en algún sector de nuestro desierto, sino en medio de la capital. Un ejército regular, ¡nuestro Ejército!, con su tremendo poder de fuego ¡pagado por nosotros mismos! atacaba a sesenta chilenos —entre ellos el presidente de la república— refugiados en el edificio de gobierno. El ruido era insoportable, la imagen era insoportable.

Desde La Moneda pidieron dialogar con los generales golpistas; dijeron que era imprescindible una reunión. Pinochet gritó histérico que no quería escuchar de parlamentos, quería rendición incondicional. Estaba molesto con la demora de Leigh. Sugirió por radio sacar a Allende del país: «Se mantiene el ofrecimiento... pero el avión se cae, viejo, cuando vaya volando», bromeó. Pinochet sintió cada vez más seguridad y, a lo largo de la mañana, fue tomando, a grosería limpia, el control de un golpe que no le pertenecía.

Eran las 11.45 de la mañana. Al interior del palacio se escuchaba un rumor que crecía de a poco y se convirtió en un bramido que cruzó el cielo sobre sus cabezas. Jets de combate.

—No creo que se atrevan —dijo alguien.

—No tiene sentido —dijo otro.

El paso de los Hawker Hunter a baja altura lo estremeció todo, los vidrios temblaron, los cuadros vibraron contra las paredes y todos miraron instintivamente hacia arriba.

—¡Rápido, a los subterráneos! —gritaron, y comenzó la frenética carrera de buscar refugio.

Los ruidosos Hawker Hunters hicieron su paso de estabilización de sur a norte rompiendo la barrera del sonido. El estampido hizo pensar en bombas. Se separaron en parábola y uno de ellos giró de costado y se dirigió al sur, hacia el palacio. Bajó en ángulo apuntando y, a la altura de la Estación Mapocho, lanzó cohetes Sura que estallaron contra la puerta principal de La Moneda, envolviéndolas en una bola de fuego. Los cohetes del segundo avión cayeron en los techos y en los jardines provocando un estruendo horrible.

Al interior del palacio se desató el caos, ondas expansivas, cuerpos proyectados, humo, polvo, fuego mientras los jets se alejaban en dirección al sur. Era la segunda intervención de combate de la Fuerza Aérea de Chile en su historia y, por segunda vez, estaba dirigida en contra de sus propios compatriotas, ambas en septiembre.

Incredulidad.

Las naves giraron y repasaron el edificio con sus ametralladoras. Los proyectiles penetraron por los techos y golpearon en las baldosas y maderas de los centenarios pisos, entre el humo negro que los explosivos habían producido.

Incredulidad.

A las 12.05 del mediodía, una cámara ubicada en el antiguo Hotel Carrera registró el momento en que la bandera nacional se vio envuelta en llamas y desapareció tragada por lenguas de fuego anaranjadas. Afuera, desde todo Santiago, se podían escuchar las explosiones y ver la columna de humo negro que se levantaba desde el centro de la ciudad como una muestra de la violencia que se podía esperar de las nuevas autoridades. Al interior del palacio todos salían desde sus refugios cubiertos de cal, polvo y con los oídos silbando; mareados, llamándose unos a otros. Entre todos, la secretaria personal de Allende, Miria Contreras, la Payita, que se había escondido para no salir con el resto de las mujeres.

Se produjo un momento de silencio en el centro de Santiago. Solo se escuchaba La Moneda, crepitando al fuego, leño ennegrecido, corazón

humeante.

Más al norte, en la casa del presidente de la república, en la calle Tomás Moro, ráfagas de ametralladoras del GAP recibieron a los carabineros que intentaron tomarla por asalto. Los vecinos buscaron las habitaciones más protegidas y se tiraron al suelo bajo las camas, aterrorizados. Las balas entraron en algunas casas. Había al menos veinte GAP custodiando el recinto y a Hortensia Bussi, esposa del presidente, que se refugió bajo una mesa de gruesos maderos cuando se escuchó el rugir de los aviones que venían desde el centro.

La balacera, los jets pasando sobre la casa, una ráfaga de grueso calibre baja por el techo haciendo estallar el piso de las habitaciones. El GAP gritaron repartiendo órdenes para impedir que los carabineros entraran por algún acceso desprotegido. Los jets volvieron y el primero disparó sus cohetes, ¡pero impactó al hospital de la FACH! Con los años se sabría que el piloto que falló el tiro era el hijo del integrante de la junta golpista, Gustavo Leigh. El segundo avión dio de lleno en la casa y el techo voló en un estruendo junto con parte de la estructura de las paredes. Hortensia Bussi se protegió bajo la mesa y el chofer, Carlos Tello, avanzó entre los escombros para tomarla de una mano y llevársela por una puerta lateral. Aprovechando la confusión, la metió en el auto y salió con ella en dirección a la embajada de México a toda velocidad por las calles llenas de controles policiales, donde fue recibida y asilada.

Eran las 13.00 horas. En INDUMET la comisión política del MIR, encabezada por Miguel Enríquez, recibió con jolgorio las armas que Joignant les envió. Junto a Arnoldo Camú, del PS, todavía planeaban la manera de acudir a rescatar a Allende con sus pobres fuerzas, cuando fueron rodeados por carabineros: hubo un tiroteo con algunos heridos, pero alcanzaron a huir. Asumieron que no tenían las fuerzas suficientes para rescatar a Allende y pasaron a la clandestinidad.

El PC, a su vez, informó que no había ninguna unidad del Ejército leal al gobierno. Se daba fin a la discusión y se ordenaba una retirada total.

En La Moneda la desesperanza era generalizada. Seoane recibió un llamado del cuartel de Investigaciones: «Dígale al presidente que la situación la dominan los militares. Todo está perdido». Nada había funcionado. Nadie había venido a rescatarlos. No había columnas de trabajadores. No había capacidad alguna de respuesta. Todo estaba perdido. El proyecto político había sido destrozado a patadas. El periodista Augusto «Perro» Olivares se

retiró a un lugar donde podía estar solo y lloró. Se sentó en el suelo, descorazonado, puso la Uzi en su sien y disparó. Todos corrieron al escuchar los tiros. El doctor Jirón le tomó la cabeza quebrada. Olivares agonizó algunos instantes y murió. Allende llegó corriendo, vio a su amigo ensangrentado y, por primera vez, se derrumbó notoriamente. Yacía ahí el cadáver de todo.

En mi casa escuchamos la radio. No entendí mucho, tenía cuatro años, pero mi mamá lloró. Algo feo se venía.

Hubo algunos enfrentamientos irregulares, de menor escala, en diferentes puntos de Santiago, incluida la embajada de Cuba en Pocuro. Otros en regiones. En Valparaíso, Concepción. Unos tiroteos en Antofagasta. Nunca hubo guerrilleros cubanos, ni arsenales soviéticos, ni grupos paramilitares entrenados con armamento pesado, ni ninguna de las pesadillas distribuidas por la estrategia del terror. Pero ya nada importaba.

Nadie sabrá qué pensó Allende en esos minutos, cuando miró el cadáver de su amigo, La Moneda en llamas, el país rendido y el sueño en pedazos.

Aceptó la rendición.

Pidió que se organizaran en fila para salir. La Payita primero y él al final.

Palacios ordenó detener el fuego y avanzó con tropas contra La Moneda. Ingresaron por la puerta semiabierta de Morandé 80.

Pinochet, en tanto, pidió una reunión de comandantes en jefe. Cuando le exigieron que fuera al centro de la ciudad, él respondió: «No, acá arriba», en Peñalolén, donde estaba su comando. Sentó así su autoridad.

Al término de las acciones, Pinochet impuso su condición de comandante en jefe de la fuerza más poderosa del país, y se instaló a sí mismo como líder de un proceso ajeno.

Afuera de La Moneda, la balacera decayó y se volvió intermitente. Allende organizó la salida pidiendo calma. No había luz en los pasillos. La derrota era total, demasiado rápida, pesaba como el demonio sobre los hombros de todos. El gas hacía arder los ojos, compartieron las máscaras.

Los detectives que estaban en el primer piso fueron capturados. Uno de ellos subió y gritó que los militares ya habían entrado en el edificio.

Allende les ordenó dejar las armas y bajar de a uno. Él comenzó a retroceder. Todos creían que trataba de salir al último.

El presidente entró al salón Independencia mientras el resto descendió, manos en alto, hacia los militares que los esperaban más abajo.

La UP estaba acabada. No iba a dejar que lo exhibieran como a un trofeo.

No iba a dejar que lo humillaran, a él que representaba a todo un pueblo que había creído en un proyecto de justicia social. Acorralado en una habitación, solo entre el humo de un país en llamas que muy pronto comenzaría a sangrar, decidió que no les entregaría el triunfo de verlo derrotado.

No había dónde más retroceder para resistir, solo hacia la historia.

Salvador Allende, nacido en Santiago, en un barrio no muy lejos de ahí, se sentó en un sillón, tomó su AK-47, la acomodó bajo su barbilla y, tras pensar quién sabía qué, de ver quién sabía cuál imagen, descargó tiros que lo mataron de manera instantánea y regaron de sangre los gobelinos en las paredes. Su historia explotó desde su cabeza. Huyó, no lo atraparon.

En mi casa mi papá se abrazó a mi mamá llorando y gritando: «¡Mataron al Chicho. Estos conchesumadres mataron al Chicho!», y la escena se me grabó como un tatuaje hirviendo en la memoria.

Todo había terminado.

Mi recuerdo vuela a 1990, cuando la urna con los restos del presidente Allende cruzó una Alameda repleta de gente camino al cementerio general. Una abuela lloró con una foto del compañero presidente entre las manos. Lloró su pena con diecisiete años de retraso. ¿Qué ocurrió entremedio?

DURANTE



## **Los primeros días**

El 11 de septiembre de 1973, los detectives, el GAP y los colaboradores de Allende salieron por la puerta lateral de La Moneda en medio de una tromba de golpes, culatazos y patadas. Los miembros de investigaciones fueron rescatados por su institución; el resto, fue maltratado y obligado a acostarse en fila en la calle. Un blindado se acercó y el soldado al mando gritó desde la torreta: ¡Permiso para pasarles el tanque por la cabeza a estos conchesumadres!

Dos Chiles.

Mientras uno abría botellas de champaña y celebraba en barrios acomodados, en las poblaciones comenzaba una noche que duraría demasiados años.

Pero las primeras víctimas estuvieron entre las propias FF.AA. Los militares que discreparon o que resultaron sospechosos fueron detenidos e interrogados; muchos de ellos torturados y otros derechamente fusilados.

Esto le ocurrió a Alberto Bachelet, padre de la futura presidenta. Fue detenido, golpeado, interrogado y torturado por sus propios compañeros, ex alumnos y amigos. Falleció de

un ataque cardíaco producto del daño recibido. ¿Su crimen? Haber integrado el gobierno de Salvador Allende.

Las veintiuna personas detenidas en La Moneda fueron amarradas de pies y manos con alambres, arrojadas a un camión del Ejército y, allí arriba, caminaron sobre ellas. Después las tiraron al suelo del regimiento Tacna, donde permanecieron en condiciones inhumanas durante dos días, golpeadas, sin alimentos ni agua. Luego la orden fue matarlas sin juicio alguno. Sus cuerpos fueron puestos en fosas comunes, algunos junto a granadas de mano para destruirlos. La edad de los GAP fluctuaba entre los veintiún y los veintisiete años.

Pero solo era el comienzo. Una tormenta de violencia como nunca antes se

había visto se desataba en todo Chile; sin ningún respeto por la dignidad humana, la presunción de inocencia, la edad, el género o la condición. Fue un primer período de masacre indiscriminada.

Una noche cualquiera la puerta era destrozada a patadas y gritos; muebles al suelo, golpes de culata, insultos en la oscuridad; mientras se arrastraba del pelo al padre o al hijo mayor, ensangrentado hacia la calle, a la vista de madres, abuelas o hermanos pequeños. Luego, un camión se los llevaba entre una nube de polvo.

Las poblaciones fueron invadidas por fuerzas militares y sus habitantes detenidos en masa. Hubo ejecuciones sumarias y, durante una semana, se escucharon disparos de ametralladoras y fusiles por toda la capital. Desde el día 11 en la tarde comenzaron los registros a las sedes de los partidos y a sus simpatizantes. Los militares saquearon las casas de Pablo Neruda, Salvador Allende y otras figuras públicas.

Nadie sabía dónde eran llevados los detenidos. Sus familiares comenzaban largos peregrinajes por comisarías, regimientos, centros de detención donde nadie les daba respuestas. Madres y esposas que rogaban por información sobre sus cercanos, eran insultadas, a veces golpeadas. Luego recorrían los hospitales con la angustia viva y, en la noche, miraban el techo hasta el amanecer, cuando todo empezaba de cero, durante días, semanas, meses.

La gente comenzó el mismo 11 de septiembre en la tarde a quemar con temor libros, folletos, discos y cualquier cosa que pudiera relacionarlos con la UP. En mi casa pusimos un tarro en el centro del living para quemar revistas, fotos y algún poster. La humareda picaba los ojos. Dos días más tarde escuchamos un grito en la casa del vecino. Luego supimos que al padre de la Tamara se le había quedado un póster del Che Guevara en el clóset, y esa razón fue suficiente para arrastrarlo del pelo, en calzoncillos, fuera de su casa y arrojarlo a un camión. No había derechos, no había a quién reclamar. La sociedad se había disuelto y la patada y el fusil se imponían sin control.

El 13 de septiembre un piquete de carabineros persiguió y detuvo a dieciocho adherentes de la UP. Nunca más se supo de ellos; dejaron cuarenta y cuatro huérfanos.

El 17 de septiembre Carabineros sacó de sus casas a trece personas en Osorno y las entregó a civiles encapuchados. Fueron llevados al río Pilmaiquén, puestos en fila de espaldas al río y acribillados casi a quemarropa.

En Pisagua, trescientos trabajadores fueron detenidos a golpes, llevados a

la pampa; la mayoría fusilados sin juicio y enterrados en fosas comunes.

En Mulchén, un piquete de civiles armados fue secuestrando en caravana a decenas de campesinos simpatizantes de Allende. Los fueron matando y arrojando al río Renaico. Fundo por fundo. A algunos los mataron a golpes, imagínenlo. A otro lo amarraron con alambre de púas al tractor, imagínenlo. A otros los crucificaron.

Una de las muestras atroces de complicidad de civiles ocurrió en Paine. Hay antecedentes acerca de varios empresarios agrícolas que habrían facilitado vehículos y participado en la ejecución de setenta campesinos y padres de familia.

En San Felipe, Antofagasta, Coyhaique, Valparaíso, Punta Arenas, Puerto Montt ocurrieron situaciones similares. A lo largo de todo Chile explotó una furia impensable sin freno ni código.

No había respeto ni siquiera por la edad.

Carlos Fariña Oyarce, de trece años, fue ejecutado el 13 de octubre de 1973 —por efectivos militares— con trece impactos de bala en el cuerpo.

Catorce pobladores de Puente Alto fueron fusilados en el puente Bulnes en pleno Santiago y tirados al río. Entre ellos, Elizabeth Contreras, una niña de catorce años.

El padre de David Albornoz le contaba a sus hijos, con enorme tristeza, en el rostro de los cadáveres que veía bajando por el río Mapocho cuando iba a su trabajo. El padre de Alfonso Novoa, superado por el horror, hizo algo más. Llevó a sus hijos a ver la barbarie. Alfonso tenía once años y recuerda con espanto los cadáveres desnudos, atascados entre las piedras.

El valle de Santiago era un campo de concentración cercado por controles militares armados. De pronto tener ideas de izquierda era como ser judío en la Alemania de 1937. De un día para otro no tenías derecho a nada.

Muy pronto comenzó, quizá, la actividad más despreciable de todas: el soplónaje de vecinos. Chilenos que denunciaban a partidarios de la UP, sabiendo que la detención podía ocasionar daños irreparables o la muerte.

Beatriz Agüero, de veintiséis años, tenía seis notorios meses de embarazo cuando fue detenida por militares a raíz del soplónaje de una vecina. Beatriz y cuatro detenidos fueron llevados a la periferia de Santiago, soltados en el túnel Lo Prado y conminados a huir. Fueron ametrallados por la espalda y sus

cuerpos abandonados. Luego, esa vecina admitiría que había cometido «un error».

Si eras pobre, pertenecías a una población o sector menos acomodado, sentías que tu vida dependía no de la ley, sino del ánimo de un suboficial, un cabo e incluso un conscripto con mal humor. Recuerdo estar esperando a mi papá en el asiento del copiloto, estacionados en calle Yungay, viendo cómo de pronto un soldado tomó al azar a un peatón del pelo, le dio una patada en los muslos, lo botó al suelo, le apuntó con su fusil, le gritó algo sobre su pelo largo, le dio patadas en las costillas, lo escupió y se fue con sus compañeros. Recuerdo al hombre encogido en el suelo, a la gente pasando junto a él sin mirar, asustada.

Recuerdo mi terror. Entre todas las cosas, su obsesión por el cabello largo. Rapaban a los detenidos, a escolares, universitarios, o a quien sorprendieran en la calle. El pelo largo era un vago signo de causas de izquierda, hippismo o ese grupo de cosas «poco chilenas» a las que se asociaba. Por tener cabellera podías ser llevado a un lugar de detención de los que se había poblado Chile: la isla Quiriquina, frente a Talcahuano; el estadio regional de Concepción; Tejas Verdes en San Antonio; Ritoque en Quintero; Puchuncaví; Cuatro Álamos en Santiago. Además de bases aéreas y navales, regimientos, cuarteles policiales o casas secretas habilitadas.

En el AGA, Academia de Guerra Aérea, se hacinaban cien personas en seis o siete habitaciones pequeñas, encadenadas, incomunicadas y con los ojos vendados por días. Buques de la Armada anclados a la bahía, en especial en Valparaíso, sirvieron de centros de detención y tortura; en el buque escuela Esmeralda, por ejemplo, murió el sacerdote Miguel Woodward. Incluso se usó una bodega bajo la plaza de la Constitución, en La Moneda, llamada «el hoyo».

Pero quizás uno de los recintos más funestos fue nuestro Estadio Nacional: el lugar donde celebramos nuestra primera Copa América en 2015 sirvió de campo de concentración. Allí los prisioneros durmieron en el suelo de cemento, sin servicios higiénicos apropiados. Se les golpeó con culatas, palos y puños. Se les abandonó fracturados, sangrando, inconscientes en los pisos de los camarines. Se les ejecutó en los rincones con disparos de pistola en la nuca o tiros de fusil. Siete mil personas pasaron por sus camarines del terror, más de un centenar perdió la vida.

El oficial Mario Lavandero, mayor de Ejército, decidió evitar la muerte de cuarenta y un uruguayos, entregándolos al embajador de Suecia en Chile. Fue

fusilado en el mismo estadio. No fue el único. En Pisagua se conoce el caso terrible de Michel Nash, un conscripto de diecinueve años lleno de valores y respeto por la vida, que fue acribillado luego de negarse a asesinar a presos desarmados. Sus restos aún no son encontrados.

Isla Dawson, en la zona del estrecho de Magallanes, fue un campo de concentración donde se enviaron cuatrocientos presos políticos de la Patagonia y cerca de treinta funcionarios, ministros y subsecretarios de la UP, a vivir en condiciones extremas, temperaturas bajo cero, trabajos forzados y sin visitas de familiares durante meses. Jaime Tohá, ministro de Allende, fue devuelto a Santiago con una desnutrición aguda, falleciendo a los pocos días.

Quizás el centro de detención más famoso es el Estadio Chile, donde fue detenido y golpeado con saña en repetidas ocasiones el cantautor Víctor Jara. Humillado, apaleado y con el rostro irreconocible, fue ejecutado sin juicio. Su cuerpo fue encontrado abandonado y hecho pedazos en la vía pública con cuarenta y cuatro balas en el cuerpo. ¿Se pueden imaginar cuarenta y cuatro disparos en el cuerpo y la cabeza? Ese era el nivel de demencia. Había permiso para ser un psicópata descontrolado. No había estado de derecho alguno y existía voluntad de exterminio fuera de toda legalidad.

Y así fue como Pinochet envió a Arellano Stark a diferentes puntos del país acompañado de una comitiva montada en helicópteros Puma: la «Caravana de la muerte». Recorrieron el país sacando a prisioneros ya condenados a penas menores, relegados o de plano liberados, para llevarlos arrastrando a deshabitados, ametrallarlos y luego arrojar sus cadáveres a fosas o dinamitarlos en el desierto. Setenta y dos personas, padres, hermanos, hijos, desaparecieron algunos para siempre en los desiertos; destrozados; con sus huesos destruidos y diseminados en el viento. Luego, para mayor espanto, muchos cuerpos fueron desenterrados, metidos en sacos y amarrados con alambres a rieles de ferrocarril para lanzarlos al mar y así hacer desaparecer la evidencia. Más de cuarenta viajes en helicóptero han sido certificados con estos fines. Algunos eran subidos vivos a los helicópteros, asesinados con inyecciones letales y arrojados al mar. Marta Ugarte, profesora de cuarenta y cuatro años, no tuvo esa suerte. Luego de la inyección letal continuó con vida y fue estrangulada con uno de esos alambres por un agente. Su cuerpo apareció en las playas de Coquimbo, el único recuperado de esas

circunstancias.

Mi memoria de esos días post golpe está bastante borrada. Recuerdo haber ido de la mano con mi mamá al jardín y haber encontrado cadáveres de perros al borde de las calles. Recuerdo a una vecina explicando que las patrullas nocturnas los usaban para practicar puntería. A los días el hedor era insoportable y rodeábamos la calle donde uno de esos cadáveres se hinchaba al sol de septiembre. Aprendí a tenerle miedo a los uniformes cuando mi abuela, que vivía sola, fue allanada y debió recorrer toda su casa con la punta del cañón de un fusil en su espalda.

Pero como muy bien establece Carmen Hertz en su libro *La historia fue otra*, en este desvarío no participaron solo los militares. En los casos de violencia «emergen, reiteradamente, empresas grandes y pequeñas que colaboran libremente con la dictadura entregando infraestructura e información». Este fue el caso de la Compañía Sudamericana de Vapores, que puso a disposición de los militares sus barcos para encerrar, torturar y, en algunos casos, hacer desaparecer a muchos chilenos. El Maipo trasladó cientos de detenidos a Pisagua, y por el barco Lebu pasaron miles más. Otros latifundistas prestaron bodegas, vehículos y armas para las operaciones de rastreo y exterminio.

Juntos aplastaron a un sector del país.

Hoy existe un consenso generalizado de que las Fuerzas Armadas consiguieron el control sobre todo el país el mismo 11 de septiembre, sin problemas en ninguna localidad. La poca resistencia fue dispersa, sin oportunidades frente a unos militares con todos los recursos para desarrollar una guerra total. ¿Cómo justificar, entonces, la violencia con que se actuó desde el mismo 11 de septiembre contra La Moneda, los colaboradores y las autoridades? ¿Cómo justificar, entonces, la guerra de exterminio que se llevaba a cabo hacia los civiles desarmados que habían adherido a la Unidad Popular? Pues inventando algo.

El 22 de septiembre de 1973 el coronel Pedro Ewing y el encargado de comunicaciones de la junta, Federico Willoughby, le comunicaron a la prensa que habían encontrado documentos en la caja fuerte de la Subsecretaría del Interior. Un supuesto PLAN Z que consistía en una operación a gran escala para asesinar a los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas durante una cena en La Moneda; a los altos mandos regionales y provinciales en sus lugares de trabajo; a todos los altos oficiales del Ejército durante la parada militar del 19 de septiembre; a cientos de familias de clase alta de diversas

ciudades de Chile, y también, para tomar el poder por asalto ayudados por veinte mil guerrilleros cubanos para instalar la dictadura del proletariado. Asimismo, el documento dejaría constancia del objetivo de dinamitar los tribunales de Justicia, el Congreso y el diario *El Mercurio*, tras lo cual Allende saldría a declarar la nueva república marxista de Chile izando una bandera roja en La Moneda.

La verdad es que ese plan fue una invención, una acción de propaganda de los militares, y así lo hizo saber después tajantemente el propio Federico Willoughby, encargado de comunicaciones de la Junta. Y Gustavo Leigh declaró lacónico: «El Plan Zeta nunca existió». Los archivos desclasificados de la CIA son concluyentes al respecto: nunca existió un plan de esa naturaleza, ni mucho menos la capacidad del gobierno de Allende para coordinar una acción de esa envergadura a nivel nacional. Jamás encontraron ni rastro de los veinte mil cubanos ni las veinte mil armas. Todo fue una excusa para acabar con las ideas que levantó Salvador Allende, razón para que muchos en Chile pensarán que estaba bien matar a miles de personas porque «eran ellos o nosotros». Una mentira que justificó la barbarie que sabían que estaban cometiendo.

Se estima que casi cincuenta mil personas fueron detenidas a pocos días del golpe y terminaron en regimientos, estadios o centros de detención masivos. Otras huyeron por pasos fronterizos a Argentina o se asilaron en embajadas, donde vivieron hacinadas durante semanas o meses antes de lograr abandonar el país. Fueron miles los chilenos los que a partir de ese momento tuvieron que exiliarse, gran parte durante décadas. Fueron separados de sus familias, muchas de las cuales jamás volvieron a constituirse como tales.

Más de cuarenta mil personas fueron desvinculadas de sus trabajos en la administración pública. Más de mil académicos, tres mil funcionarios y más de veinte mil estudiantes expulsados sin sumario ni investigación mínima. A pocos días del golpe, se sabía del terremoto social que se estaba llevando a cabo y que destruiría la vida y las familias de miles de chilenos. Lo que aún no se sabía era la cantidad de asesinados por sus ideas políticas que estaba llenando de sangre el país.

A fines de septiembre de 1973, Chile estaba convertido en un regimiento en estado de sitio, con toque de queda, sin libertades civiles ni derechos. Los medios de comunicación estaban clausurados o intervenidos; no tenían libertad para informar; no había derecho para reunirse o hablar en contra del

nuevo régimen. Mientras, se creaban los organismos de seguridad que peinarían al país buscando matar selectivamente a los opositores de la dictadura, que se estaba dibujando con la cara de un solo personaje: ese militar oscuro, tranquilo, callado y obediente que Prats había recomendado para proteger a Salvador Allende.

### **Pinochet rising**

En 1968, la junta calificadora de oficiales revisó los antecedentes de uno de los suyos ariscando la nariz. El aludido registraba otro año de bajas calificaciones. La decisión fue unánime: nota *insuficiente* para el oficial Augusto José Ramón Pinochet Ugarte. Su destino obligado: pasar a retiro.

El general Tulio Marambio, ministro de Defensa de Eduardo Frei en esos años, relata que Lucía Hiriart llegó a su oficina, le tomó la mano y se hincó de rodillas entre lágrimas para rogarle que no diera de baja a Pinochet. El general Marambio cuenta que se apiadó del oficial y lo pasó a general de brigada. Luego, profundamente arrepentido, sería uno de los militares que llamaría a votar NO en 1988.

Pinochet es descrito de este modo en todas las crónicas de la época: callado, poco brillante, pero ladino. Nadie sabía lo que estaba pensando, porque opinaba poco y miraba mucho. Aparecía como un oficial respetuoso de la ley y la Constitución. Ya durante el gobierno de Allende se le vio en numerosas ocasiones apoyar con fuerza al presidente y molestarse con sus detractores. Prats vio en él a un militar leal con la presidencia. Los golpistas vieron en él un peligro. Lo que finalmente ocurrió fue un general que llevaba cinco años bajo la sombra del retiro, sin grandes honores, enfrentado a la oportunidad de su vida. Alejandra Matus, en su libro *Doña Lucía*, cuenta cómo su esposa fue fundamental para alimentar su ambición de poder y posición.

Pinochet no era una persona culta; tampoco venía de una familia de importancia. Toda su carrera tuvo que soportar el ninguneo de su esposa, que sí provenía de una familia de clase acomodada. «¡Poca cosa!», le gritaba Lucía. Su desconfianza y sus manejos discretos provenían en parte de esa inseguridad. Cuando el golpe de Estado le cayó en las manos, lo abrazó con la pasión de quien se aferra a la última oportunidad de su vida. Desde el mismo 11 de septiembre comenzó a construirse una nueva identidad como



propietario único de un proceso que no le pertenecía.

El 11 en la tarde Gustavo Leigh debía haber sido nombrado presidente de la junta, por ser el uniformado de mayor antigüedad (presidencia que, por un acuerdo previo, sería rotada periódicamente entre los jefes de las FF.AA); sin embargo se hizo pesar el criterio de favorecer al organismo más antiguo: el Ejército.

Así Pinochet tomó el mando... y no lo soltó más.

A diferencia de los otros representantes de las Fuerzas Armadas —que premiaron a sus oficiales golpistas con ministerios en el nuevo gobierno—, Pinochet no nombró a ninguno de sus subalternos miembros de la conspiración. A pocos días del golpe, recibió el poder absoluto sobre la oficialidad y dio de baja, promovió y destinó a quien quiso y cómo quiso. Sacó del área de influencia a los más poderosos, expulsó a los sospechosos y se rodeó de oficiales leales e inofensivos. Una de las demostraciones de poder más impactantes la tuvo con Arellano Stark: el oficial que organizó el golpe desde el Ejército, el oficial que se negó a asumir el mando y recomendó a Pinochet, a quien, por lo demás, defendió y apadrinó cuando nadie creía en él. Pero después de ser enviado a hacer el trabajo sucio en la Caravana de la Muerte, Arellano Stark fue dado de baja con rapidez.

Tras negarse a rotar la presidencia de la junta militar, Pinochet decidió que además debía ser nombrado presidente de la República, contra la opinión de casi todos sus generales y del resto de la junta. Las peleas, en particular con Leigh, su más cercano opositor, eran monumentales, con gritos, muebles rotos y portazos.

Un día le llegó a Leigh un decreto sorpresivo, ya firmado por el resto de la junta, con el nombramiento de Pinochet. Eso derivó una nueva pelea: Pinochet rompió el cristal de su escritorio con los puños; Leigh le arrojó el famoso decreto 806 firmado a la cara, y la relación se quebró para siempre.

El 27 de junio de 1974, Pinochet dio el golpe definitivo. Preparada en secreto incluso del resto de la Junta, organizó una ceremonia transmitida por cadena nacional de televisión, en la que anunció su nombramiento como Jefe Supremo de la Nación, sin haber recibido un voto. El resto de los comandantes en jefe no lo podían creer. En su gusto por la pompa y los rituales, además de recibir la banda presidencial, mandó a hacer una réplica de la piocha de O'Higgins, perdida en el bombardeo a La Moneda. También se hizo imponer un enorme collar de dudoso gusto, hecho de copihues de oro esmaltado, que remataba en un gran medallón de estilo medieval. Y, como si

fuera poco, un bastón de mando también en oro, plata y lapislázuli.

La imagen real que fabricaba para sí y para el país ya había tenido su ceremonia de coronación. Después de ello, su personalidad se desató. Creó para sí el galón de cinco estrellas que lo identificó como Capitán General, una investidura militar en desuso desde los primeros tiempos de la república. Introdujo el uso de capas hasta los tobillos para las altas dignidades del Ejército, y aumentó la teatralidad del mando. Gustaba de las ceremonias a campo abierto, de las antorchas y ritos simbólicos típicos del fascismo. Diseñó un sillón rojo con un escudo para su despacho, con el cojín a mayor altura para quedar por encima de sus visitas, hundidas en sillones más bajos a cierta distancia de él.

Buscó emularse a O'Higgins al llenar al 11 de septiembre de referencias a una «segunda independencia»: monedas, estampillas, medallas y monumentos. Como no tenía dominio del lenguaje en público, comenzó a practicar oratoria con tutores que buscaban bajarle unos tonos a su voz chillona, mejorar el lenguaje corporal y sus errores de dicción. Todo en el afán permanente de construir una dignidad de gobernante.

El siguiente paso fue sobreponerse a quienes pudieran disputarle el mando. Junto con pasar a retiro a Arellano Stark, vino la muerte de Bonilla, un general de gran ascendiente en el Ejército, en un accidente de muy extrañas circunstancias. Más tarde, en 1976, el general Benavides entró con soldados armados a la oficina de Gustavo Leigh a indicarle que la junta lo había destituido. Todos los generales de la Fuerza Aérea renunciaron en solidaridad con su comandante en jefe, excepto uno: Fernando Matthei, quien terminó nombrado en el cargo por la junta.

Leigh era partidario de entregar el poder a los civiles en cinco o siete años, pero Pinochet tenía otros planes.

Jaime Guzmán, considerado ideólogo de la dictadura y fundador de las ideas gremialistas que derivarían en el partido UDI, aconsejó aprovechar la oportunidad para nada menos que refundar el país, cambiar sus valores, su estructura, limpiarlo de ciertas ideas e instalar por la fuerza una nueva forma de organización nacional. Y para eso se necesitaría bastante más tiempo.

Con el resto de sus oponentes la estrategia fue peligrosa y brutal. Su poder no se iba a afianzar controlando la economía; ese aspecto lo dominaba la Armada. Tampoco las obras públicas, menos la salud o la educación. Su plataforma sería otra. Ahí entró al escenario uno de los personajes más siniestros de nuestra historia: Manuel Contreras y, junto a él, un plan para

coordinar los servicios de inteligencia de las cuatro ramas de las FF.AA. en uno solo, al mando del Ejército: la DINA, Dirección Nacional de Inteligencia.

Su propia Gestapo.

Esa iba a ser su plataforma de poder para dominar al resto de las FF.AA., la administración pública y a todo el país; su estrategia para eternizar el terror, la guerra interna y justificar así el estado de sitio y la violencia sobre la población.

### **La DINA, el pozo séptico de Chile**

«¡No me sirven los santos aquí, necesito prostitutas, ladrones y asesinos!», habría gritado Manuel Contreras a su gente en Tejas Verdes, San Antonio, para describir el perfil que buscaba para los integrantes de la DINA, el puño de hierro —como mostraba su logo— con el cual Pinochet gobernaría el país.

Porque hay que decirlo así: Chile estuvo gobernado y vigilado por esta banda de sicópatas que, como muy bien describe Mauricio Weibel en su libro *Los archivos secretos de la dictadura*, no fue solo un grupo de pesquisa y desmantelamiento de organizaciones de oposición, sino una organización que entregó información de inteligencia a subsecretarías y ministerios, enquistada de una u otra manera en todos los niveles de la administración del gobierno.

Autorizaba o rechazaba la contratación de los empleados públicos, entregaba o exigía información para la toma de decisiones, sugería criterios de censura y control de las noticias que recibía la gente a través de medios periodísticos. Fue una especie de sistema nervioso de la dictadura a todo nivel. Un organismo que era, en la base, una máquina de perseguir, torturar y matar, pero que conectaba todos los estamentos del régimen con su olor a cadáver.

Si hubo maldad pura en el régimen militar, esa fue la DINA. Un pozo de estiércol humano que hasta hoy sorprende. Y hay que decirlo: comenzó en la instrucción que recibieron los militares sudamericanos en la Escuela para las Américas, diseñada por Estados Unidos para frenar el avance de la izquierda. Fue en esa escuela donde se tergiversó la función de las FF.AA., que pasaron de proteger las fronteras del peligro externo, a volcar sus armas hacia el interior y combatir a sus propios compatriotas en la búsqueda del «enemigo interno».

«Nuestra misión será exterminar el marxismo y sus ideas afines como si

fueran plagas», declaró el coronel Manuel Contreras Valdebenito, entrenado en la mencionada escuela, frente a sus hombres en el regimiento de Tejas Verdes. La acción desordenada de los organismos de inteligencia de las distintas ramas de las Fuerzas Armadas comenzó a requerir una coordinación central. Y en esa línea, Pinochet trajo a este hombre bajito de apariencia inofensiva.

A fines de 1973 se firmó el decreto secreto y, en el verano de 1974, se estrenó la Dirección Nacional de Inteligencia para buscar una forma de purificación ideológica a través del exterminio de seres humanos y sus ideas. Su crecimiento fue explosivo. Comenzó a copar todas las áreas de inteligencia y, cuando las restantes ramas de las Fuerzas Armadas se dieron cuenta, ya era demasiado tarde: Pinochet, a través de la DINA, había tomado el control de la inteligencia, la información y de la represión casi en su totalidad. Alcanzó tal poder y brutalidad terrorífica que incluso el primer golpista del Ejército, Sergio Arellano Stark, advirtió con preocupación que al hablar de la DINA se «estaba hablando de una verdadera Gestapo».

Su infraestructura superaba cualquier esfuerzo jamás hecho en el área de inteligencia. Se importaron camionetas C-10 *ex profeso*, se compraron otros vehículos, se le entregaron propiedades —que se convirtieron en centros de interrogatorio y tortura a lo largo de todo Chile—, recibió tecnología de punta, acceso ilimitado a las redes telefónicas y correos sin pasar por permiso judicial alguno. Libertad total para actuar a lo largo del país, salvoconducto y permiso para intervenir cualquier investigación, exigir cualquier documento, ingresar a cualquier propiedad sin ningún tipo de freno. Era la acción desbocada y sin límite de un pequeño ejército de militares y civiles dementes con permiso para todo. Se apoyaban en una red de magnitud nacional que incluía una nómina de soplones, colaboradores técnicos y agentes que vigilaban y detallaban en informes las actividades de profesores, artistas, abogados, empleados, profesionales de todo tipo, sacerdotes, periodistas y gente cercana a los partidos políticos. Realizaban espionaje de movimientos y grupos de diferente naturaleza, de personas comunes, de padres, de madres. Todo era registrado en informes que circulaban por los ministerios del gobierno para tomar decisiones sobre estrategias de represión, censura, amedrentamiento y control. Memos con información variopinta, dirigidos a

todo tipo de autoridades de la dictadura, donde se podía leer desde el ingreso de algún activista internacional por los derechos humanos hasta la revisión de un libro de poemas cuestionado por un verso que contenía la palabra «pueblo».

Tenían autorización para entrar en cualquier casa, llevarse a quien quisieran o quitarle detenidos a Carabineros. Pero a diferencia de las actuaciones en los primeros días del golpe —donde la violencia fue indiscriminada y podía caer sobre cualquiera—, la DINA fue más selectiva: su acción se dirigió a la resistencia del Partido Comunista y del MIR. Los dirigentes comunistas fueron perseguidos, torturados, interrogados para obtener *nombres* y asesinados de formas horribles para después buscar *otros nombres* y repetir el proceso. Exterminaron directivas completas.

¿Cuál era el nivel de cercanía con Augusto Pinochet? Todos los días Contreras pasaba a buscar a Pinochet a su casa en el auto oficial y se iban conversando en el camino; luego tomaban desayuno en reuniones detalladas sobre todas las actividades diarias. Manuel Contreras fue el brazo derecho de la acción violenta y destructiva de Pinochet en esos años, quien respaldó acciones brutales, viles, despreciables, fuera del más mínimo sentido humanitario. La DINA no solo detenía y hacía desaparecer a personas que se oponían al gobierno, sino que desarrolló toda una maquinaria administrativa para quedarse con los bienes y legalizar el robo de las propiedades de los asesinados. Los oficiales se quedaban con sus autos y casas; los operativos y guardias con los televisores, refrigeradores, cocinas y lo que hubiese de interés.

Las personas comunes, como tú o yo, ¿tenían alguna posibilidad de ser protegidas o defendidas por alguien? La verdad es que no; el poder judicial —y ni hablar las policías— estaba por completo al servicio de la dictadura. De hecho, Pinochet y Contreras tenían contacto telefónico directo con los tribunales. Las personas estábamos abandonadas, frágiles frente a toda la máquina de un Estado criminal y por completo desquiciado que se había tomado el país.

La DINA torturó personas electrocutándolas por sus penes, clítoris, pezones, ojos o anos. Certificado judicialmente.

Abusó de mujeres introduciéndoles ratones vivos en la vagina, violándolas individual o grupalmente en reiteradas ocasiones. Certificado judicialmente.

Vejó a hijas obligándolas a hacerles sexo oral a padres y hermanos. Certificado judicialmente.

Entrenó a perros para violar a hombres y mujeres detenidos; golpeó en sesiones interminables a jóvenes estudiantes y trabajadores. Probó químicos letales en ancianos y adolescentes. Secuestró, torturó y asesinó a mujeres como Michelle Peña, de veintisiete años, embarazada de ocho meses. Los cuerpos de ella y su hijo nunca fueron encontrados. O el caso de Gloria Lagos Nilsson, de veintiocho años, embarazada y madre de tres hijos. Fue detenida por la DINA en presencia de su hija Marcela, de ocho años, que le gritaba a los agentes que no se llevaran a su madre. Los cuerpos de ella y su hijo nunca fueron encontrados. También se registran abortos producidos por golpes de pies y puños sobre el abdomen de mujeres embarazadas. Cuando una detenida avisó su embarazo producto de las violaciones, le respondieron que debía estar feliz de tener un «hijo de la patria».

Las técnicas superan lo soportable. Imagínate detenido, encapuchado y golpeado hasta el agotamiento por los torturadores, semiinconsciente, arrastrado y acostado sobre una rejilla metálica, con pinzas electrodo en la lengua, los pezones, los labios mayores o los testículos, el ano. Corriente eléctrica que produce un dolor insoportable, calambres atroces que entran hacia tus intestinos o la uretra. Imagínate que con un alicate te extraen las uñas de las manos. Imagínate llorando y rogando para que se detengan. Sabes que estás en las manos de personas que pueden hacer lo que quieran contigo y que, en todo el país, no hay nadie que pueda ayudarte. Tus padres, tu pareja, tus hijos, no saben dónde te encuentras. Tú no sabes dónde estás; tú no sabes dónde queda ese subterráneo donde ponen música de Julio Iglesias o Camilo Sesto a todo volumen para que nadie escuche tus alaridos cuando apagan sus cigarrillos en tu cara. Un par de horas de todo esto. Un partido de fútbol completo siendo quemado, electrocutado, cortado y golpeado por tres o cuatro desquiciados con permiso para todo. Luego arrastrado al lugar donde te tienen confinado, a veces una habitación donde hay otras treinta personas; a veces todos desnudos, sin espacio para acostarse, congelados y sin agua o comida. A veces el lugar es una caja donde solo puedes estar en cuclillas, por días, como ocurría en villa Grimaldi. Otras en clósets donde, por el contrario, no podías sino estar de pie día y noche, vendado, sin noción del tiempo por semanas. Hasta que te sacaban de nuevo a golpes y volvía la angustia de no saber qué iban a hacer contigo. Podían sumergirte la cabeza en un balde con orina y caca humanas, o quemarte los ojos, la boca o la vagina con ácido u otros corrosivos. Quizá hacerte palanca en el brazo con un fierro para desencajarte el hombro, darte martillazos en los dedos, o perforarte con

alfileres o destornilladores.

«Le faltaba un ojo, el izquierdo. Los párpados estaban hinchados, pero no tenía heridas ni tajos. Se lo sacaron con algo, a sangre fría. Tenía la nariz quebrada, con tajos, hinchada y separada abajo, hasta el fin de una aleta. Tenía la mandíbula inferior quebrada en varias partes. La boca era una masa tumefacta, herida, no se veían dientes (...). Su cabeza estaba en un ángulo muy raro, por lo que creí que tenía el cuello quebrado».

Descripción del estado de Eugenio Ruiz-Tagle Orrego en el ataúd, hecha por su madre.

Quizá la forma de tortura más atroz era la que involucraba a los familiares. Ver amarrado cómo violaban a tu esposa o a tu hija, cómo golpeaban y cortaban a tu hijo o hermano. O dejar que tu madre observara una sesión donde eras electrocutado, quemado con sopletes de acetileno, o tajeado con bisturís o cuchillos de cocina. Ingrid Olderock, carabinero y agente de la DINA, reconoció haber torturado a niños de cinco y diez años en presencia de sus padres para obtener información.

Lo peor era cuando te llevaban frente a ellos y no te hacían pregunta alguna. Significaba que te torturarían hasta la muerte. Si tenías suerte sería rápido, un disparo en la nuca o en la cara. Menos suerte era que te estrangularan con un alambre o que te expusieran al gas sarín. Lo peor era morir a golpes. O mojado a la intemperie hasta producir tu muerte por hipotermia. O tener que ingerir ácido sulfúrico.

Tus restos serían arrojados en alguna fosa perdida, al mar o dinamitados; quizá tus padres, tu pareja, tus hijos nunca sabrían dónde quedaron tus huesos; ni siquiera si estabas vivo o muerto. La tragedia familiar era otra forma de tortura que duraba años.

Agentes de la DINA llevaron a María Inés Alvarado, de veintiún años, golpeada y maniatada a la casa de sus padres para obligarlos a confesar algo. Se quedaron a vivir dos días en esa casa, comiendo, durmiendo y tomando a costa de ellos; exigieron dinero antes de llevársela otra vez. Los torturaron durante un par de años, llamándolos para decirles que su hija se había ido del país, se había casado, vivía tranquila, dándoles esperanzas. Pero un día se comunicaron por última vez para confesar que en realidad la habían matado años atrás y habían arrojado su cuerpo al mar en Puerto Montt.

Siempre me he preguntado por qué Chile no tiene una tradición de novelas de terror. La respuesta que me doy es que no hay nada que supere a la DINA.

La más terrible novela de terror de nuestra historia es el informe de la Comisión Valech sobre tortura. Esto que contamos es solo una fracción del repertorio horroroso por el que tuvieron que pasar miles de chilenos, y el terror de otros cientos de miles de verse expuestos algún día, si eran detenidos arbitrariamente.

La DINA fue nuestro agujero negro, ese tipo de pozo séptico de maldad que solo puede germinar en la impunidad más absoluta; cuando el poder de una tiranía le entrega libertad total a psicópatas rascas con cadenas de oro, cocaína y armas para que hagan y deshagan a su antojo en un país lleno de personas acorraladas que deben sufrir sus juegos enfermos.

Pero todo tiene su final. El tremendo poder acumulado por Manuel Contreras bajo el amparo de Pinochet terminó saliéndose de control cuando adquirió dimensión internacional. Después de secuestrar al funcionario español de Naciones Unidas, Carmelo Soria —y envenenarlo con gas sarín, torturarlo y ejecutarlo—, hizo explotar el auto del general Prats y su esposa en Argentina: operación de los tristemente célebres Michael Townley y Mariana Callejas. Los procedimientos cruzaron las fronteras; involucraron agencias de inteligencia de otros países de la región. Manuel Contreras se envalentonó y cometió el gran error: envió a Townley y a Callejas a Washington e hizo explotar el automóvil de Orlando Letelier, ex canciller de Allende, quien murió junto a su secretaria, Ronnie Moffit, en septiembre de 1976 a metros de la Casa Blanca. Eso desató la ira del gobierno norteamericano. Por primera vez se producía un atentado terrorista en la capital de Estados Unidos y, además, había muerto una ciudadana de ese país. Las presiones contra Pinochet se acentuaron, hubo prohibición de venderle armas y las protestas en la ONU por violaciones a los derechos humanos se acumularon. La Casa Blanca exigió investigar el caso Letelier, se destapó la operación y todo se fue al carajo.

Al año siguiente, Pinochet se vio obligado a retirar a Contreras y disolver la DINA. Pero al día siguiente se creó la CNI, básicamente la misma estructura, los mismos agentes, el mismo terror con otro nombre. Contreras se sintió traicionado y con los años se distanciaría más y más de Pinochet, quien no dudó en entregarlo a la justicia como chivo expiatorio y moneda de cambio durante los primeros años de la transición política. Contreras terminó sus días acusando la deslealtad de Pinochet y denunciándolo por corrupción, por su responsabilidad total en la DINA y por tráfico de armas y drogas.



El terror a ser detenido en la dictadura correspondía a la posibilidad de verte enfrentado a un torturador. Un día, mi madre caminaba en dirección a la casa desde la feria de verduras que se instalaba a pocas cuadras, cuando vio una patrulla de militares detenida en una esquina, conversando. Pasó lentamente frente a ellos, quienes apuntaban con los dedos hacia algunas casas, comentando algo que a mi mamá le pareció un operativo para allanar y detener personas. Nunca supimos si era cierto o no, pero mi mamá llegó histérica a la casa gritando que debíamos irnos de inmediato. Comenzamos a armar bolsos con algo de ropa mientras ella salía a llamar al trabajo a mi papá para que no volviera a la casa. Nos subimos a una micro y llegamos donde mi abuela en el cerro Esperanza. Con los días supimos que, en efecto, habían ingresado a algunos hogares y se habían llevado detenidos a algunos jefes de hogar, entre ellos, a un amigo de mi papá que solo regresó un mes después, en un severo estado de shock; lloraba sin motivo aparente, no hablaba y demoró meses en regresar a la normalidad.

Nunca más volvimos a esa casa.

### **La Vicaría al rescate**

Si hubo un tiempo en el que la iglesia Católica chilena brilló por su arrojo y bravura en la defensa de los desvalidos, fue durante la dictadura. Mientras en otros países de Latinoamérica, como Argentina, la Iglesia estuvo del lado de las dictaduras de derecha, en Chile abrazó y protegió a los abusados a riesgo de su propia seguridad. Trabajó codo a codo con gente de todas las ideologías, credos y orígenes sin discriminación alguna. El cardenal Raúl Silva Henríquez no dudó en arrojarse contra la corriente para ayudar al pueblo de Chile sin importar rivalidades políticas o sociales de ningún tipo.

Luego del huracán de detenciones y violencia indiscriminada de las primeras semanas después del golpe, y frente a la indefensión de los civiles ante una autoridad que había eliminado sus derechos, el cardenal Silva Henríquez encabezó el Comité Pro Paz, formado por las iglesias Católica, Metodista, Presbiteriana, Bautista, Ortodoxa y Judía. Buscaron dar refugio a los perseguidos, a los detenidos y a sus familias, proteger a los amenazados e interponerse frente al enorme poder de todo un ejército que volvía sus armas contra una población indefensa, sin la posibilidad de recurrir a la justicia, ni a ninguno de los estamentos que podrían haberla protegido. Organizaron la

defensa de detenidos ante los consejos de guerra, incluso crearon bolsas de trabajo y comedores infantiles en poblaciones golpeadas por la represión.

El comité presentó el primer recurso de amparo por la detención y desaparición de 131 personas entre septiembre de 1973 y marzo de 1974. Denunció los abusos de las nuevas autoridades y prestó asilo y protección a los perseguidos sin importar su color político.

Pero la presión constante de Pinochet y la DINA, que llegó a detener y torturar al jefe jurídico del comité, José Zalaquett, más la campaña denunciando al comité como una herramienta financiada por el marxismo internacional, hicieron mella en la organización. Fue clausurado el 31 de diciembre de 1975, pero al día siguiente la iglesia Católica de Chile fundó la Vicaría de la Solidaridad.

Esta institución fue uno de los poquísimos lugares donde podía acudir un perseguido por la dictadura. Era un refugio frente a la máquina de todo un Estado en contra de una persona; a veces un cualquiera que había decidido escribir algo, decir algo, o encontrarse en el lugar equivocado en el momento equivocado.

La Vicaría estuvo llena de héroes anónimos que pusieron en riesgo sus vidas y su estabilidad personal para ayudar a otros. Muchos sacerdotes y monjas participaron de redes clandestinas de protección, de información y coordinación de acciones incluso internacionales. Fueron ayudistas en la generación de inteligencia para desentrañar las maneras de operar de la DINA, hicieron vigilancia y montaron operaciones para prevenir acciones de represión y captura. Muchos sacerdotes fueron amenazados, otros expulsados del país; héroes olvidados de la resistencia, como los padres extranjeros Robert Bolton, Pierre Dubois y André Jarlan, o los chilenos Mariano Puga y el increíble José Aldunate. Curas que eran capaces de ponerse en la mitad de una calle para detener una tanqueta, interponerse entre los tiroteos llamando a la paz, organizar a la gente en las poblaciones para oponer resistencia pacífica contra la barbarie.

Los civiles que componían la Vicaría también deben contarse entre esos héroes que trabajaron bajo una presión a veces inhumana. A Enrique Palet le colgaron una cabeza de chancho en la reja de su casa con una cruz y una bala de fusil incrustada en la frente. A Roberto Garretón lo llamaron por teléfono para advertirle que si continuaba molestando «tus hijos terminarán igual que los gatos en tu jardín»; al salir al patio de su casa, descubrió los restos desperdigados de varios animales descuartizados, arrojados desde la calle. A

Mario Insunza le enviaron una caja con una cabeza de chanco a su oficina. Mandaron coronas de flores con tarjeta de condolencias a los domicilios de algunos colaboradores, dejaron bolsas con sangre en las puertas, pintaron cruces rojas en las casas de algunos abogados en un hostigamiento permanente.

Cuando el país aún no lograba ver la magnitud de la tragedia que se vivía, cegado por la nube de oscuridad que arrojaban los organismos de la dictadura contra los medios, fue la Vicaría la que descubrió el primer acercamiento al horror escondido detrás de la censura y la permanente negación.

A fines de 1978, un campesino llegó a las oficinas de la Vicaría para conversar sobre algo que había descubierto. Seguramente lo había pensado repetidas veces antes de siquiera acercarse al lugar; el miedo a verse involucrado en cualquier cosa que pudiera molestar a las autoridades era grande. Aún así este héroe anónimo, sentado en una silla y mirando hacia el suelo, contó con palabras entrecortadas lo que había encontrado allá, al sur de Santiago, en Lonquén.

Cadáveres. Quince cuerpos humanos, todos hombres, en posiciones retorcidas. Los habían arrojado a un horno de cal. El campesino tenía los ojos muy abiertos mirando fijo hacia el recuerdo que lo atormentaba. Le sirvieron una taza de té y lo calmaron, le pidieron más detalles, la ubicación del lugar, las características del horno, cómo llegar al sitio. La investigación en Lonquén fue terrorífica. Se trataba de los cadáveres básicamente de dos familias: Sergio Maureira y sus cuatro hijos; Óscar Hernández y sus dos hermanos; más cuatro jóvenes. Todos entre los diecisiete y cincuenta y un años. Habían sido detenidos en octubre de 1973 por carabineros en Isla de Maipo, luego llevados a Lonquén y arrojados por la boca superior del horno.

En ese tiempo, a cinco años del golpe militar, muchos familiares aún esperaban ver liberados a esos hijos, padres o hermanos detenidos y llevados sin rumbo conocido. Seguían pensando que estaban prisioneros pero vivos, en algún lugar desconocido. Tras Lonquén, la verdad comenzó a caer como una llovizna negra sobre el corazón del país: los detenidos desaparecidos en realidad estaban muertos.

Otro efecto de este hallazgo vino desde la dictadura. En una de las acciones más atroces del régimen militar, Pinochet ordenó la llamada «operación retiro de televisores». Hubo reuniones ejecutivas, se realizó un exhaustivo catastro de todas las fosas comunes, cementerios clandestinos y sitios donde habían sido arrojadas personas ejecutadas. Luego se asignaron equipos de

suboficiales y soldados en una planificación ordenada: en todo el país se dedicaron a desenterrar restos usando chuzos, palas o retroexcavadoras. Se organizaron partidas que sacaron esos restos disciplinadamente, los subieron a helicópteros y, de noche, los arrojaron al mar en sectores retirados. Seguramente hubo cartas gantt, jefes de operación, encargados de adquirir los sacos, firmas y reportes, toda una sistematización para la operación más asquerosa de todas: matar por segunda vez a los ya ejecutados y negarles a sus familiares el mínimo alivio de enterrar sus restos y poder visitarlos.

Muchas veces, en años posteriores, se encontraron fosas comunes casi vacías. Se excavaron con prolijidad de arqueólogo para encontrar solo un diente, una clavícula, una vértebra, con suerte. Mucha gente no sabe que cuando la prensa informa la aparición de restos de algún detenido desaparecido, se trata regularmente de algo así. En ningún caso es un esqueleto completo. A veces los familiares son convocados al Servicio Médico Legal para enfrentarse a una mesa con cuatro piezas óseas diminutas dispuestas en hilera. Esos son los restos que ponen en un ataúd, veinte, treinta o cuarenta años más tarde para que sus madres, hermanos, hijos y cercanos puedan llorarlo con algo de dignidad.

### **Nuevo orden económico**

La dictadura de Pinochet no pretendía solo sacar del poder a Allende, estabilizar el país y entregarle el mando a otro partido político. Pinochet había sido seducido por la idea de eternizarse en el puesto para refundar el país; exterminar para siempre esas molestas ideas de izquierda acerca de la igualdad y la opinión de la gente pobre, siempre tan revoltosa y desestabilizadora.

La dictadura repitió ese guión histórico que nuestro país ha vivido tantas veces; después de una crisis, actuar con violencia para aplastar el síntoma social y devolverle el poder a la elite. Pero esta vez con una variante, una forma de solución final: el exterminio definitivo de los luchadores sociales que *tanto problema* habían producido durante el siglo xx.

La refundación del país sería a través de un nuevo orden económico y un posterior nuevo orden constitucional que le diera sustento. Uno que evitara que las ideas de izquierda resurgieran, a través de la instalación de un individualismo a ultranza en el nuevo ADN nacional que buscaban crear. Este

nuevo orden económico se venía pensando desde antes del golpe. Los mismos empresarios que conspiraban para derrocar a Allende, encargaron la elaboración de un programa económico que se impondría después de eliminar a la UP. Este grupo se reunía en secreto en una oficina en la calle Nataniel, en pleno centro de Santiago. Estaba formado por egresados de Economía de la Universidad de Chicago, los posteriormente famosos *Chicago Boys*. Ellos establecieron contacto con la Armada y les entregaron un documento llamado *El Ladrillo*, el plan a seguir luego del golpe.

Este nuevo modelo neoliberal, promovía que el Estado no se inmiscuyera en el mercado ni como productor ni como regulador. Libertad de acción a los empresarios porque «el mercado se regula solo» (aunque con los años hemos visto que la desregulación produce abuso y lo opuesto a la libertad de mercado). En este orden los grandes se comen a los más pequeños y todo termina reduciéndose a dos o tres entes poderosos en cada rubro: tres farmacias, tres supermercados, dos consorcios periodísticos; formas solapadas de monopolios que determinan los precios, deciden qué debemos consumir y presionan con su poder desmedido para que se legisle y se actúe a su favor.

El nuevo modelo económico buscaba reducir al mínimo la participación del Estado en la producción, manufactura y administración de servicios. Las empresas que el Estado había demorado casi treinta años en levantar, fueron vendidas a precios ridículos a privados relacionados con la dictadura. La reducción y desmantelamiento del Estado también produjo debilidad al momento de fiscalizar a los privados, dejando a la ciudadanía en la indefensión. La gente común no tiene el poder económico ni el productivo; solo puede aspirar a ser representado por el poder político cuando elige presidente. Y si el Estado es pequeño (como lo dejó la dictadura) no hay cómo contrapesar el poder de las elites económicas; no hay cómo defenderse de ellas y los abusos en que incurre.

Este nuevo modelo también puso énfasis en la importación de bienes ya elaborados; al desproteger los productos chilenos, se produjo una crisis irreversible en la industria nacional, ocasionando el cierre de cientos de fábricas de calzado, telas, tecnología, herramientas, vestuario, etc. La manufactura chilena colapsó y volvimos a convertirnos en vendedores de materias primas y agricultura; de regreso a principios del siglo XX. Vendedores de cobre y compradores de cables de cobre.

Para la instalación del modelo económico, Pinochet y la Junta militar

tomaron decisiones igual de violentas que en el ámbito político: después del golpe redujeron el gasto en programas sociales en un 20 por ciento, despidieron a ¡un tercio! de los empleados públicos, aumentaron temporalmente el IVA —impuesto que pagan las personas comunes—, eliminaron los sistemas de ahorro y de préstamos a la vivienda. Los sindicatos fueron destruidos y las leyes laborales eliminadas. Se anuló el derecho a huelga, hubo despidos masivos sin justificación ni indemnizaciones, se congelaron los sueldos. Además, se devolvieron las empresas estatizadas a sus dueños, se confiscaron los bienes a partidos políticos y se robaron los bienes de personas afines a la UP. Se impuso una disciplina militar al trabajo obrero y se entregaron millonarias indemnizaciones a las empresas extranjeras afectadas por la nacionalización del cobre y otras áreas. Las empresas del Estado se entregaron a privados fuera de cualquier fiscalización, algunas por valores ridículos, en algo que María Olivia Mönckeberg llamó «el saqueo de los grupos económicos al Estado chileno». Entre los principales beneficiarios se encontraron el entonces yerno de Pinochet, Julio Ponce Lerou, Roberto Andraca, José Yuraszeck y el grupo PENTA de Carlos Alberto Délano (no sé si les suenan de algún lado). ENDESA, CAP, IANSA, LAN CHILE, CTC, ENTEL, Télex Chile, Laboratorios Chile, CHILECTRA, SOQUIMICH, entre otras decenas de empresas creadas por el Estado chileno (desde la década del treinta hasta los setenta), fueron entregadas en bandeja a sus economistas y cercanos, desmantelando y vendiendo a precio de huevo lo logrado por el país durante más de tres décadas.

Así, el poder económico que tenía el Estado de todos los chilenos quedó en manos de un pequeño grupo de privados para su beneficio. ¿O ustedes creen que estas enormes empresas del tamaño de un país fueron creadas desde cero por la clase empresarial pinochetista «con enorme esfuerzo y trabajo»?

Esa no fue una decisión cualquiera: fue una decisión ideológica. Como decíamos antes, la gente común solo puede acceder al poder a través del Estado y su fuerza. Quitarle todo el poder al Estado y entregárselo a la elite de derecha es una decisión política; es entregarle por decreto el mando y manejo del país a un sector minoritario para que actúe sin contrapeso.

«Hay que cuidar a los ricos para que den más», declaró Pinochet en alguna ocasión. Y no solo se entregaron las empresas del Estado, también se vendió a privados la salud, la previsión, la educación y muchos servicios públicos, incluso algunos de orden estratégico. Al no ser el Estado el que provee

alternativas gratuitas viables para tu salud, tu previsión y la educación de tus hijos, todo pasa a depender exclusivamente del dinero que ganes, es decir, de tu empleador. Estás amarrado. Al privatizarse el sistema de pensiones (las AFP), tu dinero va a empresas privadas que lo utilizan para invertir en apuestas accionarias. Este sistema fue un éxito para las AFP y sus dueños, pero redundó en una dramática disminución en las pensiones de las personas, por debajo del mínimo recomendado por la Organización Internacional del Trabajo.

Ni hablar de la educación. Al municipalizarse, las escuelas dependen de los ingresos de cada municipalidad; es decir, si vives en un municipio pobre, la plata será poca, si vives en uno rico, la plata será mucha. ¿No nos dice el sentido común que debiera ser al revés? ¿No nos dice el sentido común que las prestaciones de salud debieran mejorar a medida que envejeces y las necesitas más, y no al revés? Bien, en el mundo individualista instalado por la dictadura, el sentido común no funciona, solo las leyes del mercado, no el humanismo, no las razones por las cuales se crea una sociedad: el apoyo mutuo.

Hay que decirlo: la implantación de un modelo liberal salvaje que tomó la salud de las personas, su previsión, la educación y las convirtió en un negocio de privados, no habría sido posible en un gobierno democrático. Se requirió un golpe de fuerza, un país ocupado, una dictadura que acallara con violencia las críticas, eliminando a sus opositores, y un gobierno autoritario para imponer un modelo que produjo desestabilización y pobreza, cesantía y malos servicios para la población en general, amén de enormes utilidades y beneficios para unos pocos en el poder. Convirtió a los trabajadores en vacas que son diariamente ordeñadas para inyectar dinero a privados que esperan con las manos abiertas.

Como reconoció descaradamente Pablo Baraona, ex ministro de Pinochet, en una entrevista en 1980: «Yo no tengo dudas de que, a partir de 1973 y durante muchos años, en Chile hacía falta un gobierno autoritario, absolutamente autoritario, que pudiera hacer *la reforma* contra los intereses de cualquier grupo, por importante que fuera». Para decirlo de otra manera: el modelo económico imperante se lo debemos en parte a la DINA, eje del aparato represor del gobierno que instaló la reforma.

Como dice Carlos Huneeus en su libro *El régimen de Pinochet*, el modelo neoliberal no es solo un punto de vista económico; es una «cosmovisión» aplicada a todos los ámbitos donde se promueve el triunfo del más poderoso

sobre el más débil; la desregulación donde el más fuerte tiene todas las de ganar. Donde la población medio-baja vive siempre fuera de los privilegios, convencida de que algún día los alcanzará. Todo se mide por la rentabilidad: no solo la salud o la educación, sino también las artes, la cultura, el valor de las personas. Y esto ha producido un vacío ético que ha desmoronado el espíritu de nuestra comunidad: los codazos, la zancadilla, el *winnerismo*, la falta de solidaridad y colaboración; la carencia de amor entre las personas. Los seres humanos somos todos diferentes, algunos son más fuertes, inteligentes, o tienen mejor educación, o simplemente viven en una clase que los ayuda. Hay leones y águilas, pero también hay antílopes y cebras. Desregular es como sacar las rejas en un zoológico; los tigres y los leopardos lo van a pasar increíble, todo el enorme resto de la población... no. Una sociedad es para que todos alcancemos la felicidad, no solo los más capaces o los que nacen en cuna de oro.

Un mito que hay que desnudar al respecto es que la dictadura mejoró la economía del país. La verdad es que la mayor inflación de esos años se vivió durante el mandato de Pinochet, no en el de la UP, al igual que los índices más altos de cesantía desde las crisis de principios de siglo y los derrumbes financieros más grandes, como el de 1929. Entregaron el país en 1990 con un índice de pobreza entre el 40 y el 45 por ciento ¡casi la mitad del país! Y estos son datos duros; el resto es propaganda.

Para la legitimación de esta refundación del país, la dictadura escribió una Constitución a su medida, entre cuatro paredes, con gente elegida por ellos. No había registros electorales que certificaran la identidad y número de los votantes, ni hubo transparencia alguna en el proceso. Esa noche del 11 de septiembre de 1980, tras un plebiscito sin mínimas condiciones de legitimidad, el gobierno salió a decir que los chilenos habían aprobado la nueva Constitución por un 67 por ciento de los votos. Nos encogimos de hombros.

Además, con la aprobación fraudulenta de la Constitución del 80, Augusto Pinochet técnicamente se autonostró presidente de la república de Chile y cumplió su sueño de verse legitimado con un cargo más. El nuevo orden pinochetista era, como dice Carlos Huneeus, una democracia autoritaria, protegida por los militares y balanceada artificialmente para que la derecha



siempre obtuviera la mitad de los escaños en el Congreso. El sistema binominal fue, básicamente, una trampa para darle a la elite una representación parlamentaria que en realidad no tenía, con una Constitución llena de leyes de amarre que hacen muy difícil su modificación. En pocas palabras, la Constitución de Chile es un texto escrito por unos pocos durante una dictadura militar donde nadie podía opinar, y que debió aceptarse con una pistola en la cabeza.

Lindo.

### **La Operación Retorno**

En 1980 tenía diez años, iba en sexto básico en la escuela básica D-255, República Federal de Alemania. Todos los lunes se cantaba el himno nacional. Nos debíamos formar en el patio, tomar distancia, golpear el suelo a discreción con el zapato y quedar «firmes». Las manos al costado mientras comenzaban los acordes del himno: «Vuestros nombres valientes soldados, que habéis sido de Chile el sostén...». Luego marchábamos hacia nuestra sala, nos volvíamos a formar afuera, patada a discreción, firmes y entrábamos nuevamente marchando. Quedábamos de pie frente a nuestros escritorios y, cuando el profesor nos saludaba, debíamos gritarle de vuelta al unísono: «¡Buenos días, señor profesor!», antes de recibir la orden de sentarnos. A esa edad ya sabía que había palabras que no debía decir en público; sabía, también, que había personas que no podían ser nombradas. Un día, mi Tata me indicó su pieza y lo acompañé. Abrió su clóset, levantó un calendario que colgaba en el interior de la puerta y ahí estaba la foto en blanco y negro de un hombre con lentes de marco grueso: se me apretó el estómago porque sabía que era algo prohibido. Mi Tata apuntó con el dedo a Salvador Allende y me dijo en voz baja: «Él fue una gran persona». Bajó el calendario, cerró el clóset, me guiñó un ojo y volvimos al comedor.

No recuerdo que se haya tocado el tema alguna vez en esos almuerzos de domingo llenos de tíos y primos en el cerro Bellavista. La gente se guardaba los comentarios para el interior de sus propias familias, pero incluso en mi casa el tema se evitaba. Era la televisión la que hablaba a través del «Festival de la Una» o «Sábados Gigantes», no nosotros. Encendida casi todo el día, en los noticiarios las palabras «terrorista», «extremista», «violentista» y sinónimos volaban una y otra vez para referirse a personas que no estaban de

acuerdo con el gobierno.

Ese año 1980, esas palabras se repitieron con más regularidad que antes. Recuerdo la marcha característica que precedía al «a continuación, en treinta segundos, sírvase integrar red nacional de radio y televisión»; a la aparición de Pinochet y algún mensaje apocalíptico sobre la guerra contra los marxistas. En esa ocasión no estaba tan lejos de la verdad. Durante un corto período entre 1980 y 1983, el MIR había logrado rearticularse con la inyección de numerosos militantes desde el extranjero. Comenzaron el año asaltando bancos en repetidas ocasiones. Realizaron acciones simbólicas contra la moral de la dictadura, atacando la «llama de la libertad», monumento fascista instalado en el cerro Santa Lucía; el carabinero que intentó repeler el ataque resultó acribillado. Después, el comando Javiera Carrera ingresó al Museo Histórico Nacional y sustrajo la bandera sobre la que se había jurado nuestra independencia y la escondió en las poblaciones pasándola de una casa de seguridad a otra. Incluso escribió a *El Mercurio* pidiendo instrucciones sobre su cuidado y ¡le respondieron!

Durante ese año asaltaron cuarteles policiales medianos y pequeños, ingresaron a instituciones donde podían obtener dinero, hicieron actos de presencia en poblaciones y lanzaron publicaciones y declaraciones a la prensa. Todo en los primeros seis meses de 1980. El MIR al final tomaba la ofensiva en su proyecto político radical, la revolución armada.

La dictadura estaba furiosa, Pinochet gritoneaba a sus oficiales porque un grupo de pelucones comunistas lo estaban dejando en ridículo. Pero el golpe más duro estaba por venir. En julio de 1980, el director de la escuela de inteligencia del Ejército, teniente coronel Roger Vergara, recorría Manuel Montt hacia Irarrázaval en un Chevy Nova rojo conducido por su chofer. Repentinamente por detrás apareció una camioneta C-10 demasiado cerca del vehículo. El chofer se dio cuenta y aceleró por el pavimento irregular de calle Manuel Montt. «¡Qué ocurre!», gritó el oficial. «¡Una camioneta nos está siguiendo, señor!», gritó hacia atrás apretando el acelerador y rogando porque la luz verde que veía más adelante no cambiara de color: cruzar con roja y chocar con otro vehículo era una lotería posible. La C-10 aceleró y se acercó por la pista lateral mientras Roger Vergara se afirmó de las manillas del vehículo y recordó que no llevaba ningún arma personal. Miró hacia la camioneta y vio a un grupo de gente vestida de calle moviendo las manos y a uno de ellos apuntándole con el dedo. «¡Ese es, ese de ahí!». La camioneta lo apretó hacia la vereda y aceleró para ubicarse al lado a gran velocidad. Lo

último que vio Roger Vergara fue a dos hombres sacando sus fusiles ametralladora AK-47 y abriendo fuego sobre el auto en un tableteo ensordecedor que perforó cristales, latas, asientos y el cuerpo del teniente coronel. El chofer fue alcanzado, perdió el control del vehículo y se estrelló contra un automóvil estacionado. Cuando levantó la vista, vio a la camioneta alejarse: alrededor todo era humo y cristales. Atrás, el cuerpo moribundo del militar que no resistiría su traslado al hospital.

La CNI comenzó una operación frenética coordinada con Carabineros e Investigaciones para dar con los responsables del asesinato. Empezaron los secuestros de sospechosos, las torturas y los interrogatorios, pero la acción del MIR no se detuvo y unidades de guerrilleros atacaron los cuarteles de Investigaciones de calle Román Díaz y la casa de seguridad de la CNI, en calle Alférez Real, con ráfagas de ametralladora y bombas de alto poder explosivo. Después, interceptaron en Ñuñoa a la torturadora de la DINA, Ingrid Olderock: le dispararon en el cuerpo y le dieron un tiro en la cabeza que no le ocasionó la muerte.

Pero la labor de la CNI rindió sus frutos y los integrantes de la unidad que habían dado muerte a Roger Vergara fueron cayendo uno a uno. En ese fuego cruzado, el MIR ejecutó en plena calle al suboficial de ejército Carlos Tapia, funcionario de la CNI que había logrado infiltrarse en la organización.

Por desgracia, toda la Operación Retorno estaba destinada al fracaso desde su origen. Gran parte de los nombres de la movilización estaba en manos de la CIA. La filtración residía en el corazón mismo de La Habana, en Cuba, desde donde partió la operación. Allí, un infiltrado norteamericano registró todo y se lo entregó a Washington. De ahí a Santiago hubo solo unas cuantas llamadas.

La estrategia del MIR seguía siendo la misma desde los años sesenta, el ejemplo cubano que había fracasado en toda Latinoamérica: la creación de focos guerrilleros en territorios rurales que supuestamente captarían la adhesión de campesinos y lugareños, que espontáneamente se unirían a la resistencia armada, creando oleadas de guerrilleros llenos de entusiasmo que asaltarían las ciudades desde los campos tomando una y otra hasta... Ok, nada de eso sucedió jamás... Ni siquiera el fracaso del Che en Bolivia desanimaba al MIR que creó ese intento de foco en Neltume. Pero casi dos mil

efectivos del Ejército y Carabineros peinaron la zona hasta que el 27 de junio de 1981 un grupo de boinas negras rodeó sigilosamente el campamento donde malvivían los combatientes y descargaron sus armas. Hubo gritos y bajas, pero la mayoría se desbandó. Poco duraron separados, desarmados y sin identificación. Fueron cayendo ejecutados en diferentes pueblos de la zona. El objetivo insurreccional, la toma del poder por las armas, fracasó penosamente.

Quedaba solo la lucha frontal contra la dictadura.

Llegó el año 1983 con un MIR agotado. Decidieron anotarle una derrota grande a Pinochet y en un canto de cisne definitivo invirtieron toda su logística en una operación mayor. El 30 de agosto de 1983, a las 8.15 de la mañana, una camioneta con dos hombres armados escondidos en la parte de carga y otros dos en distintos puntos de la calle, esperaba en una esquina de Las Condes. A lo lejos, se acercó un Datsun Laurel conducido por el chofer cabo José Aguayo y, junto a él, el cabo Carlos Riveros. En el asiento trasero estaba nada menos que el intendente de Santiago, general Carol Urzúa Ibáñez. El vehículo se acercó lentamente a la esquina y se detuvo. Alguien gritó una orden, los hombres en la camioneta se levantaron, los que estaban en la calle abrieron sus abrigo y cuatro ametralladoras vaciaron sus cargadores en un infierno de casquillos metálicos en el suelo y plomo perforando el vehículo. Fueron pocos segundos, pero bastaron para dar muerte en el lugar a los tres militares que quedaron abandonados en el auto. Sesenta y dos impactos de bala.

Esta vez la CNI sabía los nombres de todos los participantes. Y solo una semana después, sesenta agentes se reunieron en torno a un jeep armado con una ametralladora. Cincuenta frente a la casa número 1330 de calle Fuenteovejuna, en Las Condes. Se dio la orden de disparar y la ametralladora de gran calibre perforó cristales, paredes y la puerta que saltó astillada. La caída de las paredes levantó pequeñas nubes blancuecinas. Los vidrios estallaron y se escucharon gritos de los vecinos. Tras un minuto eterno de tableteo ensordecedor, un hombre salió del interior con las manos en alto, pero al cruzar la reja fue acribillado a quemarropa por las ametralladoras de dos agentes que lo esperaban. Sergio Peña cayó agonizando en un charco de su propia sangre. Lucía Vergara hizo unos disparos desde el interior y gritó algo ininteligible. Los efectivos lanzaron una bengala al comedor que provocó un incendio. La mujer gritó que iba a entregarse y salió con las manos en alto, pero fue recibida por las ametralladoras de la CNI y se desplomó azotando la

cabeza en el pavimento, muerta en el acto. El incendio se propagó, pero el tercer ocupante no salió. Arturo Vilavella murió carbonizado en el interior, y quizá prefirió esa muerte a verse enfrentado a un destino en las manos de los agentes de seguridad. El jeep y los agentes se dirigieron a Janequeo 5707, Quinta Normal, donde acribillaron en la calle a Alejandro Salgado, sin mediar provocación. Luego ametrallaron la casa y dieron muerte a Hugo Ratier. La operación de exterminio fue en respuesta al asesinato de Carol Urzúa. Luego vinieron detenciones masivas de miristas que darían fin a su período de lucha más significativo.

El MIR se derrumbó. Si hubieran esperado un par de años, quizá se habrían coordinado con lo que se venía. La historia podría haber sido otra.

### **El despertar de la gente común**

Nuestro país tiene una idea perversa metida en su inconsciente: la estabilidad bien vale vidas humanas. A lo largo de su historia ha justificado masacres y represión, dictaduras y violencia de todo tipo si ello asegura la estabilidad, la taza de leche. No ve la vida humana como el bien superior, sino el orden, por la vía que sea, incluso a través de la muerte. No ve los problemas sociales o la efervescencia social como un síntoma que hay que atender, sino como una enfermedad que hay que aplastar a todo evento para mantener esa estabilidad que amamos tanto. Es por esto que mucha gente ha sido capaz de decir «Pinochet mató mucha gente, pero mejoró la economía». Como si fueran equiparables. Bien, al menos en Chile parece que sí lo son.

No es un mal momento para desmitificar esa cantinela. La economía NUNCA fue una fiesta durante la dictadura de Pinochet. De hecho, si hubiera sido un gobierno democrático, habría sido expulsado por los votantes en más de una ocasión por incompetente. Curiosamente, es un economista de la escuela de Chicago, el destacado docente de la Universidad de Chile Ricardo Ffrench-Davis, que llegó a presidir el comité de las Naciones Unidas de políticas para el desarrollo, quien lo deja claro: «Es un mito decir que la dictadura lo hizo bien en economía», ha dicho en reiteradas ocasiones.

En 1975, las personas sin trabajo alcanzaron casi el 18 por ciento y el país sufrió una inflación mucho mayor que la vivida durante la UP. Alguien podría decir que se estaba viviendo las consecuencias de la crisis de 1973. Perfecto. A fines de los setenta, Chile tuvo un Producto Interno Bruto (PIB) de ¡MENOS

12 por ciento! La desocupación creció aún más y se crearon programas para bajar esos índices que eran francamente indignos: el PEM y el POJH, diseñados exclusivamente para maquillar la inusual cesantía que vivían los sectores medios y bajos del país. ¿Todavía podía culparse a la UP si ya llevaban casi dos períodos gubernamentales de los actuales en el poder?

La instalación a la fuerza de las políticas neoliberales durante los setenta llevó al país a la SEGUNDA PEOR RECESIÓN DEL SIGLO XX, después de la Gran Depresión mundial de 1929. En el año 1982, mientras Caszely perdía el penal en España, el sistema colapsó, se descubrió la gran estafa de fondos mutuos y financiera. Delincuentes de cuello y corbata, protegidos de la dictadura, se robaron casi todos los bancos y los dejaron en la quiebra. Pinochet los salvó entregándoles dinero del Estado, de todos los chilenos, a estas instituciones privadas, ¡más de cuarenta mil millones de dólares! ¡Una vez y media el dinero que producía el país completo en un año! Se retiró dinero incluso de las pensiones de los ancianos para técnicamente regalárselo a los privados. Todos fondos que jamás regresaron a las arcas fiscales.

La deuda externa de Chile se convirtió en una de las más altas del mundo, con un récord en quiebra de empresas. La liberación del precio fijo del dólar, que subió al doble en poco menos de una semana, dejó a los deudores en esa divisa absolutamente quebrados.

El pésimo manejo de la crisis, producto de una recesión internacional, redujo nuestro PIB a -14 por ciento, llegando a un mínimo histórico de -20 por ciento en la industria y la construcción. LOS MÁS BAJOS DE NUESTRA HISTORIA. La cesantía llegó al 25 por ciento en 1983, ¡UN CUARTO DE TODO EL PAÍS!

Miles de empresas quebradas y una debacle financiera como ha habido pocas veces en nuestra historia. Los peores años de la economía chilena, se vivieron durante la dictadura de los Chicago Boys. Y estos son datos duros.

A partir de esos años y en adelante, solo en 1988 la cesantía llegó a alcanzar un dígito, producto de los programas de absorción de empleo como parte de la campaña del SI, del plebiscito de ese año.

Ningún gobierno democrático habría soportado la seguidilla de experimentos y fracasos económicos realizados durante la dictadura, pero estábamos gobernados por la fuerza, sin libertad de prensa ni espacios de reflexión pública donde conversar y distribuir esta información. La gente estaba ciega, sorda y amarrada en un país al fin del mundo; muchos de ellos ignorantes de lo que realmente estaba pasando a todo nivel. Chile no subió el sueldo mínimo durante toda la dictadura y, al contrario, en algún momento

incluso lo bajó. Fuimos un país que produjo docenas de nuevos ricos y millones de nuevos pobres. Esa es la verdad técnica, estadística.

Yo tenía doce años y preferí salir al patio cuando Caszely se paró frente a la pelota ese día de junio de 1982; no soporté quedarme frente al televisor en la casita en que vivíamos en la Villa América del cerro Esperanza. De pronto sentí el grito de mi papá y un hielo me corrió por el cuerpo. Cuando entré, mi abuela, hinchada futbolera de primer nivel, estaba diciéndole de todo a la tele. De hecho la apagó, pero la volvió a encender y se sentó en el sillón a ver el resto del partido, muda.

No sabía que era el último año que tendría a toda mi familia junta. Mi mamá tenía un puesto en la feria persa de Barón y una tienda de artículos de cumpleaños; mi papá manejaba un taxi. Ambos trabajos eran financiados con préstamos bancarios para los que faltaban aún un par de años de cuotas. Hasta que de pronto, sin aviso, vino el derrumbe. Algo pasaba en la casa y yo no entendía mucho. Mi mamá y mi papá sentados en la mesa con muchos papeles desperdigados y tomando notas. Los percibía muy nerviosos.

A los días supe que se había cerrado uno de los puestos de la familia. Las deudas de la época estaban en su mayoría en dólares; en una semana la cuota a pagar había subido al doble. Al mes era cuatro veces su valor mientras las ventas bajaban al suelo. Los bancos comenzaron a cerrar, los proveedores del local de ventas quebraron, el país entró en pánico. La cuota del auto subió de cien a ochocientos en dos meses; en un par de meses las deudas superaban cinco veces los ingresos familiares. Imagínate ganando quinientos mil pesos y que, de pronto, tu deuda suba a 2,5 millones mensuales.

Las deudas se acumularon y perdimos el taxi. Mi papá, desesperado, pidió un lugar en su antiguo trabajo por menos sueldo. Los arriendos subieron. Cerramos el puesto en la feria. Un día me vi metiendo toda mi ropa en bolsos, mis juguetes en cajas y subiéndolos al auto para irnos de allegados a la casita de mi abuela. Mi mamá siempre fue rellenita, pero la vi bajar de peso hasta llegar a los cuarenta y siete kilos. Alguna vez la escuché llorando en la pieza pequeña donde dormían con mi papá. Mi hermana dormía con mi abuela y acompañaba a mi vieja a buscar trabajo en lo que saliera. Un día mi mamá fue a una entrevista en un supermercado de Valparaíso con ella, y no la aceptaron porque andaban buscando gente más joven. Cuando salieron del

lugar, mi hermana apretó los dientes y volvió a entrar, ella solamente. Al rato salió con lágrimas en los ojos porque había quedado aceptada para trabajar de cajera. Se abrazaron llorando.

Se había acabado el sueño del estudio.

La falta de trabajo se volvió insostenible. Un pariente tenía un contacto en Italia y le propuso a mi papá que se fuera a trabajar allá. A fines de 1982, estábamos en el antiguo aeropuerto de Pudahuel despidiendo a mi papá que se subía a un avión para trabajar de ilegal en una hacienda en el norte de Italia. Durante un par de años vivió en una estala, durmiendo en camarotes con otros ilegales, recogiendo la basura y el estiércol de las vacas, sin derecho a nada. Nunca volvió. En la televisión, los comerciales de la dictadura nos decían «hoy vamos bien, mañana mejor...», y acusaban a la propaganda marxista de mentir sobre la economía del país, porque en realidad estábamos mejor que nunca.

Pero el descontento social crecía. Las ollas comunes en las poblaciones se volvían instancias para intercambiar dolores que rápidamente pasaban al enojo. Había gente padeciendo hambre, abandono como nunca antes. La gran celebración por los diez años del golpe militar sorprendió a Chile al borde de un ataque de nervios. Las personas comenzaron a organizarse civilmente con mayor fuerza, porque ya no era solo una cuestión política, sino de supervivencia. El gobierno comenzó a oler que se le venía una explosión social. Una ola que debía frenar y la primera medida no fue ayudar a la población que vivía en la miseria, menos dialogar con los representantes de la gente, sino reprimir y detectar los posibles focos de conflicto para lo que se venía.

Un día de febrero de 1982, un vehículo blanco frenó bruscamente al lado de un taxi y conminó al chofer a detenerse. Tres agentes se subieron al vehículo, lo empujaron al asiento del copiloto y salieron en dirección a Lampa, las afueras de Santiago hacia el norte. El taxista sudaba, le temblaban las manos, sabía que lo habían estado siguiendo y temía que lo expulsaran del país; su familia quedaría sola. Seguramente su acción sindical había molestado a la dictadura. Quizá pensó en su hijo, de su mismo nombre. Tal vez pensó en razonar con ellos. No era un hombre peligroso, no era un guerrillero, era un trabajador con problemas de plata que quería organizar a la gente. Los ocupantes le pidieron que se estacionara, el de atrás le puso una pistola en la nuca y disparó cinco veces; el parabrisas estalló y la sangre regó los cristales y el capó del vehículo. El sujeto le tomó el pulso a Tucapel



Jiménez y descubrió que increíblemente aún vivía. Entonces sacó un cuchillo, le alzó la cabeza, le clavó la hoja en un costado del cuello, le hizo palanca hacia el otro lado y lo soltó mientras la sangre manaba como una llave abierta desde su garganta cercenada.

Tucapel Jiménez, dirigente de los empleados fiscales (ANEF), llevaba tiempo uniendo a los trabajadores para organizar un paro de protesta contra el gobierno. La maldad de la CNI no tenía fondo. Llegaron a una casa de la población Miramar en Valparaíso y entraron violentamente. En el interior encontraron al carpintero de cuarenta y un años, Juan Alegría, completamente ajeno a todo; lo golpearon y lo obligaron a escribir una carta donde se inculpaba del asesinato de Tucapel Jiménez. Luego le cortaron las muñecas con un cuchillo y lo dejaron desangrarse hasta morir antes de abandonar el lugar.

A fines de ese mismo mes, otro personaje con el carisma suficiente para organizar la oposición a la dictadura, moría intoxicado con talio y gas mostaza durante una intervención quirúrgica rutinaria. Era el ex presidente Eduardo Frei Montalva.

Estos asesinatos buscaban detener el proceso inevitable que se venía. La dictadura ya no pelearía contra unidades miristas, células de partido o líderes ideológicos específicos en muy poca cantidad; ahora tendría que enfrentarse a la población, a los chilenos postergados durante años de represión y abusos que comenzarían a salir a las calles, organizándose vecinalmente, a nivel comunal, poblacional, para así resistir a un gobierno que los mantenía en la miseria y el miedo. Era un país donde no elegías a nadie: los alcaldes, los intendentes, los rectores de las universidades, los directores de los liceos, prácticamente todas las autoridades del país eran designadas por los militares.

La resistencia masiva contra la dictadura no fue levantada por esos líderes políticos que luego encabezaron el proceso de transición y asumieron los gobiernos de la Concertación, sino por los civiles que organizaron movimientos y agrupaciones locales, miles de nombres anónimos que pusieron en jaque a Pinochet.

La primera protesta nacional masiva fue el 11 de mayo de 1983. El presidente de la Confederación de Trabajadores del Cobre, Rodolfo Seguel, hizo una convocatoria tras una huelga de los mineros de El Teniente de Rancagua. La

participación ciudadana fue sorprendente y Carabineros reaccionó con violencia. Hubo seiscientos detenidos en las calles, pero lo peor vino después. Como la paranoia del régimen veía en estas manifestaciones solo la antesala de una inminente «alzada marxista», tomó medidas represoras casi de tiempos de guerra.

Cientos de efectivos militares y policiales allanaron las poblaciones periféricas de Santiago durante la madrugada. Botaban las puertas a patadas, rompían muebles y destrozaban los pocos bienes para luego arrastrar a todos los hombres —desde niños de catorce años hasta ancianos— a las canchas de fútbol, donde eran rodeados por ametralladoras y fusiles durante horas en el frío del invierno. Por sus cabezas pasaban helicópteros a baja altura disparando ráfagas de ametralladora mientras tanquetas artilladas recorrían las calles amedrentando a los vecinos.

El primer semestre de 1983 fue explosivo. Hubo cuatro protestas nacionales masivas, con gran convocatoria y mucha represión. No pocas veces pusimos un colchón en la pared que daba a la calle por temor a los balazos de carabineros. Había miedo. Aunque fueras un don nadie, eran tiempos donde uno sentía que podía ser el blanco de una detención en cualquier momento. Se evitaba hablar incluso en los paraderos de micro por temor a los soplones. Pero a pesar de eso, se intuía un nuevo espíritu general. Mientras el régimen acentuaba sus críticas a los opositores tildándolos de marxistas-leninistas, humanoides, auquéridos, extremistas, agregando amenazas veladas y explícitas, en las casas comenzaba a desaparecer poco a poco el miedo.

Además, una nueva generación se hacía joven, una que no había vivido el golpe y no tenía el temor pegado en los huesos. Se estaban atreviendo de nuevo. Ibas caminando por la calle y, de pronto, alguien lanzaba panfletos al aire y diez personas comenzaban a gritar consignas contra Pinochet. Algunos transeúntes se les unían hasta que alguien avisaba la presencia de carabineros y todos corrían. Los rayados en las paredes se multiplicaban. A través de mi amigo de la escuela, Roberto Andrade, conocí textos, música e historias que mi familia había filtrado para mí. Sus amigos y parientes estaban mucho mejor informados y pude acceder a versiones diferentes de las cosas a como las escuchaba en los noticiarios. Otros amigos parecían tener fragmentos de la verdad que nos escondían. Descubrí que un tío había pertenecido a las juventudes comunistas, otro había pertenecido al partido socialista y su traslado a Arica en junio de 1973 lo había salvado de una muerte segura en

Valparaíso. Ese 1983 cumplí catorce años. A mi cumpleaños pude invitar a dos amigos y la once fue té puro y pan tostado con mantequilla; no hubo torta pero sí un queque con una vela.

Algo pasó conmigo ese año. Conocí al papá de un amigo que había sido detenido y torturado en un barco el '73. Me contó que lo dejaron caer maniatado hacia la bodega y que estuvo con el hombro dislocado tres días. Yo le tenía miedo a los militares, me daba terror encontrarme con carabineros en la noche. A varios amigos los habían detenido por sospecha, sin razones, y a un par simplemente le habían sacado la cresta porque sí, por deporte en una cancha en Miraflores. Un día llegué temprano a la casa de Roberto Andrade en calle Templeman, pleno Cerro Alegre porteño, y había un tumulto en la vereda de enfrente. Me acerqué y vi una gran mancha de sangre coagulada y, entremedio, unos pedazos de gelatina. «Es masa encefálica», dijo alguien. «Lo mataron anoche, lo pillaron haciendo un rayado»; dijo alguien más. Por supuesto la noticia no salió por la tele ni por los diarios locales. Nunca supe el nombre de esa persona a la que le volaron la cabeza por escribir su rabia en una pared. Pero algo cambió y lo siguiente que recuerdo es estar muerto de miedo en medio de una protesta, haciendo número, aprendiendo consignas a medida de que las escuchaba y recogiendo unos panfletos como recuerdo. Me salí apenas escuché las primeras bombas lacrimógenas. Caminé hacia calle Chacabuco y tomé una micro 14 que me dejaba en realidad a varias cuadras de mi casa, pero quería salir de ahí. Iba sentado en el último asiento temblando, convencido de que en cualquier momento subirían carabineros a detenerme, o que habían tomado mi fotografía, o que me expulsarían de la escuela.

Pero la gente había perdido el miedo. Los estudiantes secundarios y universitarios articularon movimientos poderosos y activos, se tomaron escuelas y universidades. En las noticias se vieron imágenes de los familiares de detenidos desaparecidos encadenándose a las rejas de tribunales; funas frente a las casas de tortura de la CNI. Algunos curas hicieron ayuno en protesta por la violencia, y las marchas, los paros y los mítines se volvieron habituales. Los cadenazos dejaban a oscuras a sectores amplios de varias ciudades del país y uno se alegraba. La oscuridad era una forma de manifestarse también.

Recuerdo el primer cacerolazo. Mi abuela se encerró en su pieza, muerta de miedo, mientras con mi mamá y mi hermana salíamos a pegarles a los sartenes. Cada cierto tanto hacíamos silencio para escuchar el ruido que venía

desde todo el cerro y sabíamos que no estábamos solos. Al no haber forma de comunicarse masivamente como lo permiten hoy las redes sociales, nunca sabíamos hasta esos momentos qué tan extendido estaba el descontento. Era maravilloso saber que no estabas solo; porque entendías que era mentira cuando al otro día el titular decía «un fracaso la convocatoria opositora de anoche», porque habías estado ahí, porque habías escuchado a tu cerro cantar.

Algo destacable fue la labor protagónica de la mujer, quizás como nunca antes en nuestra historia. Algunas lideraron a los familiares de detenidos como Sola Sierra; dirigieron investigaciones periodísticas como Mónica González o Patricia Verdugo (entre muchas otras); organizaron un frente feminista contra el fascismo como Olga Poblete en el MEMCH (Movimiento Pro emancipación de la Mujer Chilena); defendieron a prisioneros en la Vicaría de la Solidaridad como Carmen Hertz; e incluso participaron en la resistencia armada como Cecilia Magni en el FPMR. Era común ver en la televisión mujeres encadenadas a las rejas de la catedral, armando ollas comunes en las poblaciones, manifestando frente a cuarteles de la CNI, lanzando panfletos en los tribunales. Existía, también, la labor en el PIDEE que acogía a niños traumatizados por la detención o tortura de sus padres; niños de doce años que se orinaban o defecaban en sus camas, hijos de retornados con problemas de aprendizaje. En este organismo trabajó, entre varias profesionales, la doctora Michelle Bachelet.

El segundo semestre de 1983 fue aún más duro. Pinochet, decidido a frenar la subversión de las personas comunes, sacó 18 mil militares a la calle para reprimir las manifestaciones del 11 de agosto. El resultado fue medio centenar de personas muertas, cientos de heridos, algunos graves y miles de personas detenidas, golpeadas y otras torturadas por manifestar su rechazo a la dictadura.

Los allanamientos a las poblaciones fueron brutales. Pero la actividad opositora no se detuvo. Durante octubre, a la actividad civil se sumaron más de ochocientos bombazos a diferentes objetivos: postes, torres de alta tensión y puentes (nunca con riesgo a personas). El nivel de la tensión social y la actividad subversiva hizo pensar a la CNI, por primera vez, que el régimen corría peligro.

Pero en la oposición también surgieron preocupaciones. Un sector quería reaccionar desde la institucionalidad y las acciones pacíficas, mientras otro estaba por el uso de la violencia y las armas. La dictadura desacreditaba los intentos pacíficos asociándolos a los violentistas, mientras que los radicales

afirmaban que esos intentos pacíficos solo distraían a la gente en un diálogo inútil que solo favorecía a Pinochet.

La misma historia de antes.

Mientras tanto, las detenciones ilegales continuaban.

El 11 de noviembre, un padre en Concepción tomó una determinación terrible. Frente a la impotencia de ver detenidos a sus dos hijos por agentes de la CNI, la nula colaboración de las policías, la negación de justicia de parte de los tribunales, el terror de no saber si sus hijos estaban vivos o muertos en manos de un organismo que se sabía brutal, no aguantó más y se roció con gasolina en plena plaza de Concepción. Exigió saber de sus hijos, gritó de desesperación y se encendió fuego. Sebastián Acevedo, obrero de la construcción de cincuenta y dos años, agonizaba en el hospital cuando recibió la visita de su hija, liberada por la CNI; antes de morir le rogó que cuidara de su hermano y su madre.

El caso despertó el horror entre los pocos chilenos que llegaron a enterarse de los detalles a través de las escasas publicaciones que lo reportaron. En las noticias de televisión abierta no se hizo mención a las razones del autoatentado. Una enorme parte del país que se informaba solo por ese medio no tenía idea de lo que ocurría bajo sus narices.

En diciembre de 1983 entró otro actor a la escena nacional. Un apagón que afectó a toda la zona central fue la carta de presentación del Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

1984 transcurrió en un tono similar. Volvieron a sacar militares a las calles y decenas de personas comunes, que habían salido a expresar su rechazo a la dictadura, terminaron muertas en incidentes con uniformados. Las golpizas con lumas de madera eran bestiales. Me tocó ver una donde tres carabineros dejaron inconsciente a un estudiante, con el antebrazo fracturado y un TEC abierto. Las detenciones masivas y las relegaciones de dirigentes y personas comunes aumentaron. Cientos de chilenos fueron separados de sus familias y enviados a puntos alejados de nuestra geografía, como Putre en el altiplano por el norte, o Aysén por el sur, con prohibición absoluta de salir del pueblo por períodos de tiempo que fueron desde meses hasta años.

El hecho terrible de 1984 se lo anotó la dictadura el 4 de septiembre, cuando carabineros entró a sangre y fuego a la población La Victoria, convertida en un infierno de gases, estallidos y balas. La policía luchó ese día contra cócteles molotov, miguelitos y trampas cavadas en el suelo, mientras helicópteros volaban a baja altura disparando desde sus ventanillas y

tanquetas ingresaban por las calles baleando las casas y arrojando bombas lacrimógenas. El tiroteo inmisericorde se extendió por las viviendas. La gente se arrojó al suelo, bajo las camas. Entre los tableteos se sentían los llantos de los niños y los gritos de los pobladores.

Llegada la noche, los tiroteos continuaron. Un sacerdote, extenuado, subió a su habitación luego de haber atendido a una cincuentena de heridos producto de los golpes y disparos de los militares. Se sentó en su escritorio, abrió la Biblia y leyó el salmo 129; una bala de carabineros atravesó la delgada pared de la casa de madera y cruzó el cráneo de Andre Jarlan, que se desplomó muerto de manera instantánea sobre la mesa.

El ministro del Interior de Pinochet, Sergio Onofre Jarpa, comprendió que la situación no podía seguir agudizándose y planteó acercarse a los sectores más dialogantes de la oposición. Esto los haría parecer más amables con las necesidades de las personas y dividiría a la oposición. Con toda seguridad, los sectores más radicales considerarían una traición conversar con la dictadura y se aislarían solos.

Mientras tanto, Pinochet enfrentó por primera vez una manifestación en su propia cara en Punta Arenas. El famoso «Puntarenazo» tiene muchas versiones, incluida una, probablemente falsa, donde le habrían arrojado un conejo muerto que le habría manchado de sangre el uniforme. Pero la verdad es que la manifestación en plena plaza de Punta Arenas durante un acto militar, desató una cruda represión en la zona. El 6 de octubre, una bomba estalló en la parroquia de Fátima atribuida inicialmente a grupos de izquierda. Sin embargo, con los días se supo la verdad: la parroquia era considerada punto de encuentro de opositores y el Ejército quiso vengarse por la ofensa a Pinochet. Le encargó el atentado al teniente Patricio Contreras, quien manipuló mal el artefacto muriendo de manera espantosa. Los vecinos encontraron sus restos desperdigados por toda la cuadra: la columna vertebral del oficial en el techo de un vecino, un ojo con su nervio óptico colgando de un cable del tendido eléctrico, etc.

Pinochet decidió declarar estado de sitio y enfrentar las manifestaciones con mayor violencia. Sergio Onofre Jarpa renunció, tirando por la borda todas las conversaciones de acercamiento realizadas hasta el momento. Asumió Francisco Javier Cuadra y se impuso el cierre de casi todas las revistas de

oposición: *Apsi, Análisis, La Bicicleta, Fortín Mapocho*, entre otras.

Ese año me enamoré por primera vez y en el cortejo era un completo inútil: me sentía en panel de un avión y ni siquiera sabía dónde encontrar el encendido. Transpiraba cuando estábamos cerca y solo atinaba a hablarle de libros, rock pesado y el apocalipsis nuclear. Cuando le hablaba de la dictadura, en tanto, se ponía nerviosa como la mayoría de la gente. A mi abuela, por ejemplo, le dio un ataque al colon cuando puse demasiado fuerte «El pueblo unido jamás será vencido» en la radiocasete de la casa. Todos estaban incómodos.

A fines de 1984, el gobierno también se encontraba incómodo, acuartelado y en pie de guerra contra la sociedad civil opositora. Además, algo insospechado ocurrió. Un hombre común y corriente entró a las oficinas de la revista *Cauce*: se veía nervioso, mal peinado, mal afeitado. «Quiero hablar con la periodista Mónica González», dijo. La secretaria se puso muy nerviosa, e intentó decirle que no podía atenderlo, pero una mujer apareció bajando la escala. «Yo soy Mónica González, ¿qué quiere?». «Solo necesito hablar», le respondió, «quiero hablarle sobre cosas que yo hice: desaparecimiento de personas».

Se trataba de Andrés Valenzuela, alias Papudo, agente de seguridad que quiso confesar las atrocidades cometidas contra personas. «Porque ya no puedo más con el olor a muerto. Me despierto con el olor a muerto, me acuesto con el olor a muerto y ya no puedo más».

Hasta ese momento, a la oposición le había resultado muy difícil conocer todo el escalafón de los organismos de seguridad; los diferentes grupos, las dinámicas internas, las modalidades de investigación, las técnicas operativas, los lugares de detención y tortura, pero el testimonio del Papudo fue el Santo Grial esperado. Pertenecía de hecho a un equipo, el «Comando Conjunto», que ni siquiera estaba en sus registros. Les entregó información valiosísima, y lo sacaron del país en un operativo de película que incluyó agentes encubiertos, casas de seguridad, sacerdotes traficando documentación falsa, seguimientos y compartimentación de la información.

La publicación de la entrevista fue una bomba nuclear en la cabeza de la dictadura. Hasta el momento habían podido acusar a la oposición de propagar rumores sin fundamento sobre muertes y torturas, pero a partir de la declaración de Andrés Valenzuela, todo se confirmaba. Los gritos de Pinochet se escucharon por todo Santiago. Hacia 1985, la dictadura no había retrocedido un centímetro en su política de represión violenta por las armas

contra la oposición civil. Incluso se volvió más salvaje con la población.

El 29 de marzo en la mañana, los apoderados del colegio Latinoamericano, ubicado en la calle Los Leones con El Vergel, llevaban a sus hijos a clases. No prestaron atención a los carabineros que cortaban el tránsito unas calles más allá. Un helicóptero pasó quizá demasiado bajo, pero nada les hizo pensar lo que ocurriría. De pronto un Station Wagon Opala frenó bruscamente frente al acceso y se bajó un grupo de agentes de civil que encañonaron a José Manuel Parada y a Manuel Guerrero, entre los gritos de la gente y los niños. El profesor Leopoldo Muñoz intentó ayudarlos, pero le dispararon a quemarropa y huyeron a toda velocidad. Desde el interior salieron corriendo y gritando profesores, apoderados y alumnos, entre ellos Javiera Parada y Manuel Guerrero hijo, alumnos del colegio, solo para constatar que se había consumado el secuestro de sus padres.

Fue un día y una noche de terror, de recorrer comisarías, regimientos y hospitales donde todos negaban tener conocimiento de nada. Javiera lloraba pidiendo ver a su padre. La CNI negó tener conocimiento alguno de los hechos. Nadie durmió. Al día siguiente ocurrió lo peor, lo que nadie quería escuchar: por la radio informaron que se habían encontrado tres cuerpos en Quilicura, la descripción de una de las prendas de ropa les hizo pensar... lo impensable.

Todos, familia, hijos, amigos, concurrieron al Servicio Médico Legal en masa, con el corazón en la mano. Radio Cooperativa estaba en el lugar cuando después de interminables horas de espera, a las 20.00 salió un funcionario muy nervioso que, titubeando, leyó los nombres de las víctimas: «Los cuerpos encontrados corresponden a Manuel Guerrero, José Manuel Parada y un NN». Los gritos, el llanto y el dolor de los familiares fueron transmitidos en directo por la radio a todo el país. Estela Ortiz, esposa de José Manuel Parada, improvisó un discurso desgarrado que en un momento se transformó en arenga: «¡Hasta cuándo siguen matando a nuestro pueblo! ¡Hasta cuándo permitimos tanta, tanta matanza, tanto crimen, tanta tortura en este país! ¡Hasta cuándo!».

La investigación posterior determinó que la misma noche del secuestro, Manuel Guerrero, José Manuel Parada y Santiago Nattino, un NN que había sido secuestrado poco antes, fueron llevados a un camino cerca del fundo El Retiro en Quilicura. Primero bajaron a Manuel Guerrero esposado y vendado, lo hicieron ponerse de rodillas y el sargento de Carabineros, José Fuentes, le tomó la cabeza, le clavó un corvo en el costado, hizo palanca y le cortó la



arteria carótida, la tráquea y el esófago. Manuel Guerrero cayó hacia adelante con la garganta destrozada removiéndose, pateando y ahogándose en su propia sangre hasta que los estertores fueron disminuyendo en intensidad y llegó el silencio.

El auto avanzó unos treinta metros y bajaron a Nattino; esta vez fue el cabo Alejandro Sáez quien le cortó el cuello con el mismo resultado. Treinta metros más allá bajaron a José Manuel Parada. Lo acostaron de espaldas y el cabo Claudio Salazar le hundió el corvo en el estómago, pero los gritos de dolor de Parada paralizaron al uniformado. Otro agente se bajó, le afirmó la cabeza, le hundió el corvo en el costado y le rajó la garganta de lado a lado, destrozando la tráquea y el esófago. La sangre salió a borbotones. Parada abrió la boca tratando de gritar, pero solo consiguió hacer la mueca hasta comenzar a sentirse nublado. Entretanto escuchó un auto acelerar e irse. Los oídos se cerraban, la mente se le iba quizá pensando en sus hijos, en su esposa; mientras las estrellas se le apagaban allá arriba, solo en la noche, tan solo en una zanja, con tanto frío.

Con el tiempo supimos que José Manuel Parada era encargado del análisis de los organismos represivos de la dictadura para la Vicaría de la Solidaridad: lideraba un equipo que buscaba entender la estructura, los responsables y las dinámicas de acción de la DINA, la CNI y el Comando Conjunto. Manuel Guerrero era un informante externo y único sobreviviente conocido del Comando Conjunto con quien cruzaban la información obtenida. Ambos trabajaban con la información que Andrés Valenzuela, alias el Papudo, había entregado meses atrás a Mónica González. Al final, todo estaba conectado.

## **El alma nacional**

No solo murió gente durante la dictadura. Se intentó matar al país de diversas maneras. Su alma, su espíritu, también debían ser «reformados». La cultura fue una de las primeras víctimas. Desde el día uno, la gente debió quemar libros y revistas que pudieran ser considerados sospechosos; a veces al interior de sus propias casas por temor a ser denunciados. Discos destruidos, material de todo tipo enterrado en jardines, entre las paredes de las casas por temor. La literatura, el arte en general, fue considerado subversivo. Una actividad que requiere apertura de mente, libertad para expresarse y manifestación pública de sus contenidos no tenía cabida en un orden militar

estricto y paranoico. Hubo quemas de libros organizadas por patrullas militares, cierres de galerías y teatros. El 13 de septiembre de 1973, tres tanquetas rodearon el Museo de Bellas Artes y lo ametrallaron con balas de gran calibre destruyendo revestimientos, cristales y dañando algunas obras invaluable en exhibición. Quizá como advertencia y mordaza al mundo de la expresión artística.

Las bibliotecas universitarias fueron purgadas. En oficios y memos se entregaron listas de volúmenes que debían ser incinerados. Otros fueron censurados, sus hojas arrancadas o párrafos cubiertos de tinta. Hubo memos incluso de la DINA denunciando libros de poesía que contenían demasiadas veces la palabra «pueblo» y recomendaban su reemplazo por «patria».

La carpa de la compañía de teatro del actor Jaime Vadell fue quemada y muchas obras de teatro prohibidas. Había voluntad de refundar el país a través de destruir una parte de él.

En el acta de constitución de la junta militar se estableció que uno de sus objetivos era «el compromiso patriótico de restaurar la chilenidad» (por supuesto lo que ellos entendían por esa palabra). Al final, una serie de lugares comunes sobre el latifundio: los huasos, la cueca, el rodeo. Relegando a segundo plano cualquier otra manifestación de la diversidad cultural chilena. Homogeneizándola a través de una postal impuesta de la casa patronal, la tonada, los álamos y la cordillera al fondo, aunque se tratara de Putre, Puerto Montt o Punta Arenas.

En los ochenta, los textos escolares de estudio decían que Chile tenía una sola cultura, una raza (la mestiza) y un solo idioma (el castellano), borrando por decreto la diversidad étnica y cultural. Se golpeaba en las manos a los niños sorprendidos hablando rapa nui o mapudungún en las salas de clases. La mordaza incluyó el ataque directo a la integridad de artistas de todo tipo. En 1987, un grupo de ultraderecha amenazó de muerte a setenta y siete actores chilenos: Delfina Guzmán, Nissim Sharim, entre otros. Y el apoyo insólito vino desde Metrópolis, cuando el actor Christopher Reeve, protagonista de *Superman*, vino tres días a Chile a participar en actividades de apoyo a los actores junto a mensajes de Robert de Niro, Jane Fonda, Meryl Streep y muchos otros artistas del mundo preocupados por lo que ocurría en Chile.

El cine no solo estuvo sujeto a la censura por razones políticas, sino también valóricas y estratégicas. El peso del conservadurismo dejó a los chilenos sin ver decenas de filmes aclamados en el extranjero, incluido *El día*

*del chacal*, maravillosa película francesa prohibida porque mostraba planes para asesinar a un presidente.

El afán de control llegó a extremos ridículos cuando se censuró la serie belga *Érase una vez el hombre*, eliminando los capítulos sobre revoluciones y contratando animadores para construir una primera parte inexistente en la serie original donde se mostraba la creación del universo como una acción de Dios. El control sobre toda la sociedad tenía este afán de redibujar la historia, la cultura y el arte a su antojo para orientarla solo hacia lo que era permitido por ellos. Se consideraba subversivo todo lo que se les pudiera oponer; incluido a una banda de música de tres cabros de San Miguel que no tenían espacio en la prensa ni en la televisión y a quienes se les cancelaban constantemente recitales ya contratados. Los Prisioneros, se llamaban.

Tampoco venía nadie a este páramo. Prácticamente ningún artista de renombre consideraba al Chile de Pinochet en sus giras o exposiciones. Nadie quería verse ligado al dictador y nuestro país vivió en el abandono cultural más profundo. La predominancia de artistas españoles franquistas como Camilo Sesto o Julio Iglesias no era casualidad. En 1985, producto de las protestas y descontento social, el Ministerio del Interior consideró la venida de un artista de talla internacional para el Festival de Viña, casi única instancia donde se podía ver un espectáculo de cierta calidad. Aunque usted no lo crea, ese año fue contactado Michael Jackson para el show internacional.

Pero las cosas no cambiaban en la calle y el año 1985 también fue testigo de los hermanos Vergara Toledo acribillados en Villa Francia, de jornadas de protestas con muertos, cientos de heridos, algunos de gravedad y miles de detenidos que eran subidos a buses donde eran golpeados brutalmente antes de ser llevados a diferentes recintos de detención. 1985 también fue testigo de la explosión de un auto cargado de amoníaco frente a las oficinas del diario *La Nación* a metros de La Moneda.

Mientras, la televisión se esforzaba en desviar la atención con programación de variedades y de humor. «Ríe cuando todos estén tristes, ríe solamente por reír», se cantaba en el «Japening con Já». Pero en el paro nacional que se extendió durante el 2 y 3 de julio de 1985 fueron detenidos en la calle Carmen Gloria Quintana y Rodrigo Rojas Denegri, dos adolescentes de dieciocho y diecinueve años que se preparaban para manifestarse contra el gobierno.

Fue uno de los hechos más atroces de una dictadura que insistía en

maquillarse con luces y shows. Los jóvenes fueron llevados a una calle adyacente, golpeados e insultados. Luego, en un acto absolutamente demencial y fuera de toda proporción, rociados con gasolina. Me imagino a Carmen Gloria y Rodrigo sintiendo ese líquido de aroma penetrante mojándoles la cara y las ropas, los imagino aterrados. Se burlaron de ellos, los amenazaron. Solo imaginen dos segundos en sus zapatos, rodeados por militares en una calle, solos, empapados en combustible, cuando uno de los soldados sacó una caja de fósforos. Incrédulos, queriendo pensar que era solo una bravata. Solo imaginen por unos segundos el sonido del fósforo encendiéndose, esperando que no ocurra lo impensable, esperando cada segundo que se produzca el milagro, la cámara escondida que te diga que es una broma, las risas que indiquen que solo te están amedrentando, porque nadie puede ser tan inmoral como para encender a otro ser humano. Pero ese momento no llegó. Carmen Gloria y Rodrigo sintieron algo parecido a una explosión sorda en sus oídos, pero lo que estallaba en llamas era su propio cuerpo. La ropa se encendió de inmediato, la carne dolió de modo atroz; cada centímetro se chamuscaba, salía olor a grasa, alaridos, su carne quemándose, la cabeza convertida en una antorcha, no se veía nada, el suelo chocaba contra el cuerpo, la agonía. ¿Pueden imaginarlo?

Los militares no los dejaron tirados ahí en la calle, tampoco los llevaron a un hospital; los levantaron como a sacos humeantes, bultos que se quejaban y respiraban con dificultad, vivos. ¿Puedes imaginarte que desconocidos te tomen de pies y manos para arrojarte dentro de una camioneta, sin destino conocido? Así, agonizando, los llevaron a las afueras de la ciudad; sentían las curvas, el cuerpo inclinándose hacia uno u otro extremo, los baches, los hoyos en el camino doliendo en cada hueso. Aún vivos los bajaron del vehículo. A dos adolescentes ennegrecidos. Los arrojaron a una zanja y se fueron, como quien bota bolsas de basura en el campo. A veces trato de imaginar qué habría sentido yo, con toda mi piel quemándose, en medio del dolor más espantoso que pueda recordar, incapaz de moverme, en medio de la noche en una zanja húmeda, pleno invierno, mirando las estrellas, solo. Con dieciocho años. Pensaría en mi familia, seguramente, era niño hacía tan poco: pensaría en mi madre que no sabría dónde estoy, que no sabría dónde y en qué condiciones dejaron a su hijo, golpeado, quemado como un libro que se busca prohibir, abandonado en una zanja como basura que se chamusca y desaparece. ¿Puedes imaginarlo, durante un segundo al menos? Los encontraron, por suerte. Rodrigo murió cuatro días después, Carmen Gloria

sobrevivió. Hubo una fila para donarle piel en momentos donde la urgencia y la emergencia nos hacían más solidarios.

1985 fue un año atroz. Cumplí dieciséis años. Nos juntamos con unos amigos a ensayar con guitarras acústicas, pero ni Silvio ni las zamponas eran lo nuestro. A mí me miraban con desconfianza los compañeros porque si bien andaba con fotocopias de las tesis de Feuerbach bajo el brazo, también guardaba un casete de Slayer y un parche de The Clash en la chaqueta de jeans. Usaba bototos militares y prefería a Rimbaud en vez de a Benedetti. No soportaba a Schwenke y Nilo; Dead Kennedys y el punk rock eran mil veces más testosterona y rebeldía que el chaleco chilote o los unicornios azules. Mis amigos concordaban y uno de ellos, el Topo, consiguió una guitarra eléctrica, un bajo y amplificadores. De algún lado salió una batería en muy mal estado y comenzamos a ensayar. Nadie sabía tocar muy bien, pero las hormonas y la rabia nos salían por los poros. Éramos pobres, habíamos tenido una educación fiscal de mierda, nos habían sacado la cresta los pacos, el futuro era un lujo en el que ni pensábamos. Solo semanas atrás habíamos tenido que llevar en andas al Chino a su casa porque unos carabineros le habían dado un balinazo en la pantorrilla. El bajo sonaba pésimo. Recordaba la rabia que me daba marchar por las calles de Valparaíso pidiendo libertad y el fin de la violencia contra las personas y ver esos uniformes verdes golpear y golpear y golpear y arrasar con todo, mujeres, hombres, ancianos. Pucha que le costaba a Gerardo sacarle buenos sonidos a esa porquería de guitarra.

Ser un tirapiedras en dictadura, sin ningún protagonismo, apenas acarrear panfletos y llevar un par de recados, me llenaba de frustración. Ensayábamos en el baño del patio en la casa de Roberto Andrade. Tuve acceso a unas fotocopias con la descripción que el Papudo hacía de las torturas a personas y no podía creer que un ser humano fuera capaz de hacerle eso a otro ser humano. Me crucé de noche con una pareja de carabineros en un pasaje de Valparaíso y juro que casi se me salió la orina de puro miedo; luego sentí rabia por el hermano desaparecido del Camilo, que era un pan de Dios. El Partido Comunista declaraba que frente al grado de desestabilización social que se vivía, 1986 sería el año decisivo para la insurrección contra la dictadura. El FPMR había realizado ya casi mil doscientos atentados y contaba con cuatro mil integrantes, de los cuales, se especula, había entre doscientos y quinientos soldados entrenados. Tuvimos nuestra primera tocata con otro montón de grupos punk muy malos en un local de porquería en Viña del Mar.

Nuestra primera canción se llamó «Milicos de mierda».

## **Operación Siglo xx**

El 7 de septiembre de 1986 estaba acostado en el suelo del living en la casa de mi abuela. En la tele daban *El Imperio Contraataca*, la segunda parte de la trilogía original de *Star Wars*. Yoda ya se había mandado esas frases que nos golpearon en la cabeza como sacos de arena: «Hazlo o no, *tratar* no sirve».

Ya iba en cuarto medio, salía con chaqueta de cuero, bototos y jeans rajados a la calle. Me había hecho un piercing en la oreja, leía a Marcuse y a Pizarnik, pero en el fondo seguía siendo un ñoñito con lentes al que le brillaban los ojos con el *Millenium Falcon*. Y ahí estaba yo, viendo por enésima vez el momento en que Vader le dice a Luke que él es su padre cuando la peli se cortó y apareció un cartel indicando un EXTRA del departamento de prensa de Televisión Nacional. Malas noticias siempre.

Mi mamá llegó desde la cocina secándose las manos y quedamos perplejos: decían que... ¿el Frente Patriótico Manuel Rodríguez había cometido un atentado directamente contra Pinochet? ¡Pero si era inalcanzable! Era como tratar de matar a Darth Vader. Había un imperio gobernando Chile, había rebeldes tratando de destruir la Estrella de la muerte... ¿pero matar a Vader?

Fue rara la sensación. La televisión se aseguró de entregar la noticia una vez que estuvieron seguros de que Pinochet había salido casi sin un rasguño. De hecho, lo vimos un poco más tarde hablado con un periodista; la mano vendada, dando detalles del atentado junto a su automóvil marcado por el tiroteo. Recuerdo perfecto cuando Pinochet indicó un vidrio trasero y mostró cómo los impactos de bala habían dibujado, según él, una imagen de la virgen del Carmen, patrona del Ejército.

Todos estábamos con la boca abierta.

No sabíamos muy bien qué pensar. La oposición ya estaba claramente dividida entre quienes se la jugaban por una salida pacífica institucional — derrotar a Pinochet en el plebiscito de 1988, siguiendo el itinerario que marcaba su propia Constitución—, y quienes pensaban que el plebiscito era una trampa y que el triunfo solo era posible por la vía armada.

Esta acción fallida era un retroceso muy malo para todos. Sabíamos que vendrían represalias.

Años antes, con posterioridad al golpe, el Partido Comunista intentó acercamientos a la Democracia Cristiana para la formación de un frente antifascista, pero esta se negó reiteradamente.

A diferencia de lo que reza la propaganda, el PC siempre luchó desde la institucionalidad a lo largo de toda su historia. Participaba en las elecciones, formaba coaliciones, tuvo diputados y ministros. Pero durante la dictadura, de cara a los ochenta, tomó una vía inédita: el enfrentamiento armado, el derecho legítimo de un pueblo de levantarse contra una tiranía, consagrado incluso en la declaración de los derechos del hombre.

El PC envió a unas decenas de militantes jóvenes a entrenarse a Cuba, combatieron en diferentes conflictos centroamericanos como parte de su entrenamiento, con el objetivo de crear un frente que luchara profesionalmente contra la dictadura en objetivos y golpes específicos.

Las acciones subversivas del Frente (al que en la televisión le decían solo «Frente Manuel Rodríguez», dejando fuera el «Patriótico») se volvieron parte del paisaje. Bombazos, apagones, acciones de propaganda. Pero sin duda las más espectaculares eran los robos de camiones con alimentos que luego eran distribuidos en las poblaciones: transportes de pollos, de abarrotes y otras provisiones. A veces, en medio de manifestaciones, hacían su aparición con pañuelos en la cara y disparando sus armas al aire.

Recibían órdenes directas de la secretaría general del Partido Comunista. Y cierto día, a principios de 1986, sus más altos directivos, Raúl Pellegrin, Cecilia Magni y José Joaquín Valenzuela, entre otros, recibieron instrucciones que llevaban años evaluándose. Un objetivo definitivo, esperado, soñado: eliminar a Pinochet. Objetivo secreto para el resto del Frente y los integrantes del partido.

Durante todo ese año se planeó una y otra vez cada detalle; se barajaron distintos escenarios y formas de atentar contra el tirano se adiestraron y seleccionaron a los integrantes de la operación para llegar a una veintena de combatientes, seleccionados, al final, más por la convicción y prestancia que por estrictas capacidades militares. Los preparativos se hicieron en secreto: se arrendó una casa, autos, provisiones y todo lo necesario. Los combatientes aún no sabían qué estaban preparando. Solo cuando ya estaban en la casa en el Cajón del Maipo concentrados en pleno invierno, José Joaquín Valenzuela Levy, líder de la operación, los reunió en una habitación, los miró a todos a los ojos, uno por uno, y les dijo: «Vamos a matar al chanco».

El periodista Cristóbal Peña, autor del libro *Los fusileros* que reconstruye

los hechos, cuenta que la emoción los embargó, que se les pusieron los pelos de punta, que a algunos se les nublaron los ojos. En particular a Víctor Díaz. Su padre había sido torturado horriblemente, le habían puesto una bolsa plástica amarrada a la cabeza y le habían inyectado cianuro. Este químico produce náuseas, jaquecas horribles, vómitos explosivos y parálisis respiratoria; sigue con parálisis muscular, una agonía extremadamente dolorosa y al final la muerte. Su cadáver nunca fue encontrado.

Valenzuela Levy los vio emocionados, pero les hizo una advertencia. Según pensaba él, solo existía un 1 por ciento de posibilidades de salir con vida de la operación: era un ticket de ida sin vuelta atrás. Lo escucharon en silencio, nadie retrocedió.

El primer plan partió arrendando una casa junto al camino y poniendo una amasandería. Los frentistas aprendieron a hacer pan y lo vendían para no despertar sospechas. La idea era fabricar un subterráneo y excavar un túnel hasta el centro de la carretera, donde instalarían una carga de alto poder explosivo, a detonar cuando la comitiva de Pinochet pasara en dirección a su casa de fin de semana en El Melocotón.

Pasaron semanas cavando el túnel, deshaciéndose con extremo cuidado de la tierra que extraían, y tratando de pasar desapercibidos. Pero algo inesperado ocurrió que hizo cambiar los planes.

En agosto, la dictadura se anotó uno de sus éxitos más grandes al descubrir la masiva internación de armas con la cual el Partido Comunista pretendía generar una resistencia. Carrizal Bajo escondía el arsenal más grande jamás incautado y le daba un golpe mortal a las pretensiones del PC. Entre el material requisado estaban los explosivos que serían usados en el atentado subterráneo en el Cajón del Maipo.

Cambio de planes. Debía acabarse la amasandería y comenzaba a plantearse una emboscada por aniquilación. Se eligió la cuesta de las Achupallas, donde el camino por un lado tenía un muro por el corte del cerro y, por el otro, una quebrada muy pronunciada. Además, por la ubicación, era una zona de silencio radial. Nadie podría pedir ayuda.

La comitiva de Pinochet consistía en dos motociclistas de carabineros y una serie de vehículos. Un primer auto de seguridad era seguido por dos Mercedes Benz blindados (donde iba Pinochet) y, más atrás, otros tres vehículos de seguridad; el último, con cuatro o cinco boinas negras armados hasta los dientes. Todo el resto cargaba subametralladoras Uzi, fusiles y pistolas.



El domingo 7 de septiembre de 1986, la comitiva salió de El Melocotón en dirección a Santiago. Cuando pasaron por el poblado de San Alfonso, dos mujeres frentistas dieron aviso telefónico: los autos iban en camino. Los frentistas pusieron un casete con el himno del FPMR y, luego, para entender el momento histórico que vivían, escucharon el último discurso de Allende en La Moneda.

La operación se inició. Todos corrieron a sus posiciones en el cerro junto al camino, o en los vehículos asignados armados con M-16, fusiles, granadas y diez lanzacohetes LAW. Respiraron más rápido de lo usual, el sudor apareció, pero estaban convencidos. La carretera estaba en silencio, se escuchaban algunos pájaros. La tensión era tremenda. A lo lejos el ruido de motores; el momento había llegado. Algunos contenían la respiración. Valenzuela Levy tenía un silbato en la mano. ¿Todos están preparados? Sí. En uno de los Mercedes Benz venía nada menos que el dictador, el que derrocó a Allende, el que fundó la DINA, el que ordenó matar a tanta gente y reprimir a tantos chilenos. Aprieta el fusil, sécate las manos, ahí viene «el chanco». A lo lejos se ven los dos motociclistas. La orden es precisa: cuando pasen las motos, que una casa rodante se cruce en la carretera para bloquear a la comitiva. Frente a las motos hay un frentista con un fusil apuntándoles; él contará que vio la cara de terror del primer carabinero, pero pasó, no había orden de disparar. El segundo escolta perdió el control de su moto y se estrelló contra un restaurante. El primer vehículo de la comitiva vio el obstáculo al doblar la curva y frenó hasta el fondo, los neumáticos chirriaron y, entre el ruido, se escuchó el silbato de Valenzuela Levy. El tiroteo fue infernal a medida de que los autos se acumulaban en el frenado, uno tras otro. Los cuatro equipos de ataque se concentraron en el primer auto, otros dos en los Mercedes Benz, y los autos del medio y el último, en el jeep de los boinas negras. En ese momento surgió la imagen de Yordan Tavra, el teniente de carabineros que iba en el primer vehículo, quien —frente al tiroteo— no dudó en descargar la mini Uzi a través del parabrisas y repeler el ataque en medio de un ruido ensordecedor. «¡Hacia atrás, hacia atrás!», gritaba, «¡es una emboscada!». El resto de los efectivos intentó disparar, pero los frentistas estaban parapetados arriba en el cerro. El auto de Pinochet retrocedió a toda velocidad con los neumáticos echando humo blanco; pasó por el costado del segundo Mercedes que recibió un rocket LAW y estalló en llamas. Yordan Tavra miró al conductor de su vehículo que cayó hacia adelante con un tiro que le cercenó la garganta. Miró hacia atrás y otro oficial

agonizaba con un tiro en la cabeza. Le dio una patada a la puerta del chofer y salió al exterior rodando por el suelo con un fusil mientras las balas silbaban a su alrededor.

El Mercedes de Pinochet hizo la maniobra de girar y en ese momento quedó expuesto su costado. El fusilero encargado apuntó el lanzacohetes; tenía la panza del animal en la mira, años pensando en ese instante, meses planificando todo para llegar a ese momento preciso: la muerte de muchos compañeros, los esfuerzos de cientos de colaboradores y ahí está, a pocos metros y sin ningún obstáculo, es un penal sin arquero. Obturó el lanzacohetes M72 LAW y el ruido sibilante del cohete dejó una estela blanca y trazó una línea perfecta hacia el auto del dictador. Lo golpeó... pero no estalló. El auto al final aceleró y se perdió entre los otros vehículos y el jeep, más allá de la curva. Los boinas negras salieron, pero no alcanzaron a hacer mucho: dos de ellos se arrojaron a la quebrada. Algunos ocupantes del auto alcanzado por el rocket murieron producto de la explosión. Otro carabinero se bajó de un vehículo y fue alcanzado directamente en el pecho muriendo de manera instantánea. Solo iban cuatro minutos de ataque. Yordan Tavra disparó su fusil hacia las piernas de los combatientes tras la casa rodante, pero el arma se le trabó; ya tenía dos o tres proyectiles en el cuerpo. En medio del ataque se hizo un torniquete para detener la hemorragia producto de la rotura de su arteria femoral, pero siguió disparando acostado junto a la pared del cerro. Le gritó al oficial que aún permanecía al interior del auto que le arrojara un arma, y una pistola Taurus salió volando en su dirección. Una bala le destrozó el omóplato. Cinco minutos. Más de cien balas impactaron su vehículo. Seis minutos. De pronto el tiroteo se detuvo. Yordan Tavra había perdido mucha sangre y la vista se le nublabá. Entre el sudor vio a los frentistas moviéndose y gritándose entre sí. Tenían planeada la fuga más fría imaginable. Sacaron unas balizas policiales, las pusieron en los techos de las camionetas y salieron en dirección a Santiago a toda velocidad. Algunos combatientes en la parte de atrás exhibieron sus armas como si fueran agentes de seguridad. Así lo interpretaron también los carabineros que abrieron las barreras y les hicieron camino para que pasasen. Llegaron pronto a Santiago y se distribuyeron por distintas casas; solo mucho más tarde se enterarían de que habían fracasado. El cohete LAW necesita al menos nueve metros de vuelo antes de activar su espoleta y estallar con el impacto. Habían disparado demasiado cerca. La desazón fue tremenda.

El país era un caos, pero el dictador seguía vivo. Iba con su nieto en el auto

que había logrado escapar. Era de noche en mi casa de Valparaíso, Vader le había ganado el duelo a Luke y lo había derrotado. La rebelión estaba malherida. Yo no sabía qué pensar; pero al otro día vi el titular en los diarios donde decía que se decretaba estado de sitio para todo Chile y supe que la mano se vendría durísima.

Esa misma noche, Álvaro Corbalán, director de la CNI, lanzó la frase «el cóndor tiene hambre» y se desató la venganza. Decenas de secuestrados. La PDI recorrió Santiago deteniendo a gente como Ricardo Lagos, Germán Correa y otros objetivos para, en el fondo, protegerlos de la CNI. No corrió igual suerte el periodista José Carrasco, quien fue secuestrado y llevado al sector del cementerio Parque del Recuerdo, donde fue ejecutado con once balas en el pecho... porque sí, porque el cóndor tenía hambre.

Todo esto duraría meses de tensión, violencia y secuestros a veces indiscriminados.

Y todo terminaría al año siguiente cuando la persecución implacable contra el FPMR diera sus frutos.

Producto de las detenciones posteriores a Carrizal Bajo y al atentado en el Cajón del Maipo, la CNI tenía identificados a más de quinientos integrantes del FPMR y a varios de los integrantes de su oficialidad ya a principios de 1987. Además, estaba mortalmente infiltrado, como un enfermo de cáncer. El proceso de seguimiento fue de una pulcritud cercana a la obsesión; día y noche se registraban los pasos de los más relevantes. Con los meses se dieron cuenta de que la actividad, los encuentros y la concentración de combatientes se iba haciendo más y más frecuente. El FPMR estaba en una profunda discusión interna: un sector importante quería separarse del Partido Comunista luego que este manifestara la posibilidad de renunciar al enfrentamiento armado y participar en el plebiscito. Preparaba, por esos días, una reunión de altos dirigentes que la CNI interpretó como la previa de una acción de grandes proporciones. Entonces... decidió actuar.

El día 15 de junio de 1987 comenzó como un día normal, pero muy helado. A las 6.00 am la gente esperaba micros o taxis que las llevaran a sus trabajos; sin embargo, alrededor de las Torres de San Borja había hombres en abrigos que se movían para ganarle algo de calor a la escarcha matutina. Ignacio Valenzuela salió un par de horas después. Los hombres comenzaron a

moverse y, después de una mañana de seguimiento, lograron situarse en ambas entradas de una deshabitada calle Alhué. Ignacio, alias Benito, avanzaba en medio de la cuadra. De pronto se gritó una orden y empezó la balacera. Saltaron pedazos de muro, astillas de árboles, proyectiles zumbando. Ignacio bajó la cabeza y se intentó resguardar tras un árbol, pero las balas llegaban desde todos lados. Instintivamente, levantó los brazos para cubrirse la cara, intentó huir, pero dos pequeños mordiscos en el pie y otro en el glúteo lo paralizaron; una bala le atravesó el pecho y cayó muerto al pavimento. Luego de unos minutos, Adriana Pohorecky se asomó a la calle. Quería ver qué había ocurrido. A lo lejos vio un cadáver en el suelo rodeado de policías y gente de civil. No sabía que era su hijo, Ignacio Valenzuela Pohorecky, ingeniero y académico, caído a pocos metros de su casa.

En otro punto de Santiago, alrededor de las 18.00, Patricio Acosta caminaba en dirección a su casa en barrio Santa Rosa, mientras un grupo de ocho personas avanzaba en dirección opuesta. De pronto uno de ellos sacó un arma y disparó. Gritos de transeúntes. Patricio Acosta cayó de rodillas tomándose el cuerpo. El capitán que dirigía la operación se acercó, lo miró, levantó su arma y le dio un tiro en la cabeza. La explosión del cráneo, la mancha de sangre a sus espaldas; Acosta se descoyuntó como una marioneta sin hilos. Un segundo agente se puso a su lado y repasó el cadáver con una ráfaga de ametralladora. Tenía un hijo de cinco años.

Iban dos altos oficiales del FPMR ejecutados en la vía pública. Y durante la noche, la CNI allanó y detuvo a varios combatientes impidiendo su resistencia. Sin embargo, al llegar a la casa de calle Varas Mena 417, la cosa fue diferente. En el interior había doce frentistas incluidos quienes hacían de dueños de casa, una pareja con una guagua de dos años. La CNI desplegó una docena de agentes y algunos entraron a casas de vecinos a parapetarse con armas largas. «Tírense al suelo y quédense ahí», le dijeron a Eugenia Torres y a su familia mientras se ubicaban con sus armas en la ventana. Alrededor de la medianoche esperaron tener a todos los agentes en posición. Dos personas se miraron, hubo un gesto. Un agente entró a golpear la puerta, pero nadie respondió; estaba nervioso, sudó, gritó que abrieran. Iba a golpear de nuevo, pero un tiro salió por la puerta, comenzó el tiroteo y la balacera fue infernal: percusión de balas e impactos en vidrios, paredes y puertas.

Al interior, Juan Waldemar y Wilson Henríquez eran los encargados de cubrir la fuga de los restantes diez ocupantes. Subieron a los techos para buscar la ruta de escape predefinida, pero el primero en subir, Santiago

Montenegro, fue alcanzado por un tiro en la cabeza y cayó por la escala arrastrando al resto. Se tocó el cuero cabelludo; sangraba pero se sentía bien y continuó los planes. Al interior, Juan y Wilson se parapetaron y dispararon hacia la noche, sin ver nada. Fueron los últimos en subir a los techos desde donde continuaron disparando, pero Juan Waldemar no tendría suerte: el techo de la casa contigua cedió y cayó al comedor. Malherido se arrastró al baño, donde fue encontrado por agentes que de inmediato le dispararon en el pecho. Cuando lo sacaron a la calle, otro agente se acercó, le descargó una ráfaga de ametralladora y dejó el cuerpo abandonado hasta el día siguiente. Wilson Henríquez fue encontrado poco después en el patio de la casa de Varas Mena 417, herido e inmovilizado. Cuando los agentes lo descubrieron, le dieron patadas y culatazos, se mofaron de él, lo arrastraron fuera de la casa, lo volvieron a entrar y un oficial le dio tres tiros definitivos. Después alguien lo repasó con una ametralladora: la autopsia registró veintiún balas en el cuerpo. Tenía 26 años, era obrero de la construcción.

Simultáneamente, en Villa Olímpica, Ñuñoa, otros agentes ingresaron al domicilio de Julio Guerra y lo ajusticiaron a tiros en el baño de su casa. Un detalle escalofriante es que de los muchos disparos que registra su cuerpo, dos le fueron dados uno en cada ojo.

Álvaro Corbalán, jefe de la operación, consultó a sus superiores acerca de siete frentistas que mantenían detenidos en el cuartel Borgoño de la CNI. La respuesta fue lacónica: hay que matarlos a todos. Hay que reventar al FPMR de una buena vez.

En la madrugada, los vecinos de calle Pedro Donoso 582, a una cuadra de Avenida Recoleta, sintieron bullicios, vehículos y muchos testigos declararon haber visto bajar a gente descalza, vendada y con las manos amarradas a la espalda. Al poco rato apareció un equipo de televisión. Según los testigos comenzó una balacera terrible que iluminó la casa por dentro; después algunos gritos y un silencio escalofriante. Eran las 5.30 de la madrugada. El móvil de televisión recién encendió sus luces y comenzó la grabación de la noticia.

Al día siguiente toda la prensa habló del enfrentamiento de frentistas con agentes y policías, pero con los años se supo la verdad. Habían masacrado en el piso a hombres y mujeres de manera alevosa. Los cadáveres presentaron múltiples heridas de bala, todas hechas desde arriba y hacia abajo, directamente en el torso. Una vez finalizado el tiroteo, entró el capitán a cargo y le disparó un tiro en la cabeza a cada detenido, excepto a uno en

particular. A este último le dio cuatro disparos en la cabeza y, en total, presentó dieciséis impactos en todo el cuerpo. Era José Joaquín Valenzuela Levy, detenido horas atrás y líder de los fusileros que habían atentado contra Pinochet nueve meses antes.

El círculo estaba cerrado. La venganza estaba completa.

El Frente Patriótico Manuel Rodríguez nunca volvió a tener la misma fuerza que antes. La vía insurreccional había terminado. Al año siguiente, el Partido Comunista llamaría a inscribirse y participar en el plebiscito.

### **El final del poder absoluto**

En 1988 se cumplía el plazo autoasignado por Pinochet para un curioso plebiscito. Una elección rarísima donde habría un solo candidato decidido por la misma dictadura. Aunque no estaba definido el nombre, todos sabíamos quién era (su nombre empezaba con P) y, de ganar, gobernaría por otros ¡ocho años!

Aun cuando varias agrupaciones políticas lo consideraban una trampa, ya casi la totalidad de los partidos y movimientos chilenos habían optado por participar en el plebiscito. La vía insurreccional para derrocar a la dictadura había fracasado; ahora correspondía intentarlo por la vía institucional. Pinochet había sido presidente de la junta por un golpe, jefe supremo de la nación por decreto, presidente de la república por una elección fraudulenta, y ahora quería cerrar su capítulo en la historia como legítimo presidente electo por una votación esta vez certificada.

La dictadura estaba segura de que ganaría. Tenían en su poder todos los canales de televisión, en la práctica todos los diarios, revistas y radios, y por supuesto, todos los recursos del Estado. Tenían todas las municipalidades para coordinar las acciones que quisieran, tenían a carabineros, a los regimientos, a los empleados fiscales. Tenían a los grandes empresarios chilenos y a sus billeteras prestas para fabricar toda la propaganda que pudiera comprar el dinero; todo el papel, todas las agencias de publicidad y las imprentas. Pero, a su alrededor, Pinochet había construido una corte de sacristanes que lo aislaba y le requetejaban que arrasaría en las elecciones. Encuestas donde ganaba por un 65 y hasta un 70 por ciento le eran mostradas todas las semanas. Por último, decían, si la campaña no resultaba, siempre podrían usar el viejo truco de las elites chilenas: la amenaza y el miedo. No

podían fallar.

Ese año vimos la performance de travestismo más grande de la historia. De un día para otro, el dictador Pinochet, el del uniforme militar, el de anteojos negros y los gritos por cadena nacional, se transformó en todo un demócrata vestido de terno y corbata. Afable, sonriente, un verdadero abuelito tierno que realizó una interminable gira por todo Chile inaugurando lo que se le cruzaba. Permitió el regreso de los exiliados, eliminó el estado de sitio —por primera vez, desde 1973, Chile no vivía en «estado de excepción»—, devolvió algunos derechos civiles, realizó programas de empleo de urgencia que rebajaron los altos índices de cesantía que arrastraba el país.

«Si gobierno yo, gobierna usted», dijo una vez desde un balcón de La Moneda.

Se suponía que la elección y su período de campaña estarían acotados a un mes antes del plebiscito y que la propaganda televisiva duraría quince minutos diarios. Pero la campaña de Pinochet duró todo el año —de hecho duró dieciséis— y la propaganda por TV era permanente, usando incluso algunos burdos artilugios subliminales. En la práctica, las restricciones se aplicaron exclusivamente a la oposición. No tenían cómo perder. Era un caballo que corría solo.

Cumplí dieciocho años justo en el período en que la ley permitía inscribirse en los registros electorales y lo hice. Como muchos chilenos usé con temor, al inicio, una chapita del NO en el costado del pecho. Conversábamos incansablemente con los compañeros de curso, los amigos y los parientes para que participaran. Cada uno tenía la obligación autoimpuesta de explicarle a la gente por qué era importante votar, por qué no debían tener miedo de hacerlo. Mi abuela, por ejemplo, con temor a inscribirse y a acudir a las urnas, pensaba que era un plan para identificar a opositores y tomar represalias. Las personas seguían con miedo a los militares. Pero había muchas otras trabajando en las «casas del NO» que se habían organizado a lo largo de Chile, con personas valerosas, comunes y corrientes que trabajaron distribuyendo información, tratando de compensar la monstruosa diferencia de recursos, conversando y regalando su tiempo para que más gente entendiera lo que se jugaba.

Durante esas conversaciones me di cuenta de algo aún más terrible:

muchos chilenos NO TENÍAN IDEA de lo que había ocurrido durante los últimos años. Pensaban en efecto que los muertos no existían o que habían huido a Argentina; que las torturas eran un invento de los comunistas, que nunca habían exiliado a nadie y que Pinochet nos había salvado de una dictadura soviética en una guerra contra miles de terroristas que querían esclavizarnos. Personas que todavía le temían a guerrilleros cubanos, a los rusos y a toda una imaginería apocalíptica transmitida y machacada por la televisión y los diarios oficiales durante casi dos décadas. Mentes aplastadas por la propaganda y el temor inyectado intravenosamente durante dieciséis años de transmisión ininterrumpida a sus cerebros. Mi mamá trabajaba de secretaria y, en una conversación con sus compañeras, sacó el tema de los muertos con el estómago abierto arrojados al mar amarrados a rieles. Todas le cuestionaron el relato diciendo que eran calumnias de los comunistas, que cómo iba a ser posible algo así, que siempre inventaban atrocidades para hacerse las víctimas, que en realidad los detenidos desaparecidos se habían fugado con sus amantes, que de dónde tanta exageración. Mi mamá intentó contrargumentar hasta que una compañera que había estado callada no aguantó más y abrió la boca: «Ustedes saben que soy esposa de un marino. No les puedo contar nada más, pero todo lo que dice la Eli es cierto». El silencio fue total. La conversación terminó.

En mi universidad hablábamos de manera abierta de estos temas. Había un conserje bajito, en sus sesenta, al que todos querían, sencillo y amable; Juanito. Un día lo vimos sacando un largo letrero desde el sótano de mi facultad y para nuestra sorpresa era propaganda del sí. Nos acercamos a Juanito sonrientes y haciéndole chistes sobre el tema, pero nuestro querido viejito nos miró con una cara de odio que nunca voy a olvidar. Nos dijo: «Cuando gane mi general, voy a dar el nombre de todos ustedes... Hasta ahí van a llegar»; se dio vuelta y siguió cargando su letrero. Nos quedamos helados y entendí no solo la profundidad del odio hacia la gente como nosotros, sino hasta dónde podía llegar la gente común para ser cómplices de cualquier atrocidad, ayer, hoy y mañana. Para ellos no había puntos medios, la propaganda había hecho su efecto: si eras opositor a Pinochet, seguro eras un marxista-leninista-asesino-destructor del país financiado por Moscú que merecía lo peor, obviamente.

La chapita del NO fue todo un tema. Durante el régimen, nunca sabías muy bien qué pensaba la persona que tenías enfrente. No se conversaba de nada que pudiera mostrar tu opinión. Debías estar seguro de quién tenías enfrente y



como la mayoría de las veces lo ignorabas, mejor callar. Pero con la chapita del NO empezaste a reconocer a los tuyos; te diste cuenta de que no estabas solo más allá de tus compañeros de lucha; intercambiabas sonrisas cómplices en la micro, en los paraderos o en los supermercados. Ahí me di cuenta lo amordazados que estábamos, cómo habían logrado a través del miedo que nos mantuviéramos callados, sin saber cuántos éramos, imposibilitados de organizarnos más allá de los grupos más valientes. Un pariente me rogó que no hiciera comentarios en la mesa antes de sentarnos durante un cumpleaños con gente desconocida; mi mamá lloró cuando descubrió un pañuelo con una R que yo usaba en las protestas. Vivíamos con secretos al interior de nuestras propias familias. La paranoia seguía viva.

### **5 de octubre de 1988**

La calle Esmeralda era un tobogán de cemento que se descolgaba como una lengua desde la cima de la loma pelada. El ojo resbalaba por la pendiente cuando volvías de comprar el pan y caía a la bahía de Viña del Mar, allá abajo, donde duerme el océano Pacífico. Mi abuela materna, la Mami, siempre se levantaba temprano y, camino a la cocina, le daba una mirada de reojo al mar que le pintaba las ventanas de adelante, como si fuera lo más normal del mundo tener esa masa de agua quieta y monstruosa, como otro planeta líquido durmiendo junto a tu casa. Esa mañana tomó la manilla de la cocina, pero se devolvió, miró de nuevo y frunció el ceño. Había unas sombras flotando sobre el paño azul grisáceo. El día estaba oscuro y neblinoso. Abrió la puerta de la calle y no entendió nada. A lo largo de la costa había una flota de barcos de guerra, una línea segmentada en paralelo a la costa con todos sus cañones apuntando hacia la ciudad. Al igual que la mañana del golpe, la Armada había dispuesto sus barcos de guerra bloqueando Valparaíso en una clara señal de amedrentamiento. En la población de mi amigo Gerardo, dos helicópteros habían pasado a muy baja altura tempranísimo. Uno de ellos aterrizó en la cancha de fútbol cercana y bajaron militares armados con fusiles. Pero el miedo ese día no funcionó. Contra todo lo esperable, el 92 por ciento de los chilenos habilitados para votar salieron a las calles a ejercer su derecho. Las filas fueron interminables, pero nadie se movió: llegó gente en camilla desde los hospitales para votar, personas con discapacidades severas, ancianos y muchos, muchísimos

jóvenes.

Entré a la cabina con el primer voto de mi vida y un lápiz grafito N°2. Lo miré un par de segundos, pensé en mi papá llorando porque habían matado al Chicho, e hice la raya absolutamente perpendicular de la misma longitud y atravesando el centro geométrico de la línea impresa. Lo miré otro par de segundos para asegurarme de no haber cometido ningún error y lo doblé para introducirlo en la urna. Recuerdo haberle dado efusivamente las gracias a cada integrante de la mesa y luego tengo una laguna en la memoria hasta alrededor de las 19.00 horas, cuando estábamos todos nerviosos porque en radio Cooperativa se daban cómputos diferentes a los de la TV.

Algo raro estaba pasando.

Lo que vino ustedes lo conocen: los cómputos demoraban y demoraban. Al interior del régimen se desataba el caos: en efecto estaban perdiendo; lo impensable estaba ocurriendo. Se habían pisado la cola en su propia trampa y no lo podían creer. Los canales de televisión ya no sabían cómo rellenar y algunos programaron dibujos animados. Recuerdo estar viendo *El correcaminos* cerca de la medianoche mientras esperábamos. Al interior de La Moneda, las cosas no andaban bien: los gritos del dictador, la palidez de sus asesores. El derrumbe total. El comandante de la Fuerza Aérea, Fernando Matthei, cuenta que Pinochet redactó un decreto y lo envió a las distintas ramas de las FF.AA. para que le entregaran todas las atribuciones para actuar sin consultarles. Matthei cuenta que rompió el papel apenas lo leyó. En un breve encuentro con la prensa, el dictador comentó que estaba preocupado: «Han visto gente con pasamontañas y armas», dijo, insinuando que habría una acción subversiva en preparación. Sergio Onofre Jarpa y Andrés Allamand llamaron a reconocer el triunfo del NO. En ese momento, el mismo Fernando Matthei cruzó desde el Ministerio de Defensa hacia La Moneda a pie; en el camino la prensa le preguntó a qué iba y él respondió que «a desactivar una bomba». Y todos los que vimos eso por televisión pensamos lo mismo: Pinochet no quería entregar el poder y haría un nuevo golpe.

El oficial a cargo de la Escuela Militar había hablado con Pinochet y le había ofrecido a todas sus tropas, «listas para actuar a su orden, mi general». Sobre la misma, el comandante de la Fuerza Aérea miró a las cámaras de la prensa cuando llegaron a La Moneda y les soltó sin anestesia: «Para mí, ganó el NO», convirtiéndose en la primera autoridad en ejercicio en reconocer la derrota. Recuerdo que nos abrazamos con mi mamá y salimos al patio de la casa a llorar. Muchos lloraron esa noche recordando a sus muertos, a sus

ausentes, a sus heridos.

Es curioso cómo en el libro *Política, politiquería, demagogia* que Pinochet lanzó en 1983, pensado como un texto a medio camino entre un folleto y una declaración de principios, el último párrafo resultaría profético: «Finalizo diciendo que hago mía la idea ya escrita en la historia universal, que dice que los grandes pueblos son capaces de decir NO, cuando el oportunismo recomienda lo contrario».

Al día siguiente, el demócrata desapareció, la chaqueta y la corbata se fueron al clóset; el abuelito simpático se esfumó y la cadena nacional mostró a un Pinochet de vuelta en impecable uniforme militar blanco, con los puños sobre el escritorio y hablando golpeado; reconociendo el triunfo del NO y detallando los pasos a seguir de ahora en adelante con una cara de enojo visible. Luego de un período de prueba, el dictador estaba de regreso.

TODOS pensamos que ahí terminaba todo.

Las concentraciones de celebración fueron verdaderas fiestas catárticas donde la gente se abrazaba sin conocerse, abrazaba a carabineros, abrazaba a los postes y se cantaba a grito pelado en las calles. Durante días la sonrisa no nos cabía en la cara, íbamos de fiesta en fiesta brindando por el regreso de la democracia y el fin de la noche verde olivo. Para la gente como yo, que había vivido toda su vida consciente en dictadura, la democracia era una utopía como lo fue la revolución para la generación anterior. Verla concretarse era un orgasmo inenarrable. Todo lo bello estaba asociado a la democracia: la igualdad, la justicia, la libertad, la fraternidad, la solidaridad; todos íbamos a ser iguales en derechos; todos íbamos a ser felices porque ninguno de nuestros líderes iba a olvidar lo que significaba el dolor de ser discriminado, golpeado, humillado u olvidado. Por fin se iba a saber todo sobre las muertes; por fin íbamos a poder enterrar a nuestros muertos y reconocer a nuestros héroes. Creíamos que cuando todos supieran las atrocidades cometidas contra decenas de miles de chilenos, iban a cambiar su opinión sobre la dictadura. Pensábamos que los vencidos iban a retroceder hidalgamente para entregarnos el poder ganado en las urnas legítimamente. El momento del pueblo de Chile había llegado.

DESPUÉS

Siempre me he preguntado cómo pudimos haber sido tan huevones de pensar que nos iban a dejar tomar el control sin hacer nada, solo porque era la voluntad de la mayoría. De dónde sacamos que a ellos les importaba que hubieran matado a miles de personas y que solo bastaría mostrarles las pruebas. Todos pensábamos ingenuamente que la dictadura había terminado no a balazo limpio, sino usando un lápiz. Nuestro principal error fue pensar que el fin de Pinochet en el gobierno significaba el fin de la dictadura, porque no fue así.

Unos años después, cuando ya se sabía todo lo que había ocurrido con la DINA y la CNI, un adulto con quien conversaba, inteligente, con buena posición económica, título universitario y familia e hijos, terminó la discusión conmigo diciéndome: «El verdadero problema de Pinochet es que no los mató a todos ustedes». Y me quedé helado. Todo era bastante más profundo y oscuro en la mente de nuestro país de lo que habíamos pensado.

Después del plebiscito todo pareció volver a cero. La represión recrudeció en las calles, la CNI volvió a su rutina de secuestros y torturas. Hizo desaparecer a cinco integrantes del FPMR. La dictadura daba su canto de cisne en forma y con todos sus clichés de siempre.

A fin de año, el Frente llamó a no creerle a Pinochet y su promesa democrática. Declaró la Guerra Patriótica Nacional que se inició el 21 de octubre con la toma de cuatro poblados en el norte, centro y sur del país. La idea era generar focos revolucionarios que, con la ayuda de los lugareños, fueran creciendo hasta sublevar a la población rural y... otra vez la imagen romántica del campesino tomando las armas para una revolución que nunca había prendido antes.

En la toma del poblado de Los Queñes, a doce kilómetros de Curicó, hubo un enfrentamiento con carabineros que terminó con la muerte del cabo Juvenal Vargas y la huida de los guerrilleros.

Poco demoraron los policías en dar con varios de los frentistas involucrados, entre ellos Raúl Pellegrin y Cecilia Magni, dos de los

principales comandantes del FPMR, quienes fueron torturados salvajemente y arrojados moribundos al río Tinguiririca. Fueron hallados muertos, baleados, juntos. Eran pareja. Con los días supieron que uno de los frentistas más destacados los había delatado. El Bigote fue ajusticiado. Con esta acción, en la práctica, se terminaron las actividades del Frente, reduciendo sus acciones posteriores a escaramuzas y ajusticiamientos como el de Jaime Guzmán o el secuestro de Cristián Edwards, pero sin ningún objetivo político claro.

Todo se encaminaba a su epílogo. Como un bonus track horrendo, la CNI ajustició al vocero del MIR político, Jecar Neghme. Un asesinato brutal y ya sin sentido. Hoy Jecar Neghme padre —ejecutado poco después del golpe— y su hijo del mismo nombre, descansan bajo una misma lápida en un cementerio de Pudahuel.

La polvareda bajaba, los ánimos se contenían.

El fin del régimen militar se acercaba.

Aylwin ganó las elecciones y se convirtió en el nuevo presidente de la República. Comenzaban los acercamientos, los enemigos deberían convivir, los políticos perseguidos y golpeados por el régimen se convertirían en jefes y cohabitantes. Una situación inédita se configuraba: el dictador permanecería administrando nada menos que la fuerza militar del país, el gran poder político de los últimos años.

En el extranjero nadie entendía nada. ¿Cómo es que Pinochet, el dictador sanguinario, continuaba al mando del ejército después de su derrota? Fácil, al no ser derrotado militarmente, mantenía su posición de poder, el Ejército le era leal y nadie lo podía sacar de ahí. La Concertación de partidos por la democracia, la coalición que había ganado la presidencia, entendió que debía pactar con él la manera de gobernar: tener al Ejército era tener un poder político definitivo, el botón de reiniciar. Así que nada de molestarlo. Nada de enjuiciar oficiales, nada de investigar más allá, nada de meterse con el Ejército; pero, por encima de todo, nada con intentar modificar el profundo cambio estructural refundador que Pinochet había introducido en el sistema operativo del país. Y ahí estaría él para protegerlo.

El día que Pinochet le entregó la banda presidencial a Aylwin, solo le

concedió parte del poder. Se había terminado el régimen militar, pero el espíritu de la dictadura continuaría.

Ese día, Pinochet entregó un país con más de tres mil muertos registrados, más de mil jamás encontrados, más de cuarenta mil personas vejadas y torturadas, decenas de miles de exiliados y relegados, cientos de miles de hombres, mujeres, ancianos y niños afectados por la violencia de un Estado que actuó con saña, armamento de guerra y todo un poder enorme contra sus propios compatriotas, la mayoría civiles desarmados y sin posibilidad de defensa alguna. Allanaron sus casas, destruyeron sus derechos, dejaron huellas, traumas y heridas que tardarán décadas en cerrarse. Un reguero de muertos, huesos y sangre.

Y también dejó huellas económicas. A la entrega del poder Chile tenía un 40 por ciento de pobres y un 15 por ciento de personas bajo el nivel de indigencia, según la encuesta CASEN contemporánea al plebiscito. Un pobrísimo crecimiento anual de 2,9 por ciento, la distribución del ingreso hecha pedazos y una nueva elite empresarial que absorbió y concentró el dinero del país. Pinochet no mejoró la economía. No mejoró la situación de los chilenos. De hecho, la encuesta CEP hecha después del plebiscito estableció que la gente que votó NO puso la mala situación económica en primer lugar, entre las razones para justificar su voto, en un 72 por ciento de las veces.

Chile tuvo varias crisis económicas durante su gobierno y, entre ellas, la peor de su historia, la peor administrada. Aumentó la pobreza de un 26 por ciento en 1973 a un 45 por ciento en 1983.

Pinochet dejó un país vejado, lobotomizado y en malas condiciones. Por país entendemos a sus personas y no índices macroeconómicos que solo favorecen a unos pocos, porque la redistribución de la riqueza empeoró de un modo dramático. Un país dañado. Con un shock postraumático que aún no entendemos del todo.

Lo que vino después fue una decepción enorme para muchos de nosotros. Quizás el exceso de expectativas, la ingenuidad, la falta de «política», hizo que esperáramos demasiado de las nuevas autoridades. No es mentira que de alguna manera la alegría llegó: ya podías expresarte libremente, la CNI se había disuelto y nadie iba a llevarte detenido sin destino conocido solo por pensar de determinada manera. Pero de algún modo sentías que las cosas no estaban cambiando como debieran. Es cierto que la nueva Constitución impedía hacer cambios radicales: el Congreso se equilibraba de manera

artificial con el perverso sistema binominal que le entregaba cuotas de representación falsas a la derecha, que tozudamente obtenía casi la mitad del parlamento a través de esa trampa cuando, en realidad, no representaba más del 35 por ciento de los votos.

Es cierto que el Estado había sido desmantelado y ya no tenía el mismo poder que antes. Es cierto que los partidos políticos estaban debilitados por dieciséis años de dictadura. Pero también es cierto que la Concertación no tuvo mucho entusiasmo en cambiar un modelo que se había instalado con la sangre de los chilenos, y que hizo todo lo posible para desmovilizar a la gente: hacer desaparecer las instancias de organización civil, desmotivar las manifestaciones, dejar morir a la prensa «revoltosa» en un gesto de «ahora nos encargamos nosotros» que nos hizo sentir fuera de nuestro propio triunfo.

Hay que conceder que la sombra de la dictadura estaba ahí, en la comandancia en jefe del Ejército. «Yo no amenazo, no acostumbro a amenazar. Yo advierto una vez: nadie me toca a nadie (...) El día que me toquen a uno de mis hombres, se acabó el estado de Derecho», había dicho Pinochet al diario *La Época* en octubre de 1989.

Pinochet decidió seguir con el Ejército en sus manos para asegurarse, a través de la amenaza, de que el modelo continuaría profundizándose, pero también para proteger la impunidad de sus acciones y la de los suyos.

El 6 de septiembre de 1990, con Aylwin ya instalado en La Moneda, cincuenta y dos diputados de la Concertación pidieron que el gobierno investigara cheques de ¡tres millones de dólares! que el Ejército le había pagado al hijo de Pinochet. Diez días después, unos camiones recorrieron la Alameda y desplegaron soldados armados y en traje de combate frente a La Moneda. El «ejercicio de enlace», como le llamaron, era un obvio acto de amedrentamiento militar a la autoridad civil electa por la gente. Algo impensable hoy.

Tres años después, cuando el caso estaba por pasar a la Corte, Pinochet desplegó soldados con armamento y pintura de guerra en la cara por todo Santiago. Recuerdo haber estado trabajando en mi universidad de noche, con un grupo de compañeros, cuando los extras de la radio informaron que tanques, camiones y soldados estaban tomándose Santiago. Se me heló el cuerpo y pensé: «Era chico el 73, ahora me toca aperrar a mí. Me habría gustado tener una familia».

La democracia pendía de un hilo y Pinochet tenía la tijera. Dos años más tarde, en uno de los actos más humillantes de la nueva democracia —la



democracia de palitos de helado en que vivíamos—, el presidente de la república, Eduardo Frei Ruiz-Tagle, debió pedirle al Consejo de Defensa del Estado que detuviera la acusación contra Augusto Pinochet hijo porque «se ponía en riesgo el estado de derecho».

Tampoco se estaba llegando a algo con los juicios por los abusos y asesinatos arbitrarios durante la dictadura; menos averiguar algo sobre el paradero de los restos de innumerables chilenos arrojados a fosas comunes anónimas, a quebradas perdidas o directamente al mar.

Hoy sabemos, incluso, que mientras el Ejército se sentaba en las mesas de diálogo de Ricardo Lagos, entrado el 2000, en las afueras de Santiago quemaban microfilmes con información al respecto.

La frustración crecía entre quienes habíamos soñado con un Chile diferente que sustituyera a la pesadilla más larga. Y nos sentimos aún más humillados cuando Pinochet pasó a retiro y, más encima, por SU PROPIA Constitución se convirtió en senador vitalicio y quedó con fuero siendo intocable para la justicia.

Nos sentíamos humillados, burlados por el poder de un dictador que se volvió famoso en el mundo como sinónimo de violencia y asesinato. De hecho, cada vez que salí del país en ese período, la pregunta era la misma: «¿En qué mundo era posible que un dictador, reconocidamente genocida, siguiera al mando de las armas del país después de ser derrotado!».

El hallazgo de la fosa común de Pisagua solo profundizó el dolor. Descubrimos que frente a hechos irrefutables, el sector pinochetista pasaba de la negación a la indolencia. Simplemente no le importaban los hechos. Nadie iba a juicio, nadie iba a la cárcel, salvo el chivo expiatorio de Manuel Contreras. Los torturados, las violadas, debían cruzarse en la calle con los criminales sin poder hacer nada. La propia presidenta Bachelet, cuenta la leyenda, se habría encontrado en un ascensor del Ministerio de Defensa con uno de los encargados de Villa Grimaldi, centro de tortura donde estuvo junto a su madre.

Los chilenos parecíamos estar abandonados.

Tanto se peleó y se murió por recuperar la democracia y, ahora que se había conseguido, descubríamos que esa promesa de igualdad, el voto y las mayorías, valían poco frente al poder de una Constitución defendida por las armas de un dictador que seguía ahí, en el trono. La mayoría no valía nada en Chile.

Las autoridades habían pactado una forma de impunidad para salvar su

estabilidad y la del país. Quizá tenían razón, pero se sentía asqueroso. Y la historia irá dejando expuesta la transacción hecha, hasta que nada más importe y el juicio sea implacable. Hay que hacer lo correcto, porque el tiempo despeja el contexto y deja el hecho desnudo frente al juicio de la historia.

Se había hecho el traspaso del mando, pero la dictadura seguía ahí; en la forma del modelo económico salvaje y los guardianes encargados de protegerlo: el Ejército. Pero también el poder económico, que a la larga se convirtió en el último reducto pinochetista. Los beneficios que el empresariado de derecha obtuvo en los tiempos de Pinochet los politizó violentamente. Se convirtieron en activos defensores de su régimen, justicieros en algunos casos. Como dice Carlos Huneeus en su libro *El régimen de Pinochet*, una mirada a la composición de los directorios de las principales empresas de nuestro país muestra una clara preferencia por individuos con un perfil político homogéneo: son de derecha y, muchos de ellos, colaboraron con Pinochet en su gobierno. Por decirlo de algún modo, este país es dirigido económicamente por una militancia pinochetista agradecida de los privilegios recibidos. Una elite que tiene el poder económico, militar, de los medios, de las tierras, de las industrias, de la prensa, de todo; frente a la mayoría del país que solo puede acceder al poder político que, corrompido por el dinero de los empresarios, ya tampoco vale tanto.

Y tuvieron que venir los ingleses y los españoles a hacernos el trabajo. Detuvieron al dictador en Londres. Fuimos testigos de los viajes y gritos histéricos de pinochetistas —que hoy reniegan de su figura— arrojando fruta a la embajada de España, negándole los servicios de recolección de basura a la embajada británica, llamando a boicotear a sus empresas, pagándole la estadía al senador Pinochet y a su séquito en Londres. Haciendo un ridículo internacional. Descontrolados porque por primera vez no tenían el absoluto control de la situación.

En Chile, Gladys Marín interpuso la primera querrela contra Pinochet, nada menos que por el delito de genocidio. La posición del ex dictador se fue debilitando a medida de que empezó a depender de la defensa y ayuda del gobierno de la Concertación que, a todo esto, luchaba por traer de vuelta al

dictador a Chile, en un capítulo vergonzoso que nadie en el resto del mundo nunca entendió.

Pinochet regresó al país, pero con mucho menos poder que cuando partió. Ahora le debía a sus enemigos; algunos partidarios comenzaron a dejarlo de lado. Estaba anciano.

Se logró el desafuero para investigarlo. Llegó a ser imputado, pero en un gesto muy poco honorable, acusó demencia senil para evitar el juicio.

Pinochet terminó sus días con decenas de querellas, acusado por el Senado norteamericano de mantener cuentas millonarias bajo nombres falsos en bancos fuera de Chile; acusado de fraude tributario, falsificación y utilización de pasaportes falsos; de elusión de impuestos y de participar en el secuestro, muerte y desaparición de cientos de personas en toda Latinoamérica. Sin contar las acusaciones que uno de sus colaboradores más cercanos, Manuel Contreras, ex director de la DINA, hiciera públicas a través de la prensa por tráfico de armas y drogas.

Pinochet murió con todas estas «medallas» el 10 de diciembre de 2006, en el Hospital Militar. Curiosamente, el día internacional de los Derechos Humanos. Afuera, una pequeña muchedumbre gritaba histérica amenazas contra todo el mundo y le declaraba su amor al tirano.

La presidenta de la época, Michelle Bachelet, hija de un general muerto producto de las torturas durante 1973, no le concedió funerales de jefe de Estado ni asistió a sus exequias.

Durante el velorio en la Escuela Militar, un joven hizo fila toda una tarde para pasar unos segundos junto al féretro. Mientras algunos le hacían el saludo nazi al cadáver, Francisco Cuadrado Prats, nieto del general que había confiado en Pinochet para sucederlo y defender la Constitución, se paró frente al ataúd, algo dijo para sí mismo y le escupió en la cara.

El cuerpo de Pinochet dejó de estar, pero su presencia, su fantasma, siguió recorriendo nuestra vida diaria. Porque el Chile individualista, agresivo, incapaz muchas veces de solidarizar con el dolor de los que tienen menos, es su legado; ese Chile que profesa un culto al más fuerte, al más capacitado, al *winner*, amén de un desprecio por el perdedor, por el que no es tan fuerte, por el que necesita ayuda. Porque el pobre es pobre «porque es flojo y no quiere surgir», porque, al final, ese Chile cruel y poco empático es el producto de su adoctrinamiento feroz. Una ideologización individualista que nos caló tan hondo que a veces no la vemos. Ese cambio en el alma nacional es, sin duda, su mayor triunfo.

Esa es la marca de la dictadura y su herencia un reguero de sangre y huesos desperdigados por un país que se transformó en un cementerio extenso, lleno de voces en medio del silencio, sueños despedazados y memoria adolorida.

¿Cuál es la esperanza? La de un Chile que salga de su hipnosis y recuerde quién es; un país que se alegra con la solidaridad, que celebra el triunfo de los más débiles, que fue humanista y buscó el bien común por encima de todo. Que soñó con una sociedad más justa para todos y no solo para los más capaces, porque entendía que la república era para todos y no solo para los más fuertes. Que era capaz de ponerle amor por el otro a la política. Que recuerde cuando soñó ser un lugar mejor y vuelva a buscarlo pero para todos, no solo para algunos. Que recupere el corazón entre los escombros de una dictadura que quemó la casa de todos y nos dejó golpeados, desmemoriados y aturcidos. No solo por nuestro bien, sino para recuperar el alma de nuestros hijos y los nietos por venir.

## EPÍLOGO

La Unidad Popular buscó hacer cambios profundos en la estructura del Estado chileno. Consideraba que la desigualdad y la miseria tenían su origen en la enorme concentración de poder de una pequeña elite; un reducido grupo que, además, manejaba la política a través de los medios de comunicación y el dinero. También quiso reformar la economía para que ese gran poder — que administraba las riquezas naturales chilenas— pasara al Estado reconvertido en bienestar para todos: el «área de propiedad social».

Y si bien durante la UP podían seguir existiendo pequeñas y medianas empresas, totalmente privadas, e incluso empresas mixtas —privados en sociedad con el Estado—; lo que se buscó fue terminar con los gigantescos grupos económicos que controlaban todo a través de los monopolios. Un socialismo por la vía democrática que, desde luego, sacó de quicio a una elite que no iba a tolerar la situación solo porque Allende hubiese ganado legítimamente la presidencia.

Así, la carrera de la UP era conseguir la mayoría en el Congreso para realizar las reformas lo más rápido posible: actuar antes de que se consolidara una oposición más violenta y, también, mantener contenida la posibilidad de un golpe militar. La apuesta de Allende contemplaba que la derecha respetara las reglas del juego político. Pero, claro, históricamente a la clase alta chilena nunca le ha importado ni la ley ni la Constitución cuando se han amenazado sus intereses. En esos casos, ha pateado el tablero y disparado a sus oponentes cuando las cosas se han salido de su control. Allende quería realizar los cambios en paz, no quería una guerra civil ni la preparó. Y eso tuvo un alto costo: el derramamiento de sangre vino solo por un lado.

Alguna elite intelectual de izquierda, de clase acomodada, se emborrachó con la idea cubana de la revolución sin escuchar el pensamiento de la gente. Algunos de ellos, al interior del gobierno, quisieron llevar adelante un programa de confrontación violenta que no tenía sintonía con las personas. A fines de los sesenta, Alejandro Portes encuestó a trabajadores de poblaciones marginales con la siguiente pregunta: «¿Cuál es la mejor manera de que un gobierno progresista llegue al poder?»; y una abrumadora mayoría del 75 por ciento respondió que «a través de elecciones», y solo un 23 por ciento contestó que «a través de una revolución popular».

Allende llevaba cuarenta años en contacto directo con la gente y sabía que la vía armada no estaba en el corazón de los chilenos. Pero muchos dentro de su gobierno quisieron empujar las cosas en esa dirección, quebrándolo y dando sustento a la propaganda de derecha, cuestión que contribuyó a atemorizar y alejar a la clase media chilena: ese 33 por ciento que quiso cambios, pero que terminó aliándose con la derecha y dejando al gobierno aislado y en minoría. Clase media que, a su vez, contribuyó a avalar un golpe que no tenía ninguna intención de defender sus intereses y se vio tan perseguida, reprimida y violentada como sus compatriotas de izquierda.

La violencia del 11 de septiembre y la horrible dictadura posterior son producto de que, en efecto, por primera vez existió una amenaza real al poder omnímodo de la clase dominante. Que no te cuenten lo contrario. Porque durante el gobierno de Salvador Allende se mantuvo el compromiso de respetar las instituciones de la democracia. Y aunque es cierto que actuó hasta el borde de la legalidad para implementar las reformas, en la práctica nunca se restringieron las libertades políticas de sus opositores. Hasta el 11 de septiembre fue posible comprar todos los diarios de oposición y tener reuniones políticas sin limitaciones. Las radios y los canales de televisión nunca sufrieron bloqueos o censuras. En la UP se podían realizar manifestaciones, huelgas, y las personas podían opinar con libertad en cualquier medio. Y desde luego, la policía y los agentes del Estado no persiguieron, secuestraron, torturaron ni eliminaron a nadie durante ese periodo; esto es una verdad histórica. Por el contrario, sus opositores, que alegaban defender la libertad de expresión, los derechos civiles y la Constitución, se olvidaron de todo cuando se produjo el golpe; entonces abrazaron la represión y la muerte como un método de acción legítimo. La clase alta chilena convirtió la lucha de clases en una guerra de clases, y el golpe fue inusitadamente violento porque no solo buscó reemplazar a un gobierno por otro, sino porque quiso exterminar de una vez y para siempre el proceso de lucha social y, así, refundar el país desde cero. Una especie de *solución final* «con sabor a empanada y vino tinto».

Actuaron con poderosos fines ideológicos. Su objetivo fue la destrucción de la idea del «poder desde abajo», de comunidad, de política colectiva y organización de los trabajadores. Se dedicaron a revertir los cambios sociales de los tres años anteriores, a aplastar a los grupos que habían impulsado las reformas en favor de los más pobres y destrozaron el sistema de democracia que permitía que esos grupos existieran. Fue una agenda ambiciosa de cambios

económicos, pero no por la vía democrática, sino por las armas. Se buscó reeducar al país en valores y principios diferentes a los que habían regido hasta entonces. Matar los ideales colectivos y, desde ese momento, reemplazar la persecución del *bien común* por el *bien individual*, donde los más aptos, los más fuertes, los mejor conectados (la elite), conseguirían alcanzar los premios del sistema, mientras que el resto se conformaría con las sobras y la «zanahoria»: la promesa ilusoria de que algún día serían parte de esa elite. Puro darwinismo social, la jungla.

En definitiva, lo que mostraron las FF.AA. involucradas en la dictadura fue un profundo compromiso con la clase alta y los intereses de esa reducida casta de grandes propietarios. Buscaron reimponer el dominio de los dueños históricos del dinero en su sitio, reestablecer el «orden colonial» y portaliano: cuando hay una crisis en Chile, devuélvele el poder a la elite por las armas y manténlo por la fuerza.

Se podría decir que la dictadura de Augusto Pinochet y sus colaboradores civiles llevó adelante una revolución armada para exterminar a los luchadores sociales e instalar un nuevo orden político: un modelo económico de capitalismo salvaje que le devolvería un inusitado poder y estabilidad a la derecha, luego de un período donde se logró cuestionarla. Un retorno a la Colonia, donde el poder lo ejercería una oligarquía empresarial sin ningún contrapeso, sin molestos luchadores sociales, sin sindicatos, miserias obreras y menos un Estado fiscalizador. Se instaló el empobrecimiento, la deuda crónica y el ciudadano como un mero proveedor de fondos para las aventuras privadas de la elite.

Quisimos llegar al socialismo por la vía democrática y terminamos en el capitalismo por la vía armada. Todo al revés.

Es cierto que la dictadura fracasó en perpetuarse en el poder en 1988, pero triunfó al mantener el proceso tutelado por Pinochet como comandante en jefe del Ejército por muchos años, con una Constitución ilegítima vigente hasta hoy, una transición lenta y timorata en muchos sentidos y, sobre todo, un poder económico cohesionado al máximo. Y ni hablar de una justicia que en el último tiempo ha liberado a los grandes empresarios responsables de desfalcos multimillonarios y a militares responsables de atrocidades contra la vida de los vencidos.



De esta forma, la sombra de la dictadura sigue vigente sobre nosotros.

Y el verdadero fin de la transición a la democracia no vendrá por algún decreto o alguna reforma, ni siquiera cuando encontremos a todos los que se nos han perdido. Vendrá cuando entendamos que el cambio es aún más profundo. Que está clavado en el fondo del alma nacional en la forma de individualismo, desconexión con la comunidad y con «los otros». Cuando comprendamos que hay que recuperar el amor por la política, el amor por el otro y su debilidad, su necesidad y su felicidad; cuando seamos ciudadanos de una comunidad como se es parte de una familia donde todos nos preocupamos por todos, y dejemos de ser gladiadores en un circo donde se matan unos a otros. Ese será el triunfo verdadero: cuando volvamos a comportarnos como seres humanos y dejemos atrás este experimento salvaje que nos convirtió en animales sin corazón, cuando recuperemos los valores de la república con la que soñaron nuestros padres fundadores, aquella hecha de libertad, igualdad, pero por encima de todo, de fraternidad y amor entre hermanos. Ese día, recién, Pinochet habrá sido derrotado.

## BIBLIOGRAFÍA

- Arriagada, Genaro, «Actividades de la CIA en Chile (1963-1973)». Fuente: [www.archivochile.com](http://www.archivochile.com)  
<[http://www.archivochile.com/Imperialismo/us\\_contra\\_chile/UScontrach0004.pdf](http://www.archivochile.com/Imperialismo/us_contra_chile/UScontrach0004.pdf)>
- Amores, Mario, *Allende, la biografía*, Santiago, Ediciones B, 2013.
- Arancibia Clavel, Patricia; Arancibia Floody, Claudia; de la Maza Cave, Isabel, *Jarpa, confesiones políticas*. Santiago, La Tercera Mondadori, 2002.
- Bahamondes, Pedro, «Las 72 horas de Superman en Chile». Culto La Tercera, Fuente: <<http://culto.latercera.com/2017/12/02/las-72-horas-superman-en-chile/>>
- Basso Prieto, Carlos, *La CIA en Chile, 1970-1973*. Santiago, Aguilar, 2013.
- BBC Mundo, «El arcoiris que venció a Pinochet». Fuente: [BBCmundo.com](http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/multimedia/video/newsid_7651000/7651019.stm)  
<[http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/multimedia/video/newsid\\_7651000/7651019.stm](http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/multimedia/video/newsid_7651000/7651019.stm)>
- Benítez, Hermes, *Las muertes de Allende*. Santiago, RIL editores, 2009.
- Cardoso, Armindo, *Un otro sentimiento del cuerpo, Chile, 1970-1973*. Santiago, Ediciones Biblioteca Nacional, 2015.
- Cavallo, Ascanio; Salazar, Manuel; Sepúlveda, Oscar, *La historia oculta del régimen militar*. Santiago, Uqbar, 2015.
- Cavallo, Ascanio; Serrano, Margarita, *Golpe, 11 de septiembre*. Santiago, Aguilar, 2003.
- Claro, María Luisa; Wood, María Elena, *Las cartas del general Bachelet*. Santiago, Grupo Editorial Norma, 2006.
- Cooperativa.cl, «Descubrieron rieles usados para lanzar cuerpos al mar en dictadura». Fuente: [www.cooperativa.cl](https://www.cooperativa.cl/noticias/pais/dd-hh/judicial/descubrieron-rieles-usados-para-lanzar-cuerpos-al-mar-en-dictadura/2013-07-31/115856.html)  
<<https://www.cooperativa.cl/noticias/pais/dd-hh/judicial/descubrieron-rieles-usados-para-lanzar-cuerpos-al-mar-en-dictadura/2013-07-31/115856.html>>
- Correa, Sofía; Figueroa, Consuelo; Jocelyn-Holt, Alfredo; Rolle, Claudio; Vicuña, Manuel, *Historia del siglo XX chileno*. Santiago, Sudamericana, 2015.
- Correa, Raquel; Subercaseaux, Elizabeth. *Ego Sum Pinochet*. Santiago, Editora Zig-zag, 1989.
- Corvalán Márquez, Luis, *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre, contribución al estudio del contexto histórico*. Santiago, Editorial USACH, 2016.
- Corvalán, Luis, *El gobierno de Salvador Allende*. Santiago, LOM ediciones, 2003.
- Corvalán, Luis, *Salvador Allende, presidente del pueblo*, en Varios autores, *Salvador Allende, presencia en la ausencia*. Santiago, LOM ediciones, 2008.
- De La Maza, Isabel; Arancibia Clavel, Patricia, *Matthei, Mi Testimonio*. Santiago, La Tercera Mondadori, 2003.
- De la Fuente, Víctor Hugo, *Allende, cinco discursos fundamentales*. Santiago, Editorial aún creemos en los sueños de Le Monde Diplomatique, 2008.
- Dorat Guerra, Carlos; Weibel Barahona, Mauricio, *Asociación ilícita, los archivos secretos de la dictadura*. Santiago, Ceibo ediciones, 2012.
- Ffrench-Davis, Ricardo, *Reformas económicas en Chile; neoliberalismo, crecimiento con equidad, inclusión, 1973-2014*. Santiago, Taurus, 2018.
- Garretón M., Manuel Antonio, *El plebiscito de 1988 y la transición a la democracia*. Santiago, FLACSO, 1988.
- González, Mónica, «Andrés Valenzuela: Confesiones de un agente de seguridad». CIPER. Fuente: [ciperchile.cl](https://ciperchile.cl)  
<<https://ciperchile.cl/2011/09/30/andres-valenzuela-confesiones-de-un-agente-de-seguridad/>>

- González, Mónica, *La Conjura, los mil y un días del golpe*. Santiago, Ediciones B, 2000.
- González Camus, Ignacio, *El día en que murió Allende*. Santiago, Catalonia, 2013.
- Guzmán Jasmen, Nancy, *Ingrid Olderock, la mujer de los perros*. Santiago, Ceibo, 2014.
- Hertz, Carmen, *La historia fue otra*. Santiago, Debate, 2017.
- Hobsbawm, Eric, *¡Viva la revolución!* Buenos Aires, Crítica, 2018.
- Huneus, Carlos, *El régimen de Pinochet*. Santiago, Taurus, 2016.
- Insunza, Andrea; Ortega, Javier, «El hombre que olía a muerte». Fuente: casosvicaria.cl <<http://www.casosvicaria.cl/temporada-uno/el-hombre-que-olia-a-muerte/>>
- Insunza, Andrea; Ortega, Javier, «El día en que la muerte llegó a la Vicaría». Fuente: casosvicaria.cl <<http://www.casosvicaria.cl/temporada-uno/el-dia-en-que-la-muerte-llego-a-la-vicaria/>>
- INDH, «Comisión Valech». Fuente: [www.indh.cl](http://www.indh.cl) <<https://www.indh.cl/destacados-2/comision-valech/>>
- INDH, «informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación». Fuente: [www.bibliotecadigital.indh.cl](http://www.bibliotecadigital.indh.cl) <<http://bibliotecadigital.indh.cl/handle/123456789/170>>
- Kornbluth, Peter, *Los EEUU y el derrocamiento de Allende, una historia desclasificada*. Santiago, Ediciones B, 2003.
- Lara Órdenes, Eliseo, *El pensamiento político de Salvador Allende*. Santiago, Ediciones proyecto A89, 2013.
- Marambio, Max, *Las armas de ayer*. Santiago, La Tercera Debate, 2007.
- Matus, Alejandra, *Doña Lucía*. Santiago, Ediciones B, 2013.
- Miliband, Ralph, *El golpe de Estado en Chile*, en Joignant, Alfredo; Navia, Patricio, *Ecos mundiales del golpe de Estado, escritos sobre el 11 de septiembre de 1973*. Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2013.
- Memoria Viva, «Tortura y prisión política». Fuente: [www.memoriaviva.com](http://www.memoriaviva.com) <<http://www.memoriaviva.com/tortura.htm>>
- Memoria viva, «Juan Alberto Alegría Mundaca». Fuente: [www.memoriaviva.cl](http://www.memoriaviva.cl) <[http://www.memoriaviva.com/Ejecutados/Ejecutados\\_A/alegria\\_mundaca\\_juan\\_alberto.htm](http://www.memoriaviva.com/Ejecutados/Ejecutados_A/alegria_mundaca_juan_alberto.htm)>
- Memoria viva, «Wilson Daniel Henríquez Gallegos». Fuente: [www.memoriaviva.cl](http://www.memoriaviva.cl) <[http://www.memoriaviva.com/Ejecutados/Ejecutados\\_H/wilson\\_daniel\\_henriquez\\_gallegos.htm](http://www.memoriaviva.com/Ejecutados/Ejecutados_H/wilson_daniel_henriquez_gallegos.htm)>
- Monckeberg, María Olivia, *El Saqueo de los grupos económicos al Estado chileno*. Santiago, Debolsillo, 2015
- Moniz Bandeira, Luis Alberto, *Fórmula para el caos, la caída de Salvador Allende (1970-1973)*. Santiago, Debate, 2008.
- Peliowski, Amari; Valdés, Catalina, *Una geografía imaginada, diez ensayos sobre arte y naturaleza*. Santiago, Ediciones Metales Pesados, 2014.
- Peña, Cristóbal, *Los fusileros*, crónica secreta de una guerrilla en Chile. Santiago, Debate, 2007.
- Peñaloza Palma, Carla, *El camino de la memoria*. Santiago, Editorial Cuarto Propio, 2015.
- Pérez Maldonado, Rodrigo, «Peritas Börgel y Cerda reiteran que Frei Montalva fue envenenado por talio y gas mostaza». La Nación. Fuente: [www.lanacion.cl](http://lanacion.cl) <<http://lanacion.cl/2018/07/21/peritas-borgel-y-cerda-reiteran-que-frei-montalva-fue-envenenado-por-talio-y-gas-mostaza/>>
- Pinochet Ugarte, Augusto, *Política, politiquería, demagogia*. Santiago, Editorial Renacimiento, 1983.
- Pinochet Ugarte, Augusto, *El día decisivo*. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1979.
- Prats González, Carlos, *Memorias, testimonio de un soldado*. Santiago, Pehuén, quinta edición, 2014.
- Qué Pasa, «La TV abierta y el plebiscito de 1988». Revista Qué Pasa. Fuente: <<http://www.quepasa.cl/articulo/ojos-de-la-llave/2017/12/la-tv-abierta-y-el-plebiscito-de-1988.shtml/>>
- Ratcliff, Richard E., *Capitalistas en crisis: la clase alta chilena y el golpe de Estado del 11 de septiembre*, en Joignant, Alfredo; Navia, Patricio, *Ecos mundiales del golpe de Estado, escritos sobre el 11 de septiembre de 1973*. Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2013.
- Reyes Alvarez, Francisco, *Testigo presencial*. Santiago, Editorial Letrarte, 2015.

- Riesco, Manuel, *Allende, un chileno universal*, en Varios autores, *Salvador Allende, presencia en la ausencia*. Santiago, LOM ediciones, 2008.
- Rojas Núñez, Luis, *De la rebelión popular a la sublevación imaginada, antecedentes de la historia política y militar del Partido comunista de Chile y del FPMR 1973-1990*. Santiago, Ediciones LOM, 2011.
- Salinas, Sergio, *El tres letras, historia y contexto del movimiento de izquierda revolucionaria*. Santiago, RIL editores, 2013.
- Salazar, Manuel, *Las letras del horror, tomo I: La DINA*. Santiago, LOM ediciones. 2011.
- Salazar, Manuel, *Las letras del horror, tomo II: La CNI*. Santiago, LOM ediciones. 2011.
- Salazar, Gabriel, *Conversación con Carlos Altamirano, memorias críticas*. Santiago, Debate, 2013.
- Salazar, Gabriel, *La historia desde abajo y desde adentro*. Santiago, Taurus, 2017.
- Sepúlveda, Alfredo, *Breve historia de Chile*. Santiago, Sudamericana, 2018.
- Silva Solar, Julio, *¿Era viable el proyecto de la Unidad Popular?*, en Varios autores, *Salvador Allende, presencia en la ausencia*. Santiago, LOM ediciones, 2008.
- Steenland, Kyle, *El golpe de estado en Chile*, en Joignant, Alfredo; Navia, Patricio, *Ecos mundiales del golpe de Estado, escritos sobre el 11 de septiembre de 1973*. Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2013.
- Tricot, Tito, *Un sociólogo en el frente patriótico Manuel Rodríguez*. Santiago, Ceibo, 2015.
- Varas, José Miguel, *El sol de la cultura*, en Varios autores, *Salvador Allende, presencia en la ausencia*. Santiago, LOM ediciones, 2008.
- Veneros, Diana, *Allende, un ensayo psicobiográfico*. Santiago, Editorial Sudamericana Señales, 2003.
- Verdugo, Patricia; Hertz, Carmen, *Operación siglo XX, el atentado a Pinochet*. Santiago, Catalonia, 2015.
- Verdugo, Patricia, *Allende: cómo la Casa Blanca provocó su muerte*. Santiago, Catalonia, 2016.
- Vidaurrázaga, Ignacio, *Martes Once, la primera resistencia*. Santiago, LOM ediciones, 2013.
- Vuskovic, Sergio, *¿Por qué «Allende en el mundo»?*, en Varios autores, *Salvador Allende, presencia en la ausencia*. Santiago, LOM ediciones, 2008.
- White Book of the change of government in Chile, 11th September 1973*. Empresa editora nacional Gabriela Mistral, 1973.
- Willoughby, Federico, *La guerra: páginas íntimas del poder*. Santiago, Uqbar, 2014.

Edición en formato digital: septiembre de 2018

Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789562625661

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.